

A hand in a brown sleeve holds a black mask with a long, pointed beak and two circular eye holes. The background is a blurred coastal scene with a blue sea and rocky shore.

LA PIEDRA DEL DESTINO

Saga El Guardián de las flores

ROBER H.L. CAGLAO



Círculo Rojo
EDITORIAL

La Piedra del Destino

ROBER H.L. CAGIAO



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2020

ISBN: 978-84-1363-073-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: ROBER H.L. CAGIAO

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: @chehecagiao

© Ilustración interior: Lino Fernández López

Redes sociales

@elguardiandelas en Instagram

El Guardián de las Flores en Facebook

roberheavy@hotmail.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.



Para Xoel, sempre

«A nosa tradición revélase no idioma, no espírito, na cultura, na arte, no xeito de vivir e de pensar, no sentido transcendente da vida e da morte, no afán de universalidade e de particularidade, no amor á xustiza e ás boas formas de convivencia, na identificación amorosa coa terra, na esperanza dun mundo millor, na predisposición a poesía... A tradición é aquilo que endexamais nos traicionará».

Castelao, Sempre en Galiza.

La Piedra del Destino

I. EXTREMAUNCIÓN

Las copas de los árboles dibujaban una curva paranormal bailando rítmicamente, unos con los otros, en el cielo estrellado. El agua caía sobre su rostro mezclándose con sus lágrimas, untando salado y no salado, vida y muerte, el bien y el mal. Se agarró como pudo al tronco de un imponente castaño, uno de los pocos que se resistían a la invasión del eucalipto. Estaba cerca, lo intuía. Las fuerzas escaseaban, esperó a que aquel viento huracanado le diera una tregua y continuó, luchando en su contra, ante la suerte, ante la vida misma.

Entonces la vio. Era la piedra del destino, la que tantos antes que ella habían buscado. No había dejado de llorar desde que empezara aquella inhumana ascensión, pero ahora todo valía la pena. Apoyó su mano sobre aquellos círculos concéntricos, símbolos de siglos de historia humana y buscó la entrada a la cueva. Nadie que no supiese de su existencia la encontraría, pero ella, Paola Gómez, creía ya en las meigas, nas bruxas, nos demos, nos Mouros.

Con la linterna led, pegada a la frente, entró con los pies por delante. El espacio era el justo para un ser humano de complexión delgada. La linterna, sólo reflejaba la piedra y más oscuridad hasta que cayó en una especie de hoyo. Miró atrás pensando que más tarde tendría que subir y eso no sería tan fácil. Dirigió su cabeza hacia aquella cueva húmeda y vio un haz de luz al fondo del pasadizo. Quería correr, pero sabía que no debía. Cogió su arma y avanzó, ya no lloraba, ahora sudaba. No sabía que se encontraría al otro lado. ¿Tesoros? ¿Mouros? ¿Serían ciertas las leyendas? ¿Comunicaría aquel pasadizo con el Castillo de Andrade, con la playa de Centroña o con el Monasterio de Caaveiro?

Apagó su linterna, aunque se arriesgaba a tropezar. Aquella luz, era lo suficientemente nítida para guiarse hacia ella. Estaba cerca, sólo unos metros más.

Allí, de pie, en el centro, iluminado por un haz invisible había una presencia vestida de negro, de espaldas. Paola, respiró hondo y sintió cómo las lágrimas volvían a inundarla. Cuando se dio la vuelta y vio aquellos ojos inyectados en sangre, el miedo la cubrió por dentro. No podía ser él, era imposible, ella misma lo había encerrado. De fondo escuchó una música conocida que le ablandó el corazón y la trasladó a aquellas horas en San Miguel de Bremao. En su mente sólo escuchaba a la gente gritar...

¡Guardián, guardián!

Entonces vio cómo se acercaba a ella muy despacio, se quitaba el pasamontaña y le sonreía, mientras la cogía por los hombros.

El bien y el mal Paola, sólo tú puedes guiarnos. —No era capaz de hablar, de contestarle, las palabras se enredaban en su garganta. —Solo tú, Paola.

II. LA RESACA

Despertó bañada en sudor y el corazón saliéndosele del pecho.

Era la tarde del tercer día que pasaba sin despegarse de las sábanas de su cama. El inspector jefe, Costoya, la vigilaba haciendo turnos con Modesto y Portela. La doctora Fraga, que había sustituido a Milo en el equipo médico, venía todos los días a verla, pero sabía que el problema estaba única y exclusivamente en su cabeza.

Rubio les preguntaba a todas horas por ella. Era la jefa, la punta de lanza, la necesitaban. Pero aquello había sido muy duro y retransmitido en directo para todo el país. La vio revolverse varias veces sobre sí misma, empezar a sudar, notó cómo quería hablar, pero no era capaz, estaba soñando, supuso. Duró casi dos minutos, le puso las manos en los hombros y la miró fijamente, intentando entrar en su cerebro. Levantó medio cuerpo y a punto estuvo de tirarlo de la cama.

—¡Paola, Paola! ¿Estás bien? —Ella, no era capaz de hablar, de expresarse, su cara reflejaba una tensión desmedida, como si hubiese estado en el infierno. Se acercó otra vez mínimamente y ella arqueó las cejas. Le indicó el vaso de agua que estaba en la mesilla. Bebió un sorbo largo como si no hubiese bebido en siglos. Cuando terminó se lo devolvió y rompió aquel muro que no le dejaba hablar.

—Costoya, siempre te he respetado como un padre, y lo sabes. Dime, ¿cómo se sale de esto? — Al inspector jefe le pareció una de las preguntas más difíciles de contestar de las que le habían hecho en sus casi cincuenta y ocho años de vida. Suspiró.

—¿Cómo se sale de todo?, haciendo borrón y cuenta nueva. Tarde o temprano tendrás que volver a vivir, y cuanto antes lo hagas menos tiempo que habrás perdido. Pura lógica. —Lo miró durante un largo rato para acabar trasladando su mirada al gran ventanal que tenía a su derecha.

—¿Sabes? Nadie está preparado para algo así, para que tu vida se rompa en apenas segundos, pero supongo que esta sensación es la que tienen todas esas personas que pierden en un instante lo que quieren. En mi caso, es sentir que mi vida no ha sido, exactamente, mi vida y eso, me rompe por dentro.

—Podrá recomponerla, sólo es cuestión de ir pegando los pedacitos. —Nuevamente lo miró.

—¿A qué te refieres exactamente, Costoya? —En cuánto lo dijo se arrepintió de ello, pero el mal ya estaba hecho.

—Me refiero a que no sabes, exactamente, lo que le pasó a tu padre. Igual es un buen momento para empezar. —La mirada de Paola se iluminó y en el fondo el inspector se sintió bien, esperaba que aquello no tuviera consecuencias funestas.

—Tienes toda la razón, llevo tres días perdidos entre pastillas, pesadillas y ese sol horrible que no para de brillar.

—Para que luego digan que en Galicia siempre llueve, ilusos. De todos modos, no te apresures, primero sería buena idea que te levantas, te dieras una ducha, demos un paseo y mañana vamos a

ver al jefe. ¿De acuerdo? —Sabía que todo aquello caería en saco roto, teniendo en cuenta el carácter de Paola.

—De acuerdo, me levanto, me ducho y nos vamos a la comisaría. Me duele el cuerpo de estar en la cama. Necesito acción y sobre todo información. —Lo miró diciéndole que no habría vuelta atrás. La comisaria Gómez, al tercer día, según las escrituras, había resucitado.

Como si de un huracán se tratase, Paola Gómez, comisaria de la brigada criminalística de la jefatura de A Coruña, entraba en aquella enorme y desangelada sala. Se paró de frente, con las piernas separadas y las manos en las caderas, y los miró. Estaba orgullosa de ellos. Eran su equipo y, aunque lo habían pasado muy mal, lo habían conseguido. Sonrió. Uno a uno, se fueron acercando a abrazarla. Rubio, espiaba desde su despacho, aquel que en realidad era de Paola. A pesar de su carácter serio, no pudo evitar esbozar un amago de sonrisa y alumbrarse una pequeña luz en el corazón, en el fondo, muy en el fondo, era humano.

Estaba radiante, parecía nueva, el pelo ondeando al viento y aquel traje de chaqueta y pantalón tan característico en ella, un auténtico torbellino humano. El primer abrazo fue para su querido Modesto. La comisaria lo miró fijamente.

—¿Y tú qué? Seguro que eres el mítico amigo que en las bodas se sube al campanario para tirarle arroz a los novios. —Todos se rieron. —No hizo falta, amigo, pero estabas allí por si acaso, gracias. —El siguiente era Portela. —¿Cómo va esa mano? Ya me contó Costoya, lo del escape de Alcatraz y vuestra entrada triunfal, vaya par. —Los agarró del hombro a los dos. Las siguientes en abrazarla fueron, Ana y Alba.

—Menos mal que has vuelto, que estábamos en minoría y no veas lo que abusaban estos carcas.

—Me lo creo, sobre todo viniendo de nuestro, por lo que veo, nuevo becario. —Miró a Rafa con una sonrisa enorme en la cara y se abrazó a él. Se dio la vuelta en busca de Milo, al no verlo se extrañó, pero no le dio más importancia. Se volvió de nuevo y les habló a todos.

—Antes de ir a ver al carcamal que está detrás de mi puerta y que hace rato que nos mira, creyendo que no lo vemos, quería daros las gracias por vuestro apoyo, porque el curre que os metisteis para descubrir al Guardián fue bestial y aunque al final la cosa se complicara tanto, lo conseguimos, salvamos a esa gente. Y lo mejor de todo, nos ganamos la confianza de los de arriba para continuar aquí. Ahora sigamos trabajando, luego tengo algunas cositas ya para vosotros. Se dio la vuelta y vio cómo Rubio se sentaba de nuevo en su despacho. Con paso decidido se dirigió a él, no sin antes guiñarle el ojo a sus compañeros. A su equipo. A su familia.

—Me alegro de verla, Paola. —La miró a los ojos y ella pudo apreciar cierta emoción, aprovechó para sentarse. —La verdad es que no contaba con usted tan pronto, pero bienvenida sea, y antes de nada ¿cómo se encuentra?

—Me da un poco vueltas todo, pero después de pasarme tres días encerrada en casa, el milagro es que no me volviera loca.

—El caso, comisaria, es que hay novedades. Como puede ver, he incluido a Rafa como becario de la unidad y es que, he de decir, que su ayuda con el Guardián fue inestimable. Y en cuanto a Milo, esto se le hacía demasiado grande, ha decidido dejarnos y su lugar lo ocupará la doctora Fraga, sí, la misma que fue a atenderla a su casa. Es médico forense, psicóloga clínica con un largo historial sobre sus hombros. El resto del personal que trabajaba con Milo seguirá con ella. Y esa es la buena noticia, los de arriba creen que hemos hecho un buen trabajo, a pesar de la enorme repercusión mediática de este asunto. —Rubio, se levantó y comenzó a pasearse nervioso por la sala. —Durante estos tres días no han cesado las manifestaciones, de una u otra manera, de

simpatía hacia el Guardián de las flores, pero para nosotros eso es ya agua pasada, exceptuando a nivel personal para usted, por supuesto.

— ¿A dónde lo han llevado?

—A la espera de juicio, está en Teixeira y allí esperamos que continúe.

—¿Puedo verlo?

—A su debido tiempo, comisaria, pero sí, claro, eso entra ya en terreno personal, no le puedo poner impedimento alguno.

—Quiero saber dónde está mi padre. Necesitaré hablar con él, con Franganillo, con Morales...

—Cómo sabrá, tanto los párrocos como Franganillo y Morales no serán condenados, en ningún caso, pues su delito ha prescrito. Así es que sí, claro que puede hablar con él. Pero dejémonos de pasado y centrémonos en el presente, necesito un informe del proceso del Guardián de las flores, minucioso, para entregar a los de arriba, que no se le quede una coma y lo necesito ya. A partir de mañana empezamos a ponernos con esos expedientes si es que no hay nada más urgente.

—De acuerdo, jefe, así se hará.

—Comisaria, buen trabajo, con toda la carga emocional que debió usted sentir allí dentro, sólo puedo celebrar la entereza demostrada. Supongo que lo sabe, pero se ha ganado la admiración de muchos. ¡Enhorabuena! —Paola ya se iba cuando el jefe Rubio, se dio cuenta que le faltaba algo —ah, y, por cierto, he decidido quedarme con el despacho y dejarle a usted el de aquí detrás, supongo que no le importará, teniendo en cuenta, el ínfimo uso que hace usted de él.

—Descuide, jefe, yo soy más de tirarme por cualquier sitio, pero gracias. —Paola, salió con el pecho lleno y una floreciente sonrisa. Volvió a darle la enhorabuena a Rafa y a desearle suerte en esta su nueva casa. Vio cómo Modesto los miraba desde su puesto, no sabría decir si celoso o sólo curioso.

—Bueno, chicos, creo que por mi estado anímico no hemos celebrado la victoria en nuestro primer caso, así es que creo que es el momento, suelten todo y que tiemble el Santiaguíño que allá vamos. —Una algarabía generalizada hizo que Rubio se levantara de su asiento, mirase por la ventana y viese cómo toda la plantilla del equipo más caro de la policía coruñesa salía en horas laborables no sabía muy bien a dónde. Le dio a la cabeza, pero si ese era el precio que tenía que pagar por contar, en sus filas, con alguien como Paola, era peccata minuta. Sonrió. Y en soledad, volvió al trabajo.

III. EL DESEO

Era como una liberación, a pesar de todo, a pesar de lo que, personalmente, había supuesto para ella, era innegable, que habían conseguido el objetivo. Y como plus, Rafa, se había unido al equipo. A pesar de aquel aire melancólico que la perseguía, no podía dejar de estar contenta.

—¿Y ahora qué? —Esa era la pregunta clave y Costoya, siempre sabía poner los puntos sobre las íes, para eso era un todo terreno. Paola, le contestó pensando cada palabra, como si cada una tuviera significado único por sí misma.

—Ahora, mi querido amigo, lo primero, dejaremos que todo se asiente, después buscaré a mi padre, necesito saber si está vivo o muerto, y para eso necesito hablar con Michel y sobre todo con algunos de esos curas... —Modesto, la interrumpió.

—Por poco tiempo, comisaria, serán retirados, lo ha confirmado esta misma mañana el nuevo arzobispo porque, efectivamente, el viejo también ha sido cesado de su puesto.

—Pues tendré que hablar con ellos y Franganillo, o volver a visitar a Morales, pero bueno chicos, esto es algo más personal, no os puedo meter en eso.

—No, si nosotros no queremos. —Era Alba la que hablaba. —Y por mi parte la base de datos es toda suya, comisaria. Seguiré buscando lo que encuentre de Francisco Herrero, no lo dude. — Costoya intervino.

—Y el resto lo mismo, así que mientras podamos te echaremos una mano, esto no quiere decir que dejemos de lado nuestras obligaciones, pero somos una familia y todas las familias se ayudan, así es que como ya te veo venir, no te emociones. —Paola estaba al borde de las lágrimas.

—Gracias, chicos, sí es que sois un amor, no sé qué haría sin vosotros.

—Tendría a otros, comisaria, pero no serían tan simpáticos ni mucho menos llegarían al lugar del crimen en un John Deere último modelo —todos se rieron y celebraron aquella officiosa alianza.

Camino a casa Costoya le echó el brazo, la miró y empezó a hablarle.

—Sabes que te aprecio mucho, Paola, nunca te lo dije, pero me recuerdas mucho a mi hija. — Paola, lo miró dudando si alguna vez le había dicho algo de que tenía una hija o, aquello, era una especie de confesión.

—Nunca me lo había dicho, inspector.

—¿El qué, que tengo una hija o qué usted se parece?

—Ninguna de las dos cosas. —Sonrieron mirándose.

—Estamos de descubrimientos y, teniendo en cuenta que los tuyos son de dominio público, que yo te cuente el mío no sé si te servirá de alivio, pero no me gusta tener secretos con quien no los tiene para mí. Y no, lo mío no fue un aquí te pilló aquí te mato, ni siquiera un amor pasajero, lo mío fue un amor de verdad y una hija preciosa pero ese amigo, ese que nunca me deja de

acompañar vaya a dónde vaya, el alcohol, me hizo perderlo todo. —Paola, tenía el corazón helado.

—Lo siento mucho, Costoya, ¿y esto fue antes o después de conocernos en Pamplona?

—Muy poco antes, la verdad, el cambio a Pamplona lo pedí, precisamente, para alejarme un tiempo de Madrid y funcionó.

—Siento haber sido tan dura contigo con el tema del alcohol, no sabía que te había hecho tanto daño. —Agachó la cabeza avergonzada.

—No tenías por qué saberlo, en realidad no lo sabe, prácticamente, nadie. Allá por dónde voy no dejo amigos, sólo viejos recuerdos. —De repente señaló su cazadora, más que vintage, que acompañaba a Costoya invierno y verano desde que Paola lo conocía. —¿Ves esto? Me lo regaló mi hija en mi último cumpleaños en familia.

—¡Dios!, por eso nunca te la quitas... —Él la miró con pena, con los ojos vidriosos y ella se echó en su hombro, lo apretó con fuerza.

—No sé si puedes o no puedes volver a ver a tú hija Costoya, pero ten por seguro que aquí tienes una para toda la vida.

—Y que el destino, mi querida comisaria, nos tenga unidos por muchos años. —De repente notaron la presencia de otra persona conocida.

—¿Pero esto qué es? Patris et filii et spiritus sancti —Se echaron los tres a reír.

—¿No crearás, Modesto, que tienes tú algo de espíritu santo? Más bien, como te dije alguna vez, de vende humos o si cabe, de matón barato de discoteca.

—Señor Costoya, ya me está faltando usted con lo de barato, en todo caso de alto standing, no ve usted mis medidas corporales y mi labia estratosférica. Cómo cree que conseguimos ese tractor.

—No lo sé, Modesto, pero estoy deseando que me contéis los dos esa historia porque eso tuvo que ser de traca.

—Pues usted verá, gracias a las artes de Portela conseguimos desatarnos y...

Así llegaron a aquella casa comunal en la que llevaban diez días, aunque pareciese una vida entera. Paola, se dio cuenta de que aún tenía que hacer aquel informe sobre la aventura del Guardián de las flores y, a partir de ahí, sería el primer día de su nueva vida, ya no tenía un departamento pendiendo de un hilo, sino un equipo de trabajo unido y que se iba a enfrentar a muchos malotes repartidos por el mundo. Sonrió, la vida, por esta vez, le sonreía a ella también.

IV. ENTRE REJAS

DÍA UNO

Habían pasado tres semanas. Tiempo más que suficiente para que la historia del Guardián fuese quedando, poco a poco, en el imaginario colectivo y en un segundo plano. Paola, pensó que era el momento adecuado para empezar a buscar respuestas a la gran pregunta, ¿qué había sido de su padre? Lo primero sería visitar a Michel, su tío, en prisión. Pidió permiso y fue hasta Teixeira. Costoya, se ofreció a acompañarla, pero lo rechazó, no quería aprovecharse, bastante hacían y prefería hacerlo sola. Al llegar a aquel enorme recinto le asaltó el nerviosismo, por un momento sintió como unos temblores le recorrían el cuerpo. En el fondo, la única vez que había visto a su tío fue en San Miguel de Breamo.

El director la estaba esperando. Le dio dos besos.

—Buenos días, comisaria y enhorabuena. Fue una noche épica, aquí también lo vivimos con intensidad.

—Gracias, la verdad es que lo fue, al menos acabó bien y usted volverá a tener un huerto en condiciones. —Se rio.

—Pues sí, la verdad, con la ventaja de que Michel el mudo ya habla, así que tendremos que cambiarle el apodo. Me alegro de verla, si necesita cualquier cosa, sólo tiene que decirlo. — Paola, levantó el dedo índice derecho.

—Pues sí, la verdad, necesitaría ver todas las visitas que ha recibido mi tío en estas semanas. —El director llenó de aire las mejillas, levantó los ojos y asintió.

—Bien, intentaré recopilarlo para hoy, no son muchas, eso sí, esta semana ha venido una señora, familiar, no es la primera vez que viene. En fin, seguro que él se lo podrá decir.

—Gracias, director. Un placer y gracias por su ayuda.

Entró en una especie de sala de espera previa y lo vio venir a lo lejos, le habían cortado el pelo y estaba mucho más limpio, por lo que pudo ver, sin un rasguño. Había pasado de ser del denostado al admirado Guardián de las flores. Le dejaron pasar. Se abrazaron. Lo miró. Suspiró. Se sentó en frente de él. Vio que traía un fajo de cartas, no le dio mayor importancia.

—¿Cómo estás, Michel?

—No me puedo quejar, comisaria, la verdad es que pensé que me tratarían peor, pero se ve que hay gente que me quiere.

—Eso te enorgullece. —Bajó la mirada y la levantó casi al instante.

—No me enorgullece tener que matar para que te hagan caso, pero el resultado ya ve usted, a veces hay que hacer cosas horribles.

—El fin justifica los medios para ti.

—No es exactamente, pero piense en toda esa gente que estaba adormecida en sus sillones, que se comía toda la mierda que sueltan las televisiones, lo que escriben los periódicos, todo está

dirigido para amansarnos y evitar una revolución que sólo acabaría con el poder establecido derrocado. Mi pequeña guerra ayudó a que se dieran cuenta que hay que cambiar las cosas y que las malas personas, esas que nos rodean e intentan dominar a las buenas, hay que exterminarlas.

—Ya lo discutimos una vez, Michel, ese discurso suena a extrema derecha.

—¡Pero no lo es! Es la realidad, en muchos momentos importantes de la humanidad lo tuvimos que hacer mediante guerras, plagas, meteoritos, una selección natural necesaria para no desbordarnos, y ahora, no lo recordamos con horror salvo los holocaustos, ¿pero no fueron parecidas las cruzadas en nombre de Jesucristo? ¿O la conquista del Imperio romano? Todas supusieron millones de muertes, yo sólo propongo que mueran lo malos, los que no merecen vivir, los que con su veneno corrompen la sociedad.

—Una pena de muerte en vida. Nada ético.

—No será ético, Paola, pero tampoco lo es toda la gente que muere de hambre en el tercer mundo, mientras nosotros tenemos todos los lujos y seguimos viviendo como si tal cosa, piénselo, no hay tanta distancia entre una cosa y otra.

—Creo que nunca nos pondremos de acuerdo en eso. Y cambiando de tema, necesito que me ayudes a buscar a mi padre. Sé que no sabes mucho, pero lo que sepas, por poco que sea, me puede servir. —La mirada de Michel, alterada por la conversación, se volvió triste por un momento. Le costó arrancar.

—Como ya le dije, Fran, se fue separando del grupo de los trece durante el último año, pero estaba siempre a mi lado. El error fue contarle lo que pasó con aquella chica, al hacerle partícipe estaba tan en peligro como yo, pero no lo sabía. El mismo día de la desaparición intenté verle, pero fue imposible, no estaba en casa, tampoco en el bar que solíamos parar, en aquella época no había móviles ni manera de localizar a nadie y luego pasó lo que pasó. Fue Morales, quien me dijo que mi hermano había desaparecido sin dejar ni rastro, quiso que yo confesara que estaba relacionado con todo aquello, pero no lo hice. Sólo sé que aquel 25 de junio desapareció. Tendrá que tirar del hilo de Morales y Franganillo, quizás ellos sepan algo más. —El tiempo se les escapaba de las manos y Michel, también, tenía algo para ella. —Paola, una cosa, desde que he vuelto a prisión no paran de llegarme cartas de admiradores y también algún detractor, pero lo que más me sorprende son las de este tipo. —Se las pasó a Paola.

—¿De qué son?

—Supongo que son de locos como yo. Gente que me propone planes, que hace amenazas, que busca mi complicidad. Sé lo que le dije antes, pero tampoco quiero que nadie provoque una hecatombe, hay mucho loco suelto.

—Que lo digas tú, Michel, perdóname, pero durante trece meses y siete días pensé que estabas como una cabra, inteligente, pero como una cabra.

—Es que la línea entre el bien y el mal no es tan gruesa, nada es lo que parece. —Aquello le sonaba, rebotó en su mente en constante reverberación. Intentó evadirse. Hojeó aquellas cartas y se levantó, pero aún tenía una última pregunta.

—¿Quién vino a verte esta semana? —Michel se rio y la miró con picardía.

—¿Quién es aquí la policía, no eres tú? —Le puso cara de misterio y volvió por donde vino. Paola, le enseñó las cartas al guarda y salió. No sabía quien lo había visitado hasta que el director le cediese el informe de visitas. Miró el móvil, tenía nueve llamadas perdidas. Mierda, pensó. Era Rubio. Llamó antes de salir de la prisión.

—Paola, pensé que estabas muerta, ¿dónde te metes?

—Estoy en Teixeira, ya le dije que vendría esta tarde a ver a Michel. —El jefe hizo un silencio en la línea, seguramente, pensando si estaba chocheando ya o Paola no se lo había dicho. No lo

recordaba.

—Bueno, no importa, espérenos en Sigüeiro. Nos vamos a A Godela en Cotobade, salimos de la central en cuanto Costoya, coja su chaqueta vintage. —Se oyó un rosmar al otro lado de la línea. Paola sonrió. No pudo preguntar qué era lo que había pasado, porque el jefe Rubio ya había colgado. Se despidió con prisas del director de la prisión, que le dijo, mandaría el informe por correo a Alba, esa misma tarde. Salió zumbando hacia Sigüeiro. Después de tres semanas entre informes, revisión de casos olvidados y mucha paja, parecía que la acción volvía a su vida. Adrenalina, ¡qué bonita eres!

V. A GODELA

A Godela estaba en la ladera del río Barbeira. Al llegar al camino que comunicaba con el pueblo, y que también hacía las veces de ruta de senderismo, entraron en un bosque de carballos y castaños. Rubio, acababa de ponerla al día de lo que él sabía, que no era mucho. Empezaron a ver compañeros de la Guardia Civil, Protección Civil, 061 y las personas que supuso habían encontrado la escena del crimen. Vio una especie de altar, no sabría explicarlo muy bien, malamente conservado y dañado por la acción de los amigos de lo ajeno. Una serie de casas, semiderruidas, era lo que les daba la bienvenida. Se presentaron y el teniente de la guardia civil les avisó que lo que iban a ver no era nada agradable y que tendrían que utilizar trajes de protección. Se los pusieron. En el pórtico, vio un cartel que rezaba: «La casa de la Peste», siguió avanzando, en el dintel una inscripción con la fecha de, supuso, el año de su creación, mil setecientos veintiuno. En el centro de la estancia un enorme roble. Dos arcos de medio punto le daban un aire fantasmagórico a la escena que se completaba con lo más parecido a la recreación del horror que, Paola, había visto en su vida. Una mesa camilla en el centro. Sentada, pero mirando hacia ella, se encontraba una mujer de mediana edad con una mantilla blanca sobre la cabeza, una camisa y por encima una especie de chaqueta y falda larga de color oscuro. Desde lejos, ya se observaban en su cuello, algo así como una inflamación a modo de ganglios que se completaba con una mirada de absoluto sufrimiento. A su lado, un joven vestido con unos pantalones cortos se apoyaba en la mesa camilla y mirando, a la que suponía, podía ser su madre tocaba una especie de flauta. Iba descalzo y ya en sus pies se apreciaban las llagas.

Sentados y con las manos sobre la mesa camilla dos personajes, uno que pensó, podría ser el padre, llevaba una careta en forma de pájaro que le sonaba de ilustraciones o de verlo en algún sitio, pronto saldría de dudas. En su cabeza, un sombrero marrón típico de épocas pasadas. Sobre su hombro, un zurrón que apoyaba sobre la mesa. Y por encima una chaqueta de lana. A simple vista no se apreciaban heridas.

A su lado y también sentada estaba otra mujer, su mirada, perdida en el infinito. Tenía un pañuelo en la cabeza y vestía una camisa con más escote por dónde se podían apreciar las incipientes llagas, vestía una falda larga e iba descalza.

La imagen la remataba otro chico de unos veinte años, vestido como si fuera un niño, descalzo también y apoyado en la pared lateral.

Todos muertos. La escena era dantesca. No había sangre, sólo sufrimiento y llagas en los cuerpos de todos los presentes salvo en el padre, al que se veía con gesto serio y ninguna herida aparente.

Coronando la escena un gato bajo la mesa camilla con los mismos signos que sus dueños, llagas y podredumbre en su cuerpo.

Los allí presentes: Rubio, Costoya, Modesto y ella misma tardaron en reaccionar. Los trajes les privaban de poder compartir sus reacciones, al menos, por ahora. Paola no tardó en caer en que aquello era una recreación de la muerte de una familia por la peste y no sabría concretar en qué siglo, supuso que en la edad media. Recordó el cartel de la entrada, la fecha del dintel y la careta en forma de pájaro. Estaba segura de que Alba, les podría aclarar todas aquellas dudas. De repente se dio cuenta que había una quinta persona vestida con aquel peculiar traje protector, era la doctora Fraga, que seguramente se enfrentaba al trabajo más difícil de su incipiente carrera. Fueron retirándose al exterior y en cuanto pudieron deshacerse de los trajes vio las caras de sus compañeros, el abatimiento era generalizado, y Costoya lo verbalizó.

—¿Pero qué coño era eso? ¿Quién puede ser capaz de hacer algo así? —Nadie supo contestarle. Se sentaron sobre las piedras de lo que parecía otra edificación abandonada, mientras dejaban a la doctora Fraga y su equipo trabajar tranquilos. Paola, fue la primera en decir su nombre.

—La casa de la peste, desde luego está bien ambientada la historia, cinco muertos en un día, lo del Guardián, al lado de esto, va a quedar en aprendiz. —Rubio se acercó junto a un campesino de la zona, pensó que era el hombre que había encontrado aquella escena.

—Comisaria, Marcial vive a un kilómetro, junto a su esposa, son los únicos habitantes de A Godela, él le contará cómo encontró los cuerpos.

—Adelante, cuéntenos...

—Eu... yo, nosotros, quiero decir nos levantamos temprano y vamos a las huertas, normalmente no volvemos hasta media tarde, llevamos unas fiambreiras y comemos algo por ahí que prepara a miña muller. O caso que, al volver, sentimos unos ruidos, tampoco le dimos mucha importancia, aquí hay mucho bicho suelto, pero por eso mismo salí con la escopeta, tenemos animales y siempre hay miedo que aparezca cualquier perro salvaje, lobo, raposo o lo que sea y nos los mate. Seguí los rastros hasta la zona abandonada y fue cuando los vi. Estaban tan quieteciños que pensé que estaban vivos. Usted imagínese mi cara, comisaria, que aquí no vive nadie, de repente ver a unas personas reunidas en una mesa en la casa de la peste. Entré y ya me di cuenta de que algo iba mal, nadie contestaba a mis saludos, no parecían estar vivos así que corriendo me volví a casa y llamamos a la Jhuardia Civil que no tardó en venir y luego el resto, ya lo saben ustedes.

—Muy bien, Marcial, y dígame ¿estos días no vio a nadie raro merodear por aquí o algo?

—Nada, comisaria, aquí no le viene nadie, estamos solos, yo bajo al pueblo por las tardes cuando volvemos de la faena si me hace falta alguna cosa y a tomarle algo hasta o Igrexario, donde hay una cantina, pero estos días ni un forastero se vio, y eso que mucha gente vino este verano por cosa del internete ese. Por la leyenda de la casa y eso, pero ni caso, son todo habladurías.

—Gracias, Marcial, ¿si le necesitamos estará usted disponible?

—Claro, nosotros no salimos de aquí, como mucho estaremos en uno de los campos trabajando y el teléfono de casa ya se lo dejé ahí al jefe, móvil no tenemos y eso que la nieta nos insiste, pero es que a mí eso de andar cargando y sin cables no me va mucho, somos viejos, comisaria.

—Entiendo, muchas gracias y cualquier cosa no dude en llamarnos, este es mi número. —Le pasó una tarjeta. Se quedó pensativa mientras veía cómo Marcial se alejaba de la mano de Rubio. Miró a Modesto, a Portela y sobre todo a Ana. Ella sí recogió el guante.

—Comisaria, parece la copia de alguna escena, cuadro, pero a primera vista ni idea de cuál, en cuanto a la careta del hombre se trata de la que llevaban los médicos en la edad media para atender a los infectados de la peste y no contagiarse, la impregnaban por dentro con una especie de combinado que creían los protegía de la enfermedad.

—Estoy hasta los mismísimos de los putos asesinos cultuquetas de mierda, a ver, ¿no podemos volver a la vieja usanza? si matan que sea por lo que sea, pero sin historias.

—Costoya, creo que nuestro querido Guardián no nos ha hecho ningún favor en este caso.

—¿Quieres decir, Paola, que piensas que se trata de un imitador, o más bien imitadores de Floripondio? —Modesto le miró pidiendo perdón, en el fondo era familiar suyo.

—Es lo que parece, pero esto tiene la pinta de tener un gran trabajo detrás, en cuanto la doctora Fraga nos dé más datos podremos empezar a plantear las hipótesis, mientras tanto es difícil, no sabemos ni quiénes son, sólo que parece que hayan muerto por el contagio de la peste. Todos menos el hombre.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo ató a las víctimas a las sillas para que no se vinieran hacia delante? Es un error gordo, históricamente, las sillas en esa época eran sin respaldo.

—Igual no son tan expertos en historia como tú, Portelita, o es que no les importa tanto eso como lo que quieren decir en sí. —Costoya, le dio una colleja.

—Lo que quiero decir es precisamente eso, lo que le importa es trasladar la imagen de la familia a la mesa, como si nada, mientras la peste se los come por dentro.

—En esa época, no había mucho remedio, no existían los antibióticos. Lo que ahora se cura en unos días, antes causaba la muerte, eso se lo debemos a los avances de la medicina. —Rubio, volvió de hablar con la doctora Fraga.

—Me ha dicho, Nuria que les va a llevar mucho tiempo, ya he avisado para que traigan el equipo de luces, les va a dar la noche seguro, así que será mejor que volvamos a la base. Ya hay puesto un aviso por la desaparición, pero la verdad no sabía que descripción darles, cinco personas, todos adultos, tres, digamos, maduritos y dos más jóvenes. Podrían ser familia, pero también podrían no serlo. Aun así, confío en que la desaparición de tanta gente sea fácil de encontrar.

—Espero que tenga razón, jefe, ¿entonces nos vamos? Llamaré a Alba, para que nos cuente que es lo que tiene sobre la casa de la Peste.

—Eso, un poco de entretenimiento por Dios, que aquí el único andaluz que tenemos en el equipo aún no se le ha visto contar un chiste. —Costoya, recibió la mirada reprobadora de Rubio, junto a una mínima risa. No estaba el horno para bollos.

VI. LA CASA DE LA PESTE

Llegaron a los coches y salieron camino de la jefatura de nuevo, Alba, tenía todos los detalles sobre aquel misterioso lugar.

—Bueno, chicos, allá va la historia, aunque es más una sucesión de rumores que otra cosa... *«Hay varias teorías sobre a Casa da Peste, la más aceptada es aquella en la que se piensa que se trataba de dos construcciones dedicadas al amparo de los enfermos de la peste, es decir, que allí los enjaulaban a todos. Seguro que os habréis fijado que en una de las construcciones existen rejas en la planta baja, todo ello para que a nadie se le ocurriera escapar. Era la manera de tener la epidemia controlada. Se supone que era el refugio para infectados de toda la comarca. Existe otra teoría que es la que dice que el pueblo de A Godela sufrió una epidemia devastadora durante el siglo XVIII y todos los habitantes del pequeño pueblo murieron en ella y que las primeras casas dónde se detectó la enfermedad fueron estas dos, de ahí su nombre. Como también habréis comprobado, existe justo en la entrada del pueblo una especie de altar o monumento, es el llamado peto das ánimas, se colocan normalmente en caminos o encrucijadas y son cultos a los muertos, la devoción por las ánimas»*. En fin, el caso es que la peste está relacionada de una manera u otra con este pueblo y tal y como decís que han aparecido los cadáveres, no hay lugar dudas de que el que lo hizo conocía estas leyendas.

—Muchas gracias, Alba, querida, nos vemos en la central, vamos de camino, sigue buscando por si te aparece algo más relacionado y, también, no olvides esos submundos a ver si alguien reivindica esta locura. —La inspectora colgó el teléfono. Costoya, iba de copiloto con las cartas del Michel en el regazo, Modesto en la parte de atrás.

—¿Qué piensas, inspector?

—Pienso en si no se puede tener al menos un par de mesecitos tranquilos. Eso pienso. Como esta sea la tónica de nuestras investigaciones no llego a viejo, Paola. —Modesto, intervino.

—Perdona, Costoya, pero viejo ya eres, no me jodas. —Le llovió otro gorrazo que esquivó como pudo.

—La experiencia no es vejez amigo, y lo sabes, pero entre mi pierna, los golpes aquí de la jefa y este ritmo competitivo acabáis conmigo. Ahora en serio, me parece que nos enfrentamos a varios individuos, esto no lo pudo preparar uno solo, y lo peor es que parece extremadamente organizado. No sé, me da mala espina, peor que la que me daba tu querido tío.

—Bueno, no nos adelantemos, casi no sabemos nada, ni siquiera quiénes son.

—No, Paola, pero así de primeras tenemos ya cinco fiambres. ¿Qué piensas que saldrá mañana en la prensa? ¿Volverá a manifestarse la gente para apoyar también a estos lunáticos? Es que no sé qué pensar.

El silencio reinó en el resto del viaje hasta Coruña, sólo interrumpidos por las notas de aquella vieja canción de Status Quo *«In the army now»*. Eso parecía, volvían a estar en pie de guerra.

VII. VELADA NOCTURNA

Eran casi las diez, en septiembre y en estas latitudes alumbraba una noche cerrada, el tiempo seguía siendo bueno, el cielo estrellado. El estrés turístico del mes de agosto había dejado paso al propio del inicio de colegios, durante el día y a la paz casi absoluta, durante la noche. Decidieron parar en el Santiaguíño a la espera de la vuelta de Nuria y su equipo, con un poco de suerte se irían a dormir con noticias frescas. Por un momento, Paola, se acordó de las cartas, las había dejado en el coche, tendría que volver a buscarlas antes de ir a casa.

Manolo, los recibió con la alegría de quién ve a unos excelentes clientes diarios, pero con la cara del que lleva más de doce horas de trabajo continuado. Paola, se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Manolo, si esto sigue así nos das las llaves y nos servimos, no queremos molestar. —Le sonrió, y su mirada cansada le correspondió.

—No se preocupe, comisaria, tengo una cena para las diez y media así que me queda para rato. Es nuestro trabajo y cuánta más gente mejor. Por cierto, aún no pude felicitarla por lo del Guardián, aquí éramos todos fans suyos, no lo dude. —Le guiñó un ojo.

—Más os vale, que como os ponga la cruz. —Rieron. —Bueno, vamos a nuestra mesa si te parece bien.

—Adelante, chicos, estáis en vuestra casa. ¿Mil novecientos para todos? —Asintieron. En cuanto estuvieron sentados, Paola, se dio cuenta de una cosa.

—Oye y ¿cómo es que no ha venido Rafa? —Costoya lo excusó.

—Se encontraba indispuerto, parece ser que estaba con mareos, vómitos y demás. Su madre llamó.

—¿Su madre, en serio? —Se rio. —Que curiosos sois los hombres.

—No generalices, comisaria, la mía, que Dios la tenga en su gloria, nunca tuvo que dar cuentas por mí. —Modesto, intervino.

—No, Costoya, es que cuando tú eras joven no había teléfonos, te lo recuerdo por si te habías olvidado. —Todos rieron.

—Vaya día llevas conmigo, ¡eh, inspectorcito! —Costoya le dio un palmadita en la espalda y absorbió aquella maravilla de la naturaleza con nombre de añada milenaria.

—Mañana lo llamaré a ver qué tal se encuentra. Esperemos que no sea nada.

—Estos jóvenes, comisaria, son todos unos blandengues.

—Bueno, vamos con lo que nos ocupa. ¿Alguna teoría, a alguien en este entretenido viaje se le ha ocurrido algo? Lo digo porque partimos totalmente de cero, no tenemos pistas, nada de nada.

—Yo creo que la primera pista tiene que partir de la escena.

—Muy bien, Portela, pero ¿a qué escena nos estamos refiriendo?

—Mientras no sepamos si es una escena conocida, lo que sí sabemos es que representa a una especie de familia del siglo dieciocho afectada por la peste. Luego está el tema del padre y esa careta, yo esperaré a los resultados de Nuria, que nos puede dar una pista, cuando sepamos de qué han muerto exactamente. —Ana, intervino.

—Yo creo que no tardarán en dar señales de vida, hacer algo así, siempre, conlleva una reivindicación, no se hace por gusto. —Modesto, puntualizó.

—Y, seguramente, tendremos los datos de los fallecidos, que estoy seguro, serán una pista en sí mismos. Realmente, Paola, ahora mismo no tenemos nada. Sólo dejarnos llevar por el alcohol. — Paola, los miró y levantó su cerveza.

—Brindemos para que mañana sepamos algo más y por la recuperación de Rafa. —Todos brindaron. Esperaron todo lo esperable a la doctora Fraga, pero no daba señales de vida así es que se rindieron.

Salieron del Santiaguíño. Paola, les dijo que fueran tirando, que tenía que volver al coche por las cartas. Al rato, comenzó a sentirse observada. Era de noche y no podía ver lo que tenía detrás sin llamar demasiado la atención. No tenía miedo, pero sí la sensación de que alguien la seguía. Pasó al lado de la gasolinera, a escasos metros de la jefatura, el que pasara por allí sabía que se exponía a ser grabado. Se paró en seco y se dio la vuelta. No había nadie. Pero aquella sensación no la había abandonado. Pensó que quizá eran imaginaciones suyas. Cruzó la calle y entró en el parquin de la jefatura, saludó al guarda y cogió las cartas. Deshizo el camino de nuevo hacia su casa. Cuando estaba cerca de la librería Arenas, vio a alguien con una sudadera negra y la capucha puesta, de pie al otro lado de los semáforos. Parecía mirarla. Instintivamente, en lugar de meterse en su calle e ir a casa, decidió cruzar y ver qué es lo que hacía. Tocó su arma por si acaso. Estaba allí. En cuanto se puso a esperar en el paso de cebra, aquella sombra, comenzó a andar rápido camino de la Plaza de Lugo. Cruzó y apuró el paso, al llegar a la esquina no vio a nadie. Se dio cuenta de que llevaba las cartas encima. Era un riesgo perderlas sin haberlas podido revisar y, meterse sola en la boca del lobo, no le hacía demasiada gracia. Pasó por delante de la plaza y volvió a bajar hacia su calle lo más rápido que pudo, mirando atrás a cada rato. Parecía que aquella sombra se había esfumado. Llegó al portal, escuchó un ruido, no encontraba las llaves. Joder, Paola, siempre igual, ni que esto fuera una película de Hollywood. Dio con ellas en el último momento antes de ver como una sombra venía por el callejón hacia ella. Entró y cerró la puerta. La sombra, pasó sin mirar, en dirección a los Jardines. Estaba de los nervios. Subió las escaleras hasta el tercer piso y por fin descansó tranquila. No quiso contarle nada a sus compañeros, pero estaba segura de que, como la última vez, sabían dónde vivían. Aquello parecía una obsesión. Un exceso de control. Dejó las cartas encima de la cama y se dio una ducha templada. Volvió a mirarse en el espejo medio empañado al salir. Y volvió a verse guapa a pesar de todo y con muchas menos heridas que hacía tres semanas. Se sonrió a sí misma. Se despidió de sus compañeros y se tiró en la cama. Deshizo el nudo de las cartas y empezó a hojearlas, eran unas diez, la mar de variopintas, algunas sin remite, otras con dibujos en el propio sobre. Cuánto mal había hecho el fenómeno fan. Empezó a leerlas, una a una, la mayoría parecían el típico síndrome de enamoramiento platónico, nada importante, hasta que llegó a una de las últimas. No tenía remite, pero el matasellos era de Zamora, más concretamente de Sanabria. La abrió, aquella letra no pudo sino darle un retortijón en el estómago, letra de mujer casi sin duda, pero pulcra, ordenada, trazos alargados, una letra hermosa. Lo que más miedo le dio fue el símbolo con el que acompañaba su firma, la careta con forma de pájaro que había visto en el crimen de la casa de la Peste. Cerró los ojos, instantáneamente, maldiciéndose. Lo más seguro es que los autores de

aquella carta fueran los mismos responsables de las muertes de aquella tarde. Se concentró e intentó leer atentamente.

Querido Guardián:

Gracias por el ejemplo que supones para tantas y tantas personas que estamos en contra del poder establecido y que creemos que esta sociedad necesita, de una vez por todas, un cambio radical. Pero, sin quitarle méritos, sí le digo que en su lucha se quedó corto en el empeño y que, para continuar su legado y mejorarlo, estamos aquí nosotros. Un mundo organizado por hombres para hombres, en que las leyes las hacen y juzgan los hombres, en el que la historia fue escrita por hombres para hombres. Es hora de un cambio y, para ello, debemos eliminar a todos aquellos que sobran, que con sus esfuerzos hacen, la vida de otros muchos, morir en el olvido, de hombres y sobre todo mujeres mucho mejores que ellos. Permítanos que, bajo su bandera, que no en su nombre, enarbolemos esta lucha, esta lucha que es tanto nuestra como vuestra, como de todo el pueblo unido. Siempre tiene que haber alguien que inspire a esos que no se atreven a dar el primer paso, usted ha sido ese alguien y desde aquí, sólo queremos homenajearle como se merece. Un ejemplo de vengador que perdurará en la nueva historia escrita por sus protagonistas.

Atentamente: Grupo ELITE

Acompañado por aquella careta trazada con un placer excelso, recreándose en cada punto. Al volver a coger el sobre se dio cuenta de que había algo más. Era, algo así como una postal. En ella un cuadro. «Serpiente de Metal» de Van Dick. Por lo menos podía estar dedicada. Cerró los ojos otra vez, pero ahora de hastío, de cansancio. Dejó todo sobre la mesilla y se quitó los guantes. Sería absurdo, a saber cuántas personas habían podido tocar aquella carta, pero su deber era contrastarlo. El juego había comenzado y esta vez no parecía que fuera uno sino varios sus oponentes. Se prometió jugar duro. No había llegado allí para perder y estaba segura de que contaba con un aliado inesperado. Apagó la luz y dejó la mente en blanco, la única arma contra el insomnio, en estos casos, era simplemente no pensar, al menos hasta el amanecer.

VIII. SERPIENTES DE METAL

DÍA DOS

Adoraba aquella ciudad. Paola, era una nómada, una persona de la que difícilmente podrías saber su procedencia, indeterminada, neutra, pero se estaba enamorando del carácter gallego, ese que parece tan receloso y cerrado en un principio para acabar abriéndose, finalmente, hasta el infinito. A eso sumamos que la jefatura estaba en uno de los lugares más bonitos del mundo, frente a los jardines de Méndez Núñez, al lado de la Marina, el Puerto, los Cantones, la ciudad vieja. A pesar de todo se consideraba una persona, moderadamente, feliz. Pero al llegar, a pocos metros de la entrada, se dio cuenta de que, nuevamente, los devoradores de información hacían cola frente a la puerta principal esperando carnaza. Se coló como pudo por el parquin y entró por la parte trasera. Al llegar, sólo faltaba Rafa, se prometió ir a visitarlo durante el día. Saludó a todos y fue directamente junto a Nuria, la doctora Fraga, para que le informara de los avances.

—Buenos días, comisaria, he de reconocer que es el caso más estrafalario al que me he enfrentado desde que soy forense. Lo primero que tuvimos que hacer, fue aislar los cadáveres para intentar aclarar el motivo de su muerte. En el caso de las dos mujeres que están sentadas, —le señaló una de las fotografías con la escena del crimen —todo parece indicar que la muerte se ha producido por el famoso bacilo Yersinia Pestis, o lo que es lo mismo, la peste bubónica en este caso. Los otros dos chicos, que aparecen caracterizados como niños, habrían muerto por la acción de esta bacteria, pero por peste neumónica.

—¿Cuál es la diferencia, doctora?

—Digamos que estos dos individuos superaron la primera fase de la enfermedad que comprende mareos, vómitos y estas horribles llagas, en el momento en que estas rompen y el bacilo pasa al torrente sanguíneo, la denominaríamos peste septicémica, a partir de aquí si se deposita en los pulmones provocando esa tos tan característica, y el contagio directo por el aire hasta que acaban muriendo de igual manera, en este punto, se produciría la muerte por peste neumónica. Así explicado a grandes rasgos, tenga en cuenta que el último caso en España ni se recuerda. Eso sí, no es algo aislado, como en todas estas enfermedades hay excepciones. No hace mucho, en Madagascar, murieron más de cien personas y en Mongolia, otras dos al comer carne de marmota que tenía la bacteria. Quiero decir, comisaria que, aunque sea raro no es para nada imposible.

—Pero, deseo pensar que estas muertes por este bacilo son provocadas, ¿no es así?

—Eso suponemos, en cuánto sepamos quiénes eran y el tiempo que llevaban desaparecidas, sabremos algo más.

—¿Y el otro hombre, el que lleva la careta?

—Es muy curioso, Paola, esa es la máscara que llevaban los médicos cuando se dirigían a curar a los enfermos. Dentro, llevaba una especie de preparado que suponían, y así debía ser, los mantenía a salvo de la enfermedad. En el caso de nuestro hombre no era así, no desarrolló la

enfermedad, en ninguna de sus variantes, su cuerpo, suponiendo que estuviera en contacto con el resto, resistió la enfermedad, al igual que en la Edad Media, unos acabaron resistiendo y de ahí y de la multiplicación de estos entre ellos, surgió la inmunidad a una enfermedad, hasta ese momento, incurable.

—¿Quiere decir que es como un proceso de selección natural? ¿Qué sólo sobreviven unos pocos, una rama de la humanidad?

—Exacto, comisaria, entre usted y yo, de esta sala posiblemente sólo dos o tres personas sobreviviríamos a la enfermedad, el resto sin los antibióticos precisos, morirían.

—¿Y de qué murió nuestro quinto hombre?

—Pues, curiosamente, de un empacho de cerezas, por decirlo a lo bruto, en realidad se trata de la semilla de la cereza que contiene pequeñas dosis de cianuro, lógicamente, la dosis necesaria de éste es venenosa. Nuestro hombre murió envenenado por cianuro, el mismo que llevaba dentro de su máscara. Superó la peste, pero no el envenenamiento. Si quiere, durante la mañana, en cuánto preparemos la sala, le aviso para explicárselo con los propios cadáveres. Nos está llevando mucho tiempo las autopsias y hay que extremar todas las medidas necesarias. En fin, espero haberle sido de ayuda.

—Lo eres, Nuria, muchas gracias, ¿huellas de momento nada?

—Aún es pronto, pero hemos recogido muchas muestras, y cabello de mujer, extrañamente, pero ahora hemos de ver si corresponde a los fallecidos o a otra persona.

—Una cosa más, necesito me analice esta carta, se la enviaron a Michel Herrero a la cárcel de Teixeiro, creo que tiene algo que ver con las muertes en la casa de la Peste. —La doctora miró la carta, asintió y volvió a su puesto de trabajo. Paola, se dio la vuelta y los vio a todos expectantes.

Los reunió en aquella mesa redonda con todo el equipo menos Rafa y Rubio que estaba dando las debidas explicaciones a la escala superior. Al menos ya tenían algo, la confirmación de la muerte por peste y el asesinato del quinto hombre envenenado. Costoya, intentaba sacarle el jugo a toda aquella información.

—No entiendo cómo han podido contagiarlos, ¿tenemos alguna teoría o sólo elucubraciones? — Ana, intervino.

—Si me permitís, la lógica sugiere que estos individuos fueron infectados de la misma manera y entiendo que al mismo tiempo, la picadura de la pulga, que tiene en su aparato digestivo este bacilo, tarda cinco días en desarrollarse, después empiezan los dolores de cabeza, el malestar, los vómitos, nada raro hoy en día, hasta que empiezan a inflamarse los nódulos linfáticos, pudieron contagiarlos y dejarlos libres hasta que el contagio fue evidente, o eso o secuestrarlos, exponerlos a la picadura de la pulga y esperar.

—Esto último parece lo más lógico, pero en este caso hablamos de semanas de desaparición, en cuánto nos dé el dato exacto de la muerte hay que sumarle los cinco días de la picadura y, aproximadamente, siete diez días más hasta el desarrollo de la enfermedad. —Miró a Alba — querida, vas a tener que ampliar bastante el radio temporal porque no pueden ser desapariciones de estos días.

—Sí, Paola, eso ya lo tuve en cuenta, ahora mismo tengo más de cien personas desaparecidas entre España, Portugal, Francia, las islas..., no es fácil porque al no tener datos no sabemos quiénes eran.

—Sigue con eso, la verdad que es complicado, como buscar una aguja en un pajar. Bien, os voy a contar algo que tiene que ver con nuestro querido Guardián de las flores. Ayer fui a verlo para saber algo más de la desaparición de mi padre y me dio estas cartas. —Paola, señaló el fajo que tenía encima de la mesa —Pues bien, en una de ellas, aparece este símbolo, el de la máscara con

forma de pájaro, es como firma el grupo que escribe. Os he hecho una copia de la carta para que la hojeéis y además adjuntaban esta imagen. —Les enseñó en el móvil la ilustración del cuadro de Van Dyck «Serpiente de Metal» —También os he adjuntado una copia y un enlace al Museo del Prado que es donde, actualmente, se encuentra. Portela y Ana, necesito que busquéis lo que sea que significa o quiere decir al dejar este cuadro. Modesto, tú y Costoya ponerlos con el texto, algo tiene que salir de ahí. Yo me voy a ver a Rafa y después otra vez a Teixeira. No puede ser una casualidad que hayan aparecido estos muertos y alguien le haya enviado la carta a Michel.

—Comisaria, lo que no veo es el sobre, ¿traía remite? —Paola miró a Portela, era un sabueso.

—Muy bien, inspector, sólo un matasellos de la provincia de Zamora, Sanabria.

—¿Puebla de Sanabria? Un poco lejos, ¿no? —Costoya, intervino.

—Puede ser un señuelo, ir hasta allí sólo a dejarla en un buzón.

—Cierto, inspector, pero no está de más que llamemos a la oficina de correos para que este al loro de próximas cartas dirigidas a Teixeira de este estilo, estoy seguro de que podríamos dar con el buzón y, con un poco de suerte, alguna cámara de seguridad pudo grabar el momento en que, quién sea, deposita la carta. —Alba se dio por aludida.

—Las cámaras, puedo pedir una autorización si están en la vía pública y tenemos una investigación abierta. Pero habría que saber de qué zona de Sanabria procedía.

—Vale, Alba, intentad hablar con la oficina de correos de forma oficial, a ver si hay alguna manera de averiguarlo. Nos vemos en un rato y compartimos lo que tengamos. —Alba, le hizo en gesto para que se acercara a ella.

—Comisaria, el director de la prisión me mandó la lista de personas que visitaron a Michel estas últimas semanas, curiosamente, sólo hay una persona que repitió visita y una fue antes de ayer. Tiene todos los datos en este sobre. —Se lo dio y recibió el agradecimiento visual. Lo metió en el bolso y desapareció echando chispas.

IX. RAFA

Paola, salió de la comisaría por la puerta de atrás otra vez. No era media mañana. Tenía hambre, pero no quería parar en Santiaguño, prefirió hacerlo de vuelta de casa de Rafa. No era demasiado lejos, en la calle Palomar, a unos quince minutos andando a buen ritmo. Volvió a recorrer las calles en las que había visto al encapuchado la noche anterior, ahora llenas de vida, de acción, cientos de rostros de personas estresadas, cada uno con una historia detrás. Subió hacia el palacio de congresos por aquella cuesta interminable y, no sin sudar, consiguió llegar a su destino. Un cuarto sin ascensor como broche final. Al llegar a la puerta timbró, pero no obtuvo respuesta. Insistió. Silencio. Se sintió observada y supuso que la vecina de la puerta contigua estaba mirando por la mirilla. Miró hacia la puerta y cuando ya estaba a punto de irse, abrió la puerta.

—¿Busca al chico del cuarto izquierda? —Paola, le sonrió educadamente.

—Sí, soy su jefa, me dijeron que estaba enfermo, venía a ver qué tal estaba.

—Pues no debe estar muy bien porque hace una hora vino la ambulancia a buscarlo, yo no quiero decir nada, pero llevaba muy mala cara, imagínese que fue incapaz de bajar por su propio pie, un chico como él. Una pena.

—¿No sabe a dónde se lo llevaron?

—Ni idea, pero supongo que, a la Residencia, espero que no sea nada, con lo riquiño que es.

—Sí, muchas gracias por la información.

Llamó a la comisaría y se lo contó a Alba, para que le averiguara dónde estaba. Tendría que ir en coche, así es que de camino, se paró en una cafetería, «Las Pepas» rezaba el cartel. Mientras tomaba aquel café, con sabor a gloria, abrió la carta que le había entregado Alba. En cuanto vio el nombre de la persona que había ido a ver al Guardián, sintió una traición enorme, como si le hubiesen clavado un puñal en el corazón. Como si tu mejor amiga, esa que se desvive por ti, dejara de reírse con tus gracias de un día para otro y empezara a reírse al primer bufón que pasase por allí. El nombre no daba lugar a dudas. Su madre. ¿Pero a qué coño había ido su madre a ver a Michel? Podía entender que, antes de saber que se conocían, hubiera ido por saber del paradero de su padre, pero ¿antes de ayer? ¿Había venido desde Madrid y no le había avisado? No entendía nada. Le acababa de amargar el café. Empezó a dolerle la cabeza. Entonces, sonaron los acordes de «*Sweet child o' mine*», la maravillosa melodía de su teléfono. Era Alba.

—Comisaria, han llevado a Rafa al Hospital Universitario, pero no saben nada más, me han dicho que no podían decir nada por teléfono. Supongo que Rubio ya lo sabrá y no tardará en ir hasta allí.

—Gracias, Alba, si te pregunta, dile que en media hora estaré en el hospital.

—Eso haré, por cierto, creo que tengo algo con los desaparecidos, estoy atando un par de cabos, pero hay una denuncia de cuatro personas desaparecidas, interpuestas por separado, pero curiosamente en el mismo lugar, una feria médica que tuvo lugar hace quince días en el Palexco.

—Buen trabajo, Alba, sigue tirando de ahí y me cuentas después, no puede ser una casualidad.

—Gracias, jefa, todo va encajando, luego le informo. —Colgó el teléfono. A Paola, esto de Rafa, no le olía nada pero que nada bien. Volvió a bajar a la zona de comisaría. Su coche descansaba día y noche en el aparcamiento de la jefatura. Le gustaba ir andando a todos los sitios, pero el hospital Universitario no era uno de ellos, quedaba un poquito lejos.

Al llegar a la recepción y, pese a enseñar su acreditación, tuvo que esperar un buen rato. Al cabo de unos minutos una doctora seria bajó a hablar con ella.

—¿Comisaria Gómez?

—Sí, soy yo.

—Su compañero está aislado. En la última planta, hemos adecuado un espacio para él. Puede pasar a verlo, pero antes tendrá que ponerse una vacuna y un equipo específico.

—¿Una vacuna, pero por qué?

—Creemos que está infectado por una enfermedad contagiosa. —De repente, aquellas cinco letras, volvieron a su mente.

—¿La peste? —La doctora se asombró al oírsele pronunciar y miró hacia los lados esperando que nadie las escuchara.

—Sea discreta, comisaria y sí, creemos que el bacilo *Yersinia Pestis* está detrás de lo de su compañero. Es por seguridad, tanto usted como todas las personas que han estado alrededor suyo, esta última semana, tendrán que ponerse el antídoto. El problema es que aquí contamos con unas unidades determinadas de Quimioprofilaxis y no sé si serán suficientes, ya hemos pedido que nos envíen más. Hemos avisado al Ministerio de Sanidad, el protocolo está activado y supongo que su centro de trabajo será uno de los primeros lugares en los que se procederá a administrar a todo el mundo. —Paola, se quedó pensativa.

—Una consulta, doctora, ¿si alguien del entorno estuviera infectado tendrían que hacer lo mismo con esa persona? Es decir, eso supondría vacunar a todas las personas que estuviesen a su alrededor en una semana, y en pocos días, podría suponer, tener que vacunar a toda la ciudad.

—No nos pongamos en lo malo señorita Gómez, normalmente en el grado de la enfermedad del señor Lozano, las posibilidades de contagio son muy pequeñas. Eso sí, habrá que revisar todo el edificio, en busca del transmisor de dicha enfermedad.

—Dios mío, podría cundir el pánico. —La doctora puso cara de circunstancia.

—Como usted es la autoridad, le pido que conserve la calma, le doy el antibiótico, ve usted al enfermo, le pregunta lo que quiera, o lo que esté en condiciones de responder y vuelve a casa. ¿Estamos?

—De acuerdo, doctora, yo le sigo. —Paola, estaba más nerviosa que segundos antes de entrar a cualquier operación de asalto.

A cada minuto le parecía que las consecuencias de aquello iban aumentando cada vez más, era como una bola muy pequeña al principio pero que, poco a poco, había ido a más, esperaba que la pudieran parar antes de convertirse en una verdadera plaga.

X. YERSINIA PESTIS

Totalmente equipada con bata, patucos, mascarilla y guantes, Paola, siguió a la doctora a la habitación en la que habían aislado a Rafa. Al entrar, le sorprendió el carácter aséptico de todo, aquello no era una broma, se estaban tomando todas las precauciones del mundo. Le habían puesto el antídoto y después de un café y varios minutos de recuperación se sentía con fuerzas, necesitaba saber cómo se había contagiado su compañero. La doctora los dejó solos, no sin antes pedirle, que no tuviera ningún contacto directo con el paciente. Se acercó a la cama y se sentó a la izquierda de Rafa. Con las pocas fuerzas que tenía él, le sonrió.

—Buenos días, comisaria. Debo parecer una mierda...

—No te preocupes por eso, Rafa, no vas a estar siempre en plan modelo, ¿no? —Rieron.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy cansado, la verdad, esto me está comiendo por dentro.

—Bueno, ahora ya estás en tratamiento y con antibióticos, lo peor ya ha pasado.

—No entiendo cómo me ha ocurrido esto, la verdad.

—Tengo que contarte algo y después intentamos atar cabos, ¿te parece? —La miró sorprendido y asintió. —Verás, ayer aparecieron cinco personas muertas en A Godela, Pontevedra. Los cinco lo hicieron dentro de una edificación llamada A Casa da Peste y cuatro de ellos, al menos, contagiados con la enfermedad. La investigación sigue su curso, pero parece que alguien los retuvo y les contagio el bacilo para, al final, colocarlos en esa escena. —La cara de Rafa era un poema.

—Joder, quieres decir que lo mío no es una casualidad.

—Nada es al azar, ¿recuerdas?

—Estoy flipando, la verdad. —Rafa, se quedó pensativo.

—Y bien, dime, ¿qué recuerdas de los días anteriores a empezar a experimentar los síntomas?

—No sé, es que no se me ocurre nada.

—¿Estuviste con alguien desconocido esos días previos? —Rafa hizo memoria, cuando se dio cuenta, la vergüenza se pudo leer en su cara.

—Sí, bueno, unos días antes conocí una chica en el bar donde paro siempre, estuvimos hablando, bebiendo, lo recuerdo un poco difuso, sé que al final fuimos a mi casa y cuando desperté ella no estaba, pero bueno, eso no es tan extraño. —Paola, enarcó las cejas y pensó que no tenían el mismo concepto de lo normal y lo anormal.

—¿No la conocías de antes, a la chica?

—No, imposible, me acordaría de ella. No hay muchas así.

—¿Así cómo?

—Tan abiertas, agradables, dispuestas a todo.

—Desde luego, Rafa, te creía más inteligente, tienes que centrarte, ahora eres policía o al menos becario colaborador, si te dejas camelar así, te pasarán estas cosas. —Rafa volvió a sentir aquella horrible vergüenza.

—Vaya, no sé, en ningún momento pensé que me estaba engañando.

—¿Tienes gatos o perro en casa, epidemia de ratas? —Rafa abrió muchos los ojos y contestó.

—Mi gato murió la semana pasada, supongo que de viejo.

—¿No lo llevaste al veterinario?

—¿Para qué, para que certificara su muerte? —Rafa no salía de su asombro.

—Joder, Rafa, ¿dónde lo enterraste?

—En la finca, en la casa de mis padres. —La cara de Paola no podía ocultar su preocupación.

—El problema es que hasta que sepamos qué es lo que te ha contagiado, tendrá que estar todo el mundo en cuarentena. Hablaré con la doctora, lo importante ahora es que descanses y te recuperes, saber de dónde proviene la infección y actuar.

—¿Tengo la peste, Paola?

—Eso parece, aunque ni está totalmente confirmada ni sabemos de qué variedad se trata.

—Joder, esto significa que no voy a poder ayudaros con la investigación.

—Bueno, eso ahora poco importa, tienes que curarte y estar bien para la próxima. En un par de semanas estarás con nosotros. Y no dejaremos de visitarte. Rubio ya está ahí fuera, sólo podemos entrar de uno en uno. —Le agarró la mano y le sonrió. En el fondo le gustaba, y mucho, aunque estuviera lleno de llagas, el interior seguía intacto.

Salió, y después de poner al día a Rubio y a la doctora de lo que le había dicho Rafa, se fue nuevamente a la comisaría, aquello se estaba complicando, y su segunda visita a Teixeira tendría que esperar, antes tenía que llamar a alguien.

—¿Mamá? Soy yo...

—Hola hija, qué sorpresa, ¿querías algo?

—Sí mamá, sabes de sobra lo que quiero y no te hagas la tonta conmigo, acuérdate que la policía aquí soy yo. ¿Me vas a explicar que hacías visitando a Michel? —El silencio se hizo en la línea.

—¿Creías que no me enteraría quizás?

—Te lo ha dicho él.

—No, él no me ha dicho nada, pero tengo acceso a sus visitas, y menos mal.

—No te enfades, hija, sólo quería saber de tu padre.

—¿Cuándo, ahora o hace unos años? —Otro silencio se hizo en la línea.

—Ahora y hace unos años también.

—Joder, mamá, ¿desde cuándo supiste que Michel y el Guardián eran la misma persona?

—No, eso no lo sabía, pero al morir Santiago si supuse que él podía estar detrás.

—Y no se te ocurrió decírselo a tu hija, única hija, policía y encargada del caso.

—Es que no estaba segura y si te decía eso tendría que decirte lo de tu padre y era lo último que quería.

—Y estuviste esperando hasta que fue inevitable, si no me llegas a llamar me hubiera enterado por unas pruebas de ADN, ¿cómo quedarías tú?

—No era mi intención Paola, sólo quería hacer el menor daño posible.

—Y vienes a verlo, no dices nada, no avisas, no vienes a verme, ¡Es qué no lo entiendo mamá, no entiendo nada!

—Estoy segura de que tu padre sigue vivo y quiero encontrarlo.

—Me parece estupendo, ¿y en ese caso no sería más lógico que acudieras a tú hija, hija del susodicho y comisaria de la policía? No, vamos a ponernos a jugar a investigadores a nuestros

casi sesenta años.

—Lo siento, Paola, de verdad, no quería molestar.

—Pues no lo entiendo, mamá, no lo entiendo. —Intentó calmarse y cambiar el tono. —Bueno, y te dijo algo interesante o te dio largas como a mí.

—Supongo que no sabe nada más, me remitió a Morales y...

—Mamá, por favor, deja las cosas para los profesionales...

—Pero tú ahora, con lo de la peste y eso, no podrás hacer mucho y lo que pueda ayudar...

—No ayudas, mamá, no ayudas, entorpeces, así es que haznos un favor a las dos, ¡quédate en Madrid y no te muevas de ahí!

—Vale, hija, te lo prometo.

—Y yo prometo informarte si descubro algo, pero deja que nos ocupemos nosotros, por favor.

—De acuerdo, no volverá a ocurrir. —Notó la tristeza en las palabras de su madre.

—No me seas reina emérita, venga, cuídate y prometo pasar a verte cuando acabe todo esto, creo que tenemos una conversación pendiente. —Colgó el teléfono, estaba enfadada, entendía que su madre se preocupara, que quisiera saber, pero no que metiera tanto las narices. Sólo conseguía complicar las cosas.

XI. LA INDUSTRIA FARMACEÚTICA

Estaba en el garaje de la jefatura. Volvió a entrar en aquella enorme sala y fue directamente a buscar a Alba.

—¿Qué es lo que tenemos, bonita? Y buenos días otra vez a todos. Podéis iros acercando. — Volvió a mirar a Alba, esperando su respuesta.

—Tenemos confirmados a cuatro de los cinco fallecidos en a casa da Peste, se trata de las dos mujeres y los dos chicos jóvenes. Los cuatro pertenecen a dos empresas farmacéuticas, pero ni siquiera ejercían en el mismo departamento, una cosa muy extraña, no sabemos la relación que tenían entre ellos. Estas son las direcciones de las dos empresas y los nombres de los fallecidos. Ya he solicitado poder entrar en sus correos, llamadas y demás, estoy segura de que encontraremos algo más.

—Enorme, Albiña, y dime, ¿qué sabemos del quinto?

—Es el eslabón más difícil, no existe ninguna desaparición más denunciada en ese congreso, así que estamos un poco a ciegas. La doctora ha sacado una instantánea al hombre de la careta de pájaro, sin careta claro, para enviársela a las comisarías de toda España a la espera de que alguien lo reconozca.

—Estamos pendientes entonces, bien, ¿qué sabemos de correos, alguna novedad?

—Sí, y también son buenas noticias, les he mandado copia del matasellos y han identificado el buzón exacto desde el que se envió la carta. Me acaban de mandar las imágenes, me pondré con ello en un rato.

—Estupendo, gran trabajo. —Cambió de sitio y se dirigió hacia Modesto y Costoya.

—Bien, mis dos chicos, contadme, qué habéis encontrado en ese discurso.

—En realidad hemos trabajado codo a codo con Portela y Ana. Ya que hemos identificado qué cuadro y discurso guardaban muchas similitudes. Verá, es un pasaje del antiguo testamento en el que Moisés salva a su pueblo de las serpientes enviadas por Dios como castigo por la falta de fe. Y muestra ese amuleto, una serpiente de bronce que cura sólo con mirarla y simboliza la salvación. Suponemos que este grupo terrorista busca dar un castigo a la humanidad, aunque aún no sepamos exactamente por qué, aunque dudo que tarden en contárnoslo. Estos grupos, suelen ser muy dados a dar comunicados, mostrarse en la televisión, conceder entrevistas, todo con tal de transmitir su mensaje. La peste, para ellos, es como una especie de castigo divino ante la falta de fe de nuestra especie, algo así. Su discurso se basa en la máxima del Guardián de las buenas y las malas personas y, viene a decirnos, que la peste no afectará a los buenos y eliminará a los malos provocando una gran selección natural. Saben de sobra que no será así, pero ante la ignorancia pervive la fe.

—Costoya, ¿crees realmente qué nos enfrentamos a un grupo organizado?

—¿Quién si no, comisaria? Esto es demasiado grande para unos aficionados e imposible para uno solo.

—Ana, ayuda a Alba, necesitamos encontrar toda actividad terrorista en las redes, lo que sea relacionado con castigos divinos, grandes venganzas, lo que sea, algo tendrá que haber, necesitamos pistas para localizarlos. Desde que tenemos internet, el ego humano necesita transmitir su estupidez. Tenemos su firma, algo saldrá. —Hizo una pequeña pausa para coger aire. —Vale, seguimos trabajando, pero cuando termine de hablar con Nuria, nos vamos a las farmacéuticas. Por cierto, ya se me pasaba, nuestro compañero Rafa, ya sabéis que lo han tenido que ingresar. No quiero asustaros, pero tiene la peste. —Un asombro general recorrió la estancia. —No sabemos cómo, hay dos alternativas y las están estudiando. En cuanto a nosotros, nos tendremos que vacunar y estar siete días en observación. Si alguno resulta que está infectado habría que hacer lo mismo con su círculo cercano. Recemos para que no sea así. Y ante la pregunta que todos os estáis haciendo la respuesta es sí, por supuesto, no es una casualidad, a Rafa, de una manera u otra, lo han infectado para darnos un mensaje. Todos tranquilos, que saldrá de esta. —Se dio la vuelta y se puso el traje especial que Nuria le tenía preparado, al entrar en la sala previa pudo quitarse aquella horrible escafandra y hablar con la doctora Fraga.

—¿Hace falta semejante artilugio? Acabo de estar con Rafa e iba algo más holgada.

—Sí, comisaria, es por seguridad. Antes que nada, le informo que me han llamado ya del hospital. Me harán llegar, en unos minutos, las muestras con los antídotos y yo misma se las inyectaré a todos, menos a usted que ya sé que está servida.

—Y un poco aturdida, también.

—En cuanto a las huellas no hay sorpresas, sólo las de los fallecidos y bingo, ya le habrá contado Alba, dos están fichados.

—Bueno, no me lo dijo, pero ya sabía quiénes eran cuatro de los cinco fallecidos. ¿Los jóvenes?

—No, sorpresa, las dos mujeres. Orden público, aquí le dejo su historial para que lo estudie. Otra cosa, su carta, la del Guardián, tampoco tiene ninguna huella, pero sí un perfume muy característico Eau d'Hadrien de Annick Goutal, un perfume exclusivo y carísimo y que suelen llevar las celebrities, digamos que sobre los dos mil euros la unidad. Los cabellos de mujer que encontramos no tenían raíz, es más, creemos que se trata de cabello natural postizo y por último y más importante están los cadáveres, pero para eso tenemos que entrar. Póngase la máscara. —Paola, obedeció y se la puso. —¿Me escucha, comisaria? —De repente, empezó a escuchar un sonido de voz opaco que supo que venía de la doctora porque veía su boca moverse. Contestó.

—La oigo, raro, pero la oigo.

—Para lo que es nos vale. Entremos. —Entraron en la sala y estaban dispuestos dos cadáveres, por un lado, el de uno de los chicos jóvenes y, por el otro, el de una de las mujeres. —Empecemos por la mujer. Como puede ver, tiene los ganglios linfáticos hinchados, no presenta heridas sangrantes y al hacerle la autopsia comprobamos que la peste no se había desarrollado en sus pulmones, por lo tanto, es peste bubónica. —Se acercaron al joven. —Sin embargo, en éste ya se aprecia que en los bubones hubo sangrado, bien, al abrirlo vemos como los pulmones sí han sido afectados por la peste y por lo tanto es peste neumónica. La más mortífera.

—¿Cree que el otro hombre ha estado expuesto a la peste?

—Desde luego que sí, pero no la ha desarrollado, su organismo es inmune a ella, una pequeña parte de la población mundial mutó, en la Edad Media, haciéndose inmune a la enfermedad y los descendientes nunca podrán desarrollarla. La media es bastante exacta, de cinco habría sobrevivido uno.

—Uno al que se encargaron de matar con cianuro.

—Sí, con una dosis tremenda de semillas de cerezas, la naturaleza, a veces, es la mar de venenosa.

—¿Y las ropas?

—Eran originales, datadas en el siglo XVIII, ahí ya tendrá que poner usted al equipo de investigación a trabajar. Hay una cosa más, comisaria, no sé si tiene importancia, pero uno de los chicos tiene un montón de pinchazos en los brazos, no es que fuera drogadicto ni nada parecido, pero se pinchaba, estoy a la espera de las pruebas toxicológicas para saber qué podría ser y se lo confirmo.

—Está bien, doctora, buen trabajo. Vamos a ver a esas farmacéuticas. —Se quitó el farragoso traje y volvió a la sala donde ya la esperaban, preparados, Ana, Costoya, Modesto y Portela. —Alba, querida, ¿has llamado para decir que íbamos a visitarlos?

—No, comisaria, ahora mismo...

—No, ni se te ocurra, me encantan las sorpresas. —Miró a los chicos. —Bien, esto es lo que haremos, Costoya y yo nos vamos a Lifarma en Culleredo, mientras vosotros tres os vais a Metrobar en Palavea. Vaya nombres, madre mía. Cualquier cosa, nos comunicamos por el transmisor. —Le pasó a Modesto la información de sus fallecidos. —Y ser discretos, estamos investigando sus muertes, no deis pistas, y dejáros llevar por vuestro sexto sentido. A la vuelta nos vemos en Santiaguíño.

La tarde se les empezaba a echar encima y Paola, se dio cuenta que ni habían comido, le cantaban las tripas y a dónde iban mucho de comer no había. Repasó el historial de los dos fallecidos y empezó a atar cabos. Nada era al azar, de eso estaba totalmente segura.

XII. EL MAL SAMARITANO

No tenía ni idea, que era lo que le esperaba tras aquella mole gigante de ladrillos. En su larga trayectoria, se había topado con todo, pero lo que se estaba encontrando últimamente rozaba lo inverosímil, así es que prefirió no hacer juicios de valor. Al llegar a la recepción, un chico muy amable los recibió y al ver la placa de los agentes y saber el motivo de su visita, se apresuró a llamar por teléfono. No habían pasado dos minutos, cuando una mujer que no llegaba a los cincuenta años los recibía con su mejor sonrisa.

—Buenos días, soy Miriam, la gerente de Lifarma.

—Inspector Costoya y comisaria Gómez. Estamos aquí por la muerte de sus dos compañeros. Supongo que estará enterada de las circunstancias en las que han aparecido.

—Terrible, pero por favor, pasen a mi despacho, está aquí abajo, no me gustan nada las alturas que reservamos para nuestros investigadores.

—Me va a perdonar la ignorancia, pero ¿a qué se dedican exactamente? —Miriam, la miró sonriente y comenzó a trazar un plan como si de un cliente potencial se tratase.

—Digamos que Lifarma, nació para la creación de productos específicos relacionados con la cura o tratamiento de todo tipo de cánceres. Nuestro equipo de investigación, en el que contamos con grandes eminencias, elabora los productos que una vez testados y demostrados pasan a ser utilizados, en la mayoría de los centros oncológicos del país.

—Muy interesante, señorita...

—...Miralles. —Entraron en un despacho de madera de tamaño medio con multitud de diplomas en sus paredes y una foto familiar en la mesa. Se sentaron.

—Verá, señorita Miralles, ¿en qué estaban trabajando actualmente la Doctora Gris y el señor Martín?

—La doctora Gris, era nuestra mayor experta en la investigación del cáncer de colon. Estaba desarrollando un medicamento destinado a paliar todos los dolores que surgen tras la metástasis y, en estos diez años con nosotros, son varios los medicamentos testados que han ayudado a la mejora de los pacientes con esta dolencia. Y en cuanto al señor Martín, era uno de los visitantes médicos que teníamos en la compañía, en concreto, llevaba el hospital universitario, el Quirón, y el resto de los hospitales de Galicia que cuentan con especialidad de oncología.

—Quiere decir, así generalizando, que la Doctora Gris creaba los productos y el señor Martín, los colocaba.

—Bueno, más o menos, hablando en lenguaje coloquial, sí. Podría darse el caso. —Costoya, que había estado observando todo con detenimiento, intervino.

—¿Y cómo consiguen que uno de esos medicamentos, supongamos, que ya en su fase avanzada, con el producto finalizado y testado, sea administrado a los pacientes?

—Como le decía, inspector, el canal es el de los visitantes, a no ser que sea un producto estrella y lo adquiera el Ministerio de Sanidad para su distribución.

—Eso sería una lotería.

—Sí, y casi imposible, y más en este sector, los productos son muy caros, demasiado.

—Cuánto más se afianza las enfermedades, más caras son las soluciones.

—No sé qué decirle, inspector, no es fácil, si es cierto que algunos de estos medicamentos luego son compartidos con la seguridad social y ello lo hace más asumible.

—Quiere decir que, aunque el Ministerio de Sanidad, digamos no se los compre sí los financia para su uso en hospitales.

—Algo así, sobre todo cuando los profesionales reputados lo prueban y dan el visto bueno.

—Eso generará infinidad de presiones, supongo.

—Bueno, no sé a qué se refiere, al menos desde Lifarma, le aseguro que no se utilizan esas tácticas. Nuestros productos pasan todos los controles de calidad y todas las pruebas previas, si no funcionan no salen de aquí. —Paola había asistido a aquel tira y afloja, pero sabía que no le sacarían más a aquella mujer.

—¿Podríamos ver la zona de trabajo de la doctora y hablar con alguno de sus compañeros?

—Por supuesto, os acompañaré arriba.

Subieron hasta el último piso, dónde, entre probetas, ensayos y batas blancas se veía un ambiente de trabajo muy intenso. La gerente los presentó y se despidió.

—Les dejo con ellos, estaré abajo por si necesitan algo.

—Muchas gracias por su ayuda. —Paola, empezó a dar vueltas mientras Costoya hacía inspección ocular a su despacho, pronto pasaría a la segunda fase, la de revolverlo todo. Uno de los ayudantes parecía nervioso. Al principio no le dio mucha importancia, pero al rato y al ver que no paraba de mirarlos de reojo se dirigió a él.

—Buenos días, comisaria Gómez, ¿era usted ayudante de la doctora Gris? —El hombre nervioso contestó y mirando a los lados mientras lo hacía le dio la mano a Paola, dejando caer en su mano una nota. Paola, se dio cuenta y cerró la mano mirándolo severamente. Él puso cara de circunstancias y ella creyó entender el mensaje.

—Buenos días, sí, me llamo Ernesto y era el ayudante principal de la doctora Gómez.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—En el congreso, justo antes de dirigirse a su vehículo, nos despedimos en la puerta y no volví a verla. —Costoya intervino.

—¿Sabe si tenía alguna agenda, algún lugar dónde guardara las citas o si había quedado con alguien el día de autos?

—Lo guardaba todo en el ordenador, creo. Tendrán que entrar en él, pero que yo sepa no había quedado con nadie.

—Muchas gracias, Ernesto. Déjeme su teléfono, seguramente tengamos que llamarlo a declarar a la comisaría por ser la última persona que la vio con vida. —Garabateó unos números y se los devolvió. —Inspector, si no tienes nada más que preguntar, será mejor que bajemos y dejemos trabajar a esta gente. —Costoya se sorprendió, pero ante la cara de Paola, obedeció y bajaron de nuevo al primer piso, sin hablarse. Se despidieron de la gerente tras conseguir los expedientes de los dos trabajadores y las claves de acceso a sus ordenadores, a veces no hacía falta una orden para todo. En cuanto salieron, Paola, sacó el papel que le había dado Ernesto y se lo pasó a Costoya.

Hay micros y cámaras, aquí no podemos hablar. Todo está falseado. Les espero esta tarde a las ocho en la cafetería Bonilla del centro Comercial.

—Parece que nuestro Ernestito sabe algo. Desde luego, aquí hay algo que no encaja con el carácter aséptico de la señora Miralles.

—Ya lo suponía, pero de ella no sacaremos nada, esperemos que este hombre pueda darnos alguna clave para entender por qué los han matado. Voy a mandarle un WhatsApp a la otra cuadrilla. Volvemos al Santiaguino.

XIII. DOCTOR AMOR

Paola pidió unos pinchos con las cervezas, se les había pasado la hora de la comida, pero tenían que meter algo al cuerpo, sabía que aquello era contraproducente, sobre todo, para los glotones Modesto y Costoya, pero moría de hambre. La última en llegar fue la doctora Fraga, que hizo una entrada que le recordó a aquella que había hecho Rafa, no hacía ni un mes. Los hombres, con ese ataque de testosterona propio de su naturaleza, pero a años luz de la ofensa, se levantaron para dejarle sitio, le hicieron la ola, la piropearon con cariño, podía decirse que Nuria, había entrado con buen pie en el equipo.

—Voy a ser una asidua de estas reuniones si siempre me recibís así. —Paola intervino.

—Es al principio, a mí también me lo hacían, pero pasados unos días ya ni nos miran. —Todos rieron. —Bueno vamos al ajo, ya os conté nuestras novedades, luego te pongo al día Nuria, mientras estos se dediquen sólo a comer, ¿vosotros que habéis sacado en claro de vuestra visita a Metrobar? —Modesto fue el primero en contestar.

—Lo primero, que bar no había por ningún lado, y mira que lo busqué. Ahora en serio, nos atendieron la mar de agradables pese a la sorpresa. El gerente nos enseñó los puestos de trabajo de los dos fallecidos, nada extraño la verdad. —Ana, tomó la palabra.

—La doctora Santos, era una eminencia al hablar de cáncer de pulmón. Sobre todo, en los tratamientos desaceleradores, o así les llaman, es decir darle calidad de vida al paciente cuando ya no hay solución. Y el chico, que se llamaba Adrián, era un representante, vendía los productos por los distintos hospitales públicos o privados visitando a los médicos.

—Joder, es una copia exacta a lo que nosotros encontramos en Lifarma, sólo que cambiando de especialidad. Está claro que no es una casualidad. —Alba, intervino.

—Chicos, dentro de las doscientas cosas que tengo que contaros creo que una de ellas os resultará muy útil. Sabemos quién es el quinto fallecido. Se trata del doctor Amor.

—¿El doctor amor, es una broma? —Costoya se llevó las manos a la cabeza.

—¿Lo conoce, inspector?

—Quien no lo conoce, es la gran eminencia del..., quiero decir, era la gran eminencia en la oncología, trabajaba aquí en el Universitario, pero antiguamente, también estuvo en el Gregorio Marañón. —Paola no lo conocía de nada.

—Pues yo, inspector no estoy nada puesta en médicos, así es que, lo único que me suena, es ese nombre tan mediático.

—Es que lo era, seguramente, en Galicia, era el médico más conocido.

—Está bien, os creo, ¿y desaparece y nadie se da cuenta? —Alba volvió a tomar la palabra.

—Era un soltero de oro y justo cogía vacaciones tras el congreso, al que curiosamente también fue, aunque por otros motivos, así que nadie lo echó de menos hasta ayer mismo, día que tenía que reincorporarse y no lo hizo. Al ver que no contestaba al teléfono, ni daba señales de vida en su

casa, sus compañeros pusieron la denuncia. Esto será un estímulo, aún mayor, para la prensa, me temo. —Alba prefería ponerse en lo peor. —Paola intentó poner un poco de orden en todo aquello.

—Resumiendo, tenemos a dos grandes investigadores sobre el cáncer, y a dos viajeros, visitantes o representantes y, tenemos también, el último eslabón de esa cadena, el gran doctor Amor. La trama parece bastante clara, ahora necesitamos saber qué es lo que los unía y qué motivos tenían para matarlos, y creo que esta tarde a las ocho nuestro querido Ernesto, ayudante de la doctora Gris, nos va a dar esas claves. —La comida apareció y Paola le dio la palabra nuevamente a Alba.

—Varias cosas, lo primero, los ropajes del siglo XVIII. Hay una denuncia interpuesta en la localidad de Ponte Caldelas, por el robo de una enorme cantidad de ropa del local social, ropa que utilizaban para la celebración de la Batalla del Verdugo, una recreación de la Guerra de la Independencia. Forzaron la puerta y se lo llevaron todo.

—De Ponte Caldelas a Puebla de Sanabria aún tenemos un buen trecho, no encuentro la lógica.

—Quizá no la tenga, comisaria. —Nuria, intervino.

—A ver, chicos, esta gente debe tener un punto fijo desde donde operan. Pensar que han tenido que retener, al menos, diez días a cinco personas incomunicadas, no sé, a mí me lleva a pensar en una nave abandonada o algo así, ya sé, igual soy algo peliculera, pero montar todo este tema de la peste requiere, también, gente experta en la materia, materiales de protección..., sinceramente, para nada lo veo como un grupo que pueda actuar de forma nómada, sino que opera desde un punto.

—Estoy de acuerdo, pero me parece que tenemos demasiada extensión de la que hacemos cargo. —Paola, no encontraba salida a todo aquello. —Pero Alba, estaba exultante.

—...Si le añadimos la siguiente información, quizás, podamos acotar esa búsqueda, creo que tengo a los que echaron la carta en el buzón de Puebla de Sanabria y discretos, lo que se dice discretos no son, cuidadosos sí, porque la cara no se les ve en ningún momento, ni la matrícula, pero ir por ahí con una furgoneta GMC negra, como la del equipo A, llama la atención.

—¡Sí señor! Eso sí es un avance, imagino que ya habrás indagado más...

—In extremis, pero sí me dio tiempo, hay nueve matriculadas en Galicia y tres en Zamora, suponiendo que sean de aquí, claro. Lo que sí está puesto en un aviso a todas las comandancias de la Guardia Civil de tráfico con el busca y captura de una furgoneta como esta. Espero que aparezca. —Paola, miró a Nuria, que parecía que tenía algo que añadir, cada hora qué pasaba le gustaba más aquella mujer.

—Una cosa, comisaria, el tema de los pinchazos del chico, no lo tengo nada claro, yo creo que tienen que ser previos a su captura, se observa diferencia entre unos y otros, no sé qué es lo que estaba haciendo, pero su cuerpo, está lleno de todo tipo de sustancias, difícil de determinar, pero cuando terminemos con el toxicológico acabaremos sabiéndolo.

—No te preocupes, Nuria, yo creo que hoy nuestro Ernestito cantará y le preguntaré por eso. Y ahora a la mayoría os toca poner el antídoto en sesión de tarde, así que venga glotonos acabad esa comida a no ser qué tengáis algo más que contarnos. —Ana levantó la mano.

—En cuanto al nombre del grupo, el logo ese de ELITE se repite en algunas páginas de Facebook y menciones, pero no sé si simplemente es una casualidad, es algo bastante común, pero en ningún lugar la encontré con la ele en forma de careta de pico de pájaro. Y, manifestaciones a favor de una epidemia de peste, inexistentes.

—Bueno, sigamos tirando del hilo, algo tiene que salir de ahí. Mientras, aquí, nuestra doctora particular os pone las vacunas, me voy a ver al Inspector Morales, Costoya a las ocho nos vemos

en la Bonilla, ya no paso por aquí, ¿ok?

Paola, se levantó y lo primero que hizo, al salir, fue mirar al cielo. Debería ejercer de persona normal y dedicar alguna parte de su tiempo a comprar algo de ropa. El otoño estaba ahí encima y ella, seguía con su traje de chaqueta y pantalón sin cazadora y, como ya le había dicho Costoya la primera vez, ¡estaban en Galicia, coño!

XIV. LA TRAMA FRANCISCANA

No estuvo demasiado tiempo en casa del inspector Morales que, tras su confesión, parecía haberse quitado diez años de encima. Le dio un nombre, un viejo número de teléfono y otra confesión.

—Le encargamos a este hombre que se deshiciera de él, le pagamos sesenta mil pesetas. Una pasta. No le especificamos si vivo o muerto, eso ya es mejor que se lo diga él.

No quiso hacer juicios de valor, Morales, había salido el día después del asunto Guardián haciendo unas declaraciones en las que reconocía haber ocultado pruebas y confirmó, punto por punto, la historia de Michel. Seguramente ya había pagado por aquello. Eso sí, era frío como un témpano, entendía que ser inspector en aquellos años del Franquismo y luego, en la transición, tuvieron que ser algo más que duros, sobre todo para sus víctimas.

Llamó a aquel teléfono que Morales le había dado, un fijo, y sorprendentemente daba tono. Le respondió una mujer muy mayor al otro lado de la línea.

—¿Dígame?

—Buenos días, soy la comisaria Paola Gómez, de la policía, estoy buscando a Severiano Temprano, ¿podría hablar con él? ¿Está en casa?

—Sí, señora, Severiano padre está, pero no se puede mover mucho, como comprenderá, ¿no ha dicho qué es de la policía? ¿Ha hecho algo malo nuestro hijo?

—No, señora, se trata de una investigación de hace más de treinta años, por eso tendría que hablar con Severiano, padre.

—Muy bien, pues ya le digo yo que viene usted para aquí, ¿sabe la dirección?

—No, si es tan amable.

—Estamos en la calle Borrallón, en la parte baja de Los Mallos, el número cuatro, primer piso.

—Muy bien, en diez minutos estoy ahí. Muchas gracias, señora.

Colgó, ¡cuánta amabilidad! Pensó. Aceleró el paso, pues aún tenía un trecho, lo bueno que de Los Mallos al centro comercial era un suspiro. Al llegar no le hizo falta ni llamar a la puerta, por arte de magia esta se abrió. Pensó que no debían recibir muchas visitas y aquella señora parecía buena persona. Le dio las gracias y pasó a un amplio recibidor. Un largo pasillo la dirigió al salón dónde escuchaba la tele a todo volumen. Sentado, en un sofá de skai rojo, estaba Severiano Temprano, el hombre que había hecho desaparecer a su padre. Se dijo que tenía que ser inteligente si quería sacar algo en claro de aquello y quizás, Severiano, fuese su única oportunidad.

Doña Mercedes, que así se llamaba la mujer, le había traído té y unas pastitas, en cuanto intuyó que estaban solos, miró a Severiano a los ojos. Podría tener poca movilidad, pero estaba segura de que aquel hombre, la cordura la conservaba toda. Le dio un sorbo al té y volvió a mirarlo.

—¿Sabe por qué estoy aquí? —Él la miró tranquilo, casi disfrutando del momento. Tenía unos ojos enormes de color verde acentuados por unas gafas de culo de botella.

—¿Debería saberlo? Usted dirá.

—Hace treinta y tres años, a finales de los setenta y principios de los ochenta, le hicieron el encargo de hacer desaparecer a un hombre. Ese encargo se lo hizo el inspector Morales y la Santa Iglesia católica, le pagaron sesenta mil pesetas. Ese hombre se llamaba, Francisco Herrero. — Esbozó media sonrisa y contestó con aquella voz ronca.

—Esos cabrones, mienten hasta en recuerdos, cincuenta mil me pagaron. Aquí ni Cristo tiene palabra. Sí, señorita, claro que lo recuerdo.

—Podría decirme todo lo que recuerde, por si no lo sabe, ya ha prescrito.

—Lo sé. —Suspiró, parecía que buscaba en su memoria los detalles de aquel caso. —Como bien dice, serían finales de los setenta, la fecha no la recuerdo con exactitud, recuerdo el encargo, el comisario Morales me ordenó que desapareciera y poco después vino a verme un párroco, se hacía llamar Tadeo o algo así, y me pidió que nos mancháramos, lo menos posible, las manos de sangre, se trataba de que desapareciera, no de eliminarlo. A mí me daba igual, la verdad, en aquellos años, usted comprenderá, no me andaba con tonterías, si había que matar se mataba, y si tenía que desaparecer, desaparecía.

—¿Y qué es lo que hicieron con él?

—Lo metimos en el coche, le dimos una buena paliza, tanto que quedó inconsciente y lo embarcamos en un camión, bien escondido. Por aquel entonces, mandábamos cierta mercancía con carácter semanal a Bulgaria. Pensamos que si pasaba la frontera no podría volver a cruzarla de vuelta y a nosotros no nos iban a registrar. Lo dejamos junto a la mercancía en una zona de animales y huertas, se llamaba Pararmun, no muy lejos de Sofía. Allí quedó a cargo del capataz y, la verdad, no supe más de él.

—¿Entonces, sobrevivió?

—Señorita, yo siempre cumplo mi palabra, y si me piden que llegué vivo pues llega. Y eso es lo que yo sé, que llegó vivo a Pararmun, lo que pasara después lo ignoro totalmente. Lo que sí le digo es que cuando llegó allí era un ciudadano búlgaro con todas las de la ley, su pasado español estaba en su memoria, pero no en su documentación.

—Quiere decir que le hicieron un pasaporte falso.

—Claro, no era tan difícil, y mire, Bulgaria era socialista, comunista o lo que quiera, pero era la más corruptible de todas, y allí dejamos al pobre Francisco, el búlgaro.

—¿Recuerda cuál era su nuevo nombre? —Severiano, se quedó pensando. A duras penas se levantó, doña Mercedes le reprendió por ella y se produjo una pelea, típica de los Ropper que, a Paola, le dio mucha vergüenza. Tardó cinco minutos en volver.

—Aquí tiene. Guardaba todos mis trabajos por, si algún día, tenía que pagar por ellos. No fue así, pero el que guarda siempre tiene. —El papel estaba gastado, pero se leía bien el nombre «Illian Kiriakov».

—Muchas gracias, Severiano. Ha sido de gran ayuda. Muy rico el té, Mercedes

Salió disparada y llamó a Alba. Le dio los datos, esperó que pudiese encontrar algo. Lejos, pero al menos sabía que su padre no había muerto aquella noche maldita. Estaba exultante. Miró el reloj. Eran las ocho menos cuarto. Bajó andando hacia el centro comercial. Tomó el puente colgante que unía los Mallos con la estación de autobuses y de allí en doscientos metros llegó a El Corte Inglés. No había mucho ambiente por las calles. Entró y subió las escaleras mecánicas en dirección al Bonilla. De lejos, vio la cazadora eterna de Costoya y a Ernesto, que no había faltado a la cita, se alegró, parecía que las cosas empezaban a salir bien.

XV. ERNESTITO

—Bueno, Ernesto, ¿a qué se dedicaba en realidad la doctora Gris en ese laboratorio de Lifarma?
—Sudaba, tanto que daba grima. Paola se dio cuenta de que tenía mucho miedo, tendrían que mimarlo para que acabara contándose todo.

—Hace diez años, cuando la doctora llegó, nos pusimos a trabajar en el proyecto, se trataba de encontrar fórmulas que paliaran el dolor post metástasis, para entendernos, no era una fórmula salvadora del cáncer ni mucho menos, sólo un paliativo para que sufrieran menos. Al principio, los doctores no estaban muy por la labor, pero acabaron reconociendo los beneficios de una muerte digna. El problema para Lifarma es que los costes se nos disparaban, tanto, que al cabo de unos años ingresábamos menos de lo que gastábamos y eso, por muchas ayudas del Ministerio que haya es una perdición para la empresa privada. Fue entonces cuando un día, Martín, le dio una idea. Tenía muy buenos amigos doctores y sabía que varios de ellos aceptarían. Se trataba de venderles el producto, pero sin el producto. No sé si me entienden. —Las caras de Costoya y Paola, eran de un no rotundo. —Vale, veamos, el producto se envasa, en lugar de con los componentes reales, con unos componentes inocuos para la salud pero que tampoco palían nada por sí solos, en uno gastaríamos unos veinte euros por bote y en el otro tres. Todos salíamos ganando, los doctores se llevaban una parte, la empresa no perdía dinero, nosotros no perdíamos nuestro trabajo y podíamos seguir gastando dinero en proyectos reales hasta conseguir el sueño de todo investigador, la cura del cáncer.

—O sea, estaban engañando al ministerio y a los pacientes. ¿Pero no existe ningún tipo de control?

—Sí, pero les dábamos el producto real, y luego entre Martín y los doctores se encargaban del resto. Digamos que está metida mucha gente.

—Y los pacientes, creían que estaban tomando un producto que les paliaba los dolores, pero era su cabeza la que producía esa cura.

—Y si no lo hacía, lo atribuían al estado avanzado de cáncer, dese cuenta de que estamos hablando de grados de metástasis muy desarrollados.

—Joder, era un engaño a gran escala. La farmacéutica vendía un producto, los doctores lo recetaban y se les administraba a los pacientes, pero en realidad sólo se les estaba inyectando aire.

—Sí, productos inocuos, ya le digo. Nadie se daba cuenta. Y teniendo a esos médicos de nuestro lado, no teníamos nada que perder. Le aseguro que nosotros sólo lo veíamos como una forma de conservar nuestro trabajo y poder añadir euros a la investigación de una cura, que nunca llegó.

—El caso, Ernesto, es que en Metrobar hacían exactamente lo mismo.

—Lo sé, no éramos los únicos, usted piénselo, esa gente iba a morir, lo único que hacían y hacen estos productos, es darles una mayor calidad de vida, en realidad, al final, se trata de algo más

psicológico y no tanto fisiológico. —Costoya y Paola, estaban en shock. Era un descubrimiento brutal, y una práctica habitual por lo que veía.

—¿Sabe por qué, Martín, tenía tantos pinchazos en el cuerpo? —Ernesto miró para otro lado.

—Mire, este mundo está un poco loco, en general digo, Martín trabajaba dieciséis horas diarias, no tenía familia, ni hijos, la empresa lo llenaba de dinero a cambio de chuparle la vida. Hacía de cobaya en muchas de las pruebas que se hacían. Era un extra y para él no era distinto a pincharse anabolizantes para estar cachas. Hay gente que necesita dinero, comisaria. No le llegan los mil y muchos euros, eso se lo pueden gastar en un día. El vicio es muy malo.

—¿Quién cree que pudo atentar contra sus compañeros?

—No lo sé, pero estoy acojonado, yo sabía lo que hacían y aunque no participase, directamente, los encubría.

—Sí, pero si lo matan a usted, ¿quién nos lo hubiese contado? —Paola, había dado en el clavo. Todos se quedaron pensativos. Siempre había una razón, un por qué.

Salieron después de asegurarle a Ernestito, que a partir de aquel mismo momento contaría con protección. Aquello era muy gordo, tanto que Paola pensó que tenía que hablar con Rubio para estudiar la estrategia a llevar a cabo, pero aquello ya estaba fuera de sus responsabilidades. Ella investigaba, descubría, pero su verdadero cometido era coger a los malos, los otros malos eran cosa de Rubio.

—Un imitador, comisaria, cómo dijiste al principio. —Paola y Costoya, caminaban juntos, con la zona portuaria al fondo y el olor a una de las últimas noches del verano flotando en el ambiente.

—Nuestro Guardián, nos jugó una mala pasada. Despertó a unos cuantos locos que vieron que se puede hacer justicia por su cuenta y que, a veces, es el camino más rápido hacia la venganza.

—No sabemos sus motivos, pero todo parece indicar... —Lo interrumpió.

—Inspector, ¿si mi pareja, mi hijo, mi hermano, estuviese a punto de morir por cáncer y sé que estos desgraciados, por decirlo finamente, están engañándonos a nosotros y al resto de enfermos qué es lo que crees que haría?

—Llamar a la policía, al menos tú.

—Bien, ahora piensa en ese diez por ciento de personas que se dejan llevar por el odio, la violencia, ese es su caldo de cultivo. No pierden nada, porque ya lo han perdido todo. No hay mayor dolor que perder a los que quieres y no hay justicia que te lo devuelva.

—Como el Guardián, a veces, parece que excusamos esos asesinatos.

—Costoya, a veces, la línea entre el bien y el mal, y tú lo sabes bien, es muy difusa. Y mira, cambiando de tema, ¿sabes algo de tu hija?

—¿Mi hija? No, ayer le mandé unos WhatsApp, pero el silencio fue su respuesta. —Agachó la cabeza. Estaban a punto de llegar a la delegación del Gobierno.

—Intentarlo es ser valiente, algún día tendrás la respuesta, no lo dudes Costoya, sé que ahí dentro hay un corazón de oro. —Él la cogió del brazo, como hubiese cogido a su hija, y caminaron juntos hacia su hogar.

XVI. CHAGUACEDA

DÍA TRES

Aquella mañana, todo se precipitó más temprano de lo habitual. Mientras, Modesto, se peleaba con las tostadas, el móvil de Paola empezaba a rugir bajo los designios de Slash. Era Rubio. El inspector, sólo asistió a la cara de su asustada musa y las respuestas afirmativas una tras otra. Colgó.

—Chicos, Modesto y yo nos vamos a Puebla de Sanabria. Costoya, quedas al mando. Si te parece, en cuánto lleguemos allí y sepamos algo, nos ponemos en contacto con la base. Parece ser que han encontrado decenas de animales muertos en un pueblo fantasma a cinco minutos del Lago de Sanabria. Y parece que tiene que ver con nuestro caso. Nuria y su ayudante también se vienen, el resto seguid el guion que teníamos ayer.

—Perfecto, Paola, eso haremos. ¿No desayunas?

—No tenemos tiempo, el viaje nos va a llevar más de tres horas, tenemos que espabilar. — Modesto le cedió las tostadas a Costoya y salió corriendo a la habitación a cambiarse.

—Llévate ropa de cambio, puede ser que tengamos que quedarnos allí. —Paola, le pegó un grito de habitación a habitación, mientras preparaba su maleta para viajes cortos. Esperaba no olvidarse nada con las prisas. —Por cierto, conduces tú. —Modesto, afirmó desde la distancia. Paola se acercó a Costoya. —Inspector, por favor, necesito que hagas dos cosas importantes. La primera ir a ver a Rafa, y ya me cuentas como está. La segunda ir a ver a Michel a Teixeira, estoy segura de que sabe algo más de lo que nos dijo.

—Buscaré hueco, espero que Rubio no me de mucha caña mientras no estás, ya sabes cómo se pone. —Ella lo miró con cariño.

—Tú sabes cómo tenerlo contento. ¡Modesto! ¡Nos vamos!

—Voy, voy, qué carácter, es qué así de repente. —Paola lo miró y sonrió con aire picarón.

—Buen viaje, chicos.

No hablaron demasiado en el camino. Había mucha tensión sexual no resuelta. Modesto intentaba que Paola se sintiera cómoda y ella no lo quería parecer demasiado, en el fondo era la superior al mando. Él, por su parte la obsequió con una banda sonora digna de todo enamorado y un sinfín de silencios de película independiente. Era otro día de calor y el trayecto hasta Sanabria era largo. En el coche escoba venían Nuria y su ayudante con todo el equipo. Habían quedado cerca del Lago de Sanabria, en un hotel rural llamado El Recreo y allí estarían esperándoles los compañeros. No eran las 13 horas todavía, cuando al fin llegaron a su destino.

—A sus órdenes, comisaria, se presentan la inspectora Ermitas y el policía Santa Elena. — Míreia Ermitas, era muy conocida en la región por su carácter de sabueso y saber resolver los crímenes. —Les presentó a Lolo Manrique, experto en todo lo referente a Puebla de Sanabria, los lagos y todas las leyendas, él les contará todo lo que necesiten en su estancia con nosotros. Sígannos y nos acercamos a Chaguaceda, no son ni cinco minutos.

—Muchas gracias, inspectora. Comisaria Gómez e Inspector Modesto, detrás vienen la doctora Fraga y su ayudante. Les seguimos.

Llegaron al final del camino y se bajaron. Ermitas se acercó a Paola y le contó lo que había ocurrido.

—Estos últimos días, veníamos recibiendo la llamada de los ganaderos de la zona, les habían desaparecido varios animales, un total de siete. El último en llamar fue uno que en busca de su ganado llegó a Chaguaceda y allí se encontró lo que van a ver. —En ese momento, pararon, y uno por uno, fueron poniéndose los trajes de protección. Mientras Ermitas seguía contando. —Decenas de animales muertos, en línea recta en todo el pueblo. Algunos de ellos con enormes llagas. Al verlos, acordonamos la zona y llamamos a la central que rápidamente les llamó a ustedes. — Estaban llegando al pueblo, ya se podían ver los cadáveres.

—¿Quiere decir que hay animales muertos por, supuestamente, la peste y otros que no?

—Exactamente, comisaria, la mayoría los han matado de otra manera. —Nuria, que estaba atenta, intervino.

—Seguramente, para completar la escena les habrán inyectado algo mortal, lo sabremos con el paso de las horas.

—¿Todo esto para escenificar el qué?

—Creo que Lolo puede darnos alguna pista sobre eso.

Ante los ojos de Paola, Modesto, la doctora Fraga y el mundo en general, se presentaba otra escena dantesca, aunque completamente distinta a la de la casa de la peste.

En una extensión, no inferior a trescientos metros en línea recta, se agolpaban vacas, cabras, corzos, cerdos, pero sobre todo ovejas. Eran estas, junto a las vacas, las que parecían estar afectadas por la peste. Intentó captar la hermosura de aquel pueblo, ahora, abandonado. A su izquierda se situaban varias casas de piedra de dos plantas con galerías de madera y tejado de losa. Pudo observar que tenían cuerdas en la planta inferior. Tras una pequeña caminata y pasar un arroyo, vio como los cadáveres se detenían a la puerta de lo que parecían las ruinas de una iglesia. Y allí lo vio. El mensaje. Se trataba de otro cuadro. No le hizo falta investigar mucho. Representaba a San Pelayo mutilado. Aquel joven de Tui que había sido asesinado por los árabes en Córdoba al no renegar de su fe y no entregarse a los encantos de Abderramán III. Es lo que tenía haber estudiado en un convento de monjas, uno en el que, además, San Pelayo, era el patrón principal. En ese momento notó una presencia extraña a su lado. Era Lolo, sin ni siquiera pedirselo empezó a relatar aquella leyenda.

Chaguaceda era uno de los pueblos más importantes de la comarca, por aquí pasaban todas las rutas de comercio y sus habitantes se habían convertido en ricos. Pero, la avaricia, los corrompió de tal manera que Dios les envió una maldición en forma de epidemia de peste. La mayoría murieron, pero algunos consiguieron escapar a pueblos vecinos, pero no lo hicieron con las manos vacías ya que antes saquearon la iglesia de Barrolino, a excepción de la imagen de San Pelayo, al que consideraban el culpable de la epidemia. Y así, el pueblo sólo fue habitado por el Santo y un hojalatero que, al venir de un viaje, se encontró el pueblo abandonado, acogió a San Pelayo en su casa y fueron compañeros hasta la muerte. Nunca se volvió a habitar este pueblo, pues la leyenda dice que sigue maldito.

—Hasta el culo de las putas leyendas. —Modesto no pudo reprimirse. Harto ya de aquel olor nauseabundo.

—Nos han tocado asesinos cultos, mi querido amigo. Y no creo que esto termine aquí. —Lolo, tomó la palabra.

—Si me permiten, está claro que han querido escenificar la oleada de peste en el pueblo, igual les pareció muy heavy hacerlo con humanos y por eso eligieron los animales, en el fondo, son el motor de la economía de estos pueblos y terminar con la imagen de San Pelayo, es una señal.

Tras hacer la inspección ocular, dejaron a Nuria y su ayudante para que siguieran con los trabajos, mientras ellos bajaron con Lolo hasta el hotel. Se les acumulaba el chollo.

XVII. LA LEYENDA DE VILLAVERDE DE LUCERNA

Dejaron las cosas y comieron juntos. Aquel hombre era como una enciclopedia andante.

—A ver, Lolo, deja de engullir y cuéntales a nuestros invitados algunas de las leyendas de la zona —la miró mientras esquilaba la pata de pollo hasta dejarla sin carne, comía como un animal, hoy Modesto tenía competencia. Ermitas y Santa Elena se habían incorporado a la comida.

—Les contaré la de este lago, el origen del lago de Sanabria...

Cuentan, que un buen día, llegó a Villaverde de Lucerna un peregrino pidiendo limosna y que nadie lo atendió, a excepción, de las mujeres que trabajaban en el horno haciendo pan. Ellas, se apiadaron de él y lo dejaron entrar en la sala del horno para que se resguardase del frío y pudiese comer. La masa que introdujeron en el horno creció tanto que finalmente el pan se salió del horno y las mujeres, sorprendidas, escucharon de boca del peregrino, que resultó ser Jesucristo, el castigo que le daría al pueblo por su falta de caridad. Inundaría la aldea, por lo que deberían huir de sus casas y refugiarse en el monte. Tras esto, el hombre clavó su bastón en la tierra diciendo: «Aquí clavo mi bastón, aquí salga un gargallón, aquí cavo mi ferrete que salga un gargallete.» El agua brotó a borbotones anegando el pueblo de Villaverde, salvándose de las aguas sólo el horno que conforma hoy en día la pequeña isla que hay en el lago. Los vecinos de los alrededores quisieron sacar las dos campanas de la iglesia hundida, empleando para ello a dos jatos que estuvieran bien alimentados. Sin embargo, a uno lo habían ordeñado y no era capaz de sacarla y el otro, el bien alimentado le decía: «Tira buey bragau que la leche qui ordeñarum por el llo mu le fue echau. Ven aquí bragau. —No puedo, qui esty ordeñau, le contestó.» La campana que se hundía le decía a la otra que salía: «Tú te vas Verdosa, yo me quedo Bamba y hasta el fin del mundo no seré sacada.» Y esta es la campana que los hombres de bien pueden oír repicar desde el fondo de las aguas la noche de San Juan. —Se hizo un silencio mágico.

—Sé que parece increíble, pero el primero que habló de esta leyenda, fue Aymeric Picaud, cuando peregrinó acompañando al pontífice Calixto, Guido de Borgoña a Santiago de Compostela. Al terminar su viaje escribió un manuscrito que después se llamó Codex Calixtinus que, supongo, les sonará y que se convirtió en una guía para viajes a Compostela durante la Edad Media. — Paola y Modesto habían dejado de comer para escuchar a Lolo.

—Tremenda historia. Por lo que veo esta es una zona cargada de mitos y leyendas. No sé si nos va a ayudar a encontrar a nuestros sospechosos, pero a veces pienso, que comprendiendo éstas, podríamos comprender mejor sus cerebros.

—Mire, Paola, yo no sé quiénes están detrás de todo esto, sólo sé que nada es por casualidad, y si como me dice introdujeron la carta a escasos kilómetros de aquí, para luego preparar todo esto, es que algo que se han dejado aquí nos dará el camino para la siguiente, ¿me entiende?

—Perfectamente y así es, funcionan como imitadores de el Guardián. Lo malo es que estamos seguros de que son un grupo y que están convenientemente organizados. —Modesto, intervino.

—Una pregunta, Lolo, ¿para montar todo lo que han montado en Chaguaceda de cero a cien, ¿cuánto cree que es necesario, que al menos alguien, sea de por aquí?

—No tengo dudas, Modesto, el noventa y nueve por ciento. No todo el mundo conoce este lugar, segundo, los animales que infectaron los debían tener en algún lugar, unas cuadras, algo, y para robar ganado también hay que saber hacerlo sin llamar la atención. Resumiendo, apostaría todo lo que tengo a que, al menos, una de las personas reside o es de aquí.

—Eso pensaba yo, pero no podría explicarlo mejor.

—Cada vez, tengo más claro que, ese algo que lo explica todo, tiene que estar por aquí cerca, el problema que, o estamos ciegos o no tenemos aún las luces suficientes. Lo primero qué tenemos que hacer es buscar todas las referencias a San Pelayo y ver qué podemos sacar de ahí.

—Yo lo primero que voy a hacer, comisaria, es comerme esta tarta de queso que si sabe tan bien como huele, moriré en paz. —Todos rieron. La inspectora, Ermitas y Santa Elena, no paraban de apuntar mentalmente todo lo que estaban viviendo, para ellas, Paola Gómez era un claro ejemplo de mujer, de policía, de persona. Darían cualquier cosa por ayudarle a descubrir qué se ocultaba detrás de todo aquello.

XVIII. LUZ DE LUNA

La reunión de equipo les había servido más, para poner las cosas en común que para aclararlas. No había noticias ni con el grupo Elite, ni con la GMC que utilizaban. Rafa, seguía estable y tenía para rato, y ya se sabía de dónde había salido el contagio, su gato era el que había alojado las pulgas hasta su muerte, momento en el que se habían trasladado al siguiente cuerpo vivo que era el de Rafa. Ahora su edificio había quedado precintado, bajo la excusa de plaga de ratas y su familia y vecinos habían sido vacunados.

Mientras, Rubio, estaba reunido con los grandes jefes decidiendo cómo acometer el tema de las farmacéuticas. Después de contarles lo acontecido en Chaguaceda todos estuvieron de acuerdo en que la siguiente pista tenía que estar delante de sus narices, así que Alba, Fernández y Portela continuarían investigando, mientras Costoya acudía a Teixeira a ver a Michel.

Lo mejor de la tarde, fue la llamada que, posteriormente, recibió de Alba. Su padre tenía que estar vivo, había conseguido localizar a cuatro personas que se llamaban Ilian Kiriakov en un área de treinta kilómetros. Al menos tenía mucho más que ayer. Ahora tocaba centrarse en aquello y ya habría tiempo para dedicarse a lo personal.

Después salieron en busca de un imposible, recorrieron todas y cada una de las granjas en las que habían desaparecido animales buscando huellas, pistas, volvieron a la escena del crimen para acabar comprobando, otra vez, que no había nada más, sólo la imagen de aquel Santo y la línea férrea de animales en estudio. Se compadeció de Nuria, que no había parado en todo el día y ahora se iba al anatómico forense de Zamora a intentar sacar algo en claro de aquello. Era una animalada, literalmente. Volvieron al hotel y cenaron. El dueño les ofreció hacerlo fuera, el día era despejado y la vista inmejorable. El lugar era precioso y, aquel lago de leyenda le daba a todo un tono romántico incomparable.

—Muertos, la peste, llagas, putrefacción y nosotros aquí a la luz de las velas. — Paola, sonrió.

—Son las nueve, Modesto, ya no estamos trabajando, intenta verlo como un mundo aparte.

—¿Puedes hacer eso? ¿Y, realmente, en algún momento no estamos de servicio? —La miró. — Yo no siento eso.

—Pues deberíamos conseguirlo porque si no desconectamos, no vivimos. Y menos rodeados de tanta maldad.

—La maldad que azota a la maldad, es curioso la forma de pensar de esta oleada de asesinos altruistas. Me encanta.

—No sé qué decirte, supongo que es una moda, y normalmente tras el original, todos tienden a degenerar y a olvidar más lo romántico para ir a lo práctico.

—Quieres decir que ya todo les vale.

—Claro, es como si el Guardián hubiese abierto una puerta, una rendija y ahora eso se haya convertido en un pedazo de portón gigante por el que pasa multitud de gente y, lo peor, es que con

la difusión mediática que tienen estas cosas se está normalizando y matar nunca puede ser algo normalizado.

—Pero si lo piensa está lo de Caín y Abel. Ya ve que matar estaba presente desde los primeros textos.

—Matar para sobrevivir tenía un pase, matar por puro placer es lo que no me parece humano y, desgraciadamente, cada día es más normal. Pero dejémonos de hablar de trabajo, ya tendremos tiempo, Modesto. —Lo miró cambiando la cara y cruzando las piernas. —¿Sabías que haces honor a tu nombre? —Rio.

—Nadie me lo había dicho nunca, pero gracias. Supongo que es la educación que nos dan, en mi caso, mis padres siempre fueron muy humildes, gente de campo, de aldea, con grandes valores, el trabajo, la honestidad, la lealtad.

—Pues sí que te han enseñado bien. La verdad es que cuando os vi a ti y a Portela el primer día, te parecerá que hace un mundo, pero sólo hace un mes, aquel día no sabéis la alegría que me llevé.

—Y nosotros cuando nos llamaron, pero nos dijeron que tú no sabías nada, que era una sorpresa, así es que estuvimos calladitos hasta que apareciste y sí, te cambió la cara.

—Me encanta Galicia, pero tenía miedo a venir y mira, finalmente, encuentro a un tío en la cárcel, a mi padre, en Bulgaria, y a un equipazo lleno de amigos, eso no se paga.

—Pasaron muchas cosas estos meses.

—Bueno, otras no pasaron. —Si hubiese mirado a la luna se hubiese caído de su pedestal, pero lo miró a él, a Modesto.

—Pero aún están a tiempo de pasar. —La besó despacio, cómo si el mundo fuese a terminarse aquella misma noche y el tiempo se midiese en besos. La luna sonrió, reflejada en aquel espectacular lago que los alumbraba y los vio despegarse despacio, sin querer hacerlo, sólo por necesidad vital.

—Hombre, ya era hora. —No lo dejó responder, volvió a abrazarlo y besarle más fuerte, esta vez, internando la lengua a lugares interminables. —Él vivía un sueño en vida, estaba enamorado de Paola desde aquel día en la iglesia de Iria Flavia, aquel día al darse la vuelta y verla, supo que era la mujer de su vida.

—Modesto, dime que tienes protección. —Al pobre casi le da un ataque al corazón, pero la respuesta le salió del alma.

—Comisaria, soy de Lestedo si no llevo condón es que voy pedo. —Se rieron y entraron en el hotel camino de la habitación, sin apenas separarse un instante. Paola, intentó recordar cuándo había sido la última vez que había estado con un hombre, no era capaz, sólo la cara de una persona acudía a su mente, Luis. Prefirió borrarla y después de entrar en la habitación empezaron a desnudarse. Lo hicieron despacio, con calma, conociéndose por fuera, excitados por dentro, le encantó aquel pelo en el pecho, su tableta escondida, su olor a colonia deportiva, era un hombre normal y nada le gustaba más. Él estaba sumido en su sueño descubriendo cada mota de piel de esa persona con la que había soñado despierto y dormido tantas y tantas veces. Era mejor que en ninguna de sus imaginaciones, porque nada puede sustituir a un beso real, a una caricia de amor, a un abrazo de verdad. Nada lo sustituye, cuando lo que tú sientes es amor. La recorrió de arriba abajo, por delante, por detrás, se dejó tocar, morder, lamer. Intentó darle todo el placer que merecía aquella persona única y fue sin duda uno de los momentos más felices de su vida. Y así, entre sueños, hicieron el amor hasta que se quedaron dormidos y el maldito sonido del teléfono los despertó. Paola, lo miró y maldijo a todo lo que se podía maldecir al ver el número de Rubio, al otro lado. No podía ser, otra vez no. Al menos les había dejado acabar.

XIX. A ESTRADA DÍA CUATRO

Llegaron los últimos a la escena del crimen, pero estaba todo intacto, esta vez no hubo que poner traje protector ya que, a simple vista, no había indicios de contagio. Hubiese sido un horrendo crimen más si no fuera porque la escena estaba acompañada de la instantánea con aquel cuadro de Pedro Brueghel El Viejo, «El triunfo de la muerte».

El cadáver, o las partes de este, se encontraban situados junto al altar mayor de la iglesia de San Paio en A Estrada. Se trataba de un hombre de unos cuarenta largos, moreno, tenía los ojos cerrados. La cabeza y el torso estaban unidos, aunque se encontrase decapitado. En forma de cruz el resto de las extremidades separadas del cuerpo, brazos y piernas. Paola se pasó la mano por la cara y miró al resto del equipo que, después de un buen rato de espera, aún no había conseguido superar el horror de la escena. Costoya se acercó a ella.

—San Paio en gallego, patrón de A Estrada y su iglesia, y en lugar del niño encontramos a un hombre mutilado. Nos había dado muchas pistas, pero poco tiempo. La verdad es que ni nos habíamos acercado.

—Es que no contaba con que volviésemos otra vez con el mismo tema, últimamente visito más iglesias que en toda mi vida. ¿Qué habéis visto en el cadáver, inspector?

—Al contrario que en la casa de la Peste, los ojos de la víctima están cerrados lo que nos podría hacer pensar es que el asesino sentía pena o estaba arrepentido. El hombre era natural de una parroquia de por aquí, un hombre muy conocido.

—¿Tan conocido como nuestro doctor Amor?

—Algo así, Paola, pero en el ámbito de los negocios. Me temo que se codeaba con las altas esferas. Esto no va a gustar nada. Su nombre era Marcial Solares.

—Llama a Alba y dile que se ponga con eso, quiero saberlo todo sobre él cuando llegue a la base. —Vio acercarse a Rubio.

—Comisaria, se nos empiezan a agolpar los crímenes y los de arriba con este se van a impacientar en serio. —Miraba de frente, hacia el mutilado, muy serio, pero también muy tranquilo, confiaba en ella.

—Lo sé, jefe, hay alguna relación en lo que vimos ayer y esto, pero aún no sé cuál, no pararé hasta encontrarla, se lo aseguro. —Se puso los guantes y se acercó a la escena del crimen. Se agachó. No había mucha sangre. No lo habían matado allí. Lo habían trasladado. La lámina con el cuadro de Brueghel estaba bajo los genitales del fallecido. Le daba reparo mirarla, era como estar mirándole los huevos. Era una escena de la peste azotando un pueblo costero. Le recordaba a algo, pero no sabía el qué. Alrededor del muerto había varias amapolas pensó que, en homenaje al Guardián, o quizás esas fueran las pistas con las que contaba para saber cuál sería su próximo paso. Le dio la vuelta a aquella apocalíptica imagen y vio el sello del grupo Elite con la ele en

forma de pico de pájaro. Ya no sólo eran organizados, meticulosos, inteligentes, es que actuaban en varios frentes a la vez y sobre todo cambiaban su manera de ejecutar. No iba a ser nada fácil dar con ellos. Mientras estaba agachada, Nuria se le acercó.

—Comisaria, si le parece cuando lleguemos a la base le contaré lo que pude sacar de Chaguaceda. Ahora si ya ha terminado la inspección ocular, me pongo con lo mío. —La miró y le acarició el brazo. Cada día le tenía más cariño a aquella mujer.

—Por supuesto, Nuria. —Se apartó y mientras veía como pasaban el Crimescope para determinar si había restos de sangre su móvil empezó a sonar. Era un número desconocido. Se apartó rápido de la escena del crimen.

—¿Dígame?

—Comisaria Gómez, soy Jesús Ortiz, el director de la cárcel de Teixeiro.

—Ah, hola, Jesús. Disculpe, es que estamos en medio de una investigación...

—No la molesto, sólo quería decirle que Michel me ha dado un mensaje urgente para usted, que esta mañana le ha llegado otra carta. —El vacío se hizo en la línea y Paola tardó unos segundos en contestar.

—Jesús, sí, me pasaré por ahí si me permite verlo en una hora más o menos.

—Haré una excepción por ser usted, comisaria. La esperamos. —Colgó el teléfono y habló con Rubio. Ella y Costoya irían hasta Teixeiro, mientras Modesto y Portela intentarían hablar con familiares y amigos de la víctima para averiguarlo todo sobre él. Ana, recabaría los últimos datos con la inspección ocular de la escena, del lugar, entradas y salidas del pueblo. Alba, ya estaba recabando datos sobre el muerto además de sus amistades, negocios, vicios, las cámaras y la búsqueda de aquella furgoneta negra. Antes de irse se citó con todos en el Santiaguíño. Miró a Rubio.

—Usted también puede venir, jefe.

—Gracias, comisaria, se agradece la invitación, pero creo que no me dará tiempo, en cuánto empiece a recibir llamadas de arriba la cosa se va a poner fea.

Salieron de aquella iglesia de San Paio, el cielo estaba un poco más encapotado, pero seguía sin hacer frío. Tenían una hora de viaje hasta Teixeiro, el destino los esperaba.

VUELTA A TEIXEIRO

—Costoya, se me ocurre una cosa, pon el manos libres y llama a Alba. —El inspector obedeció. La aterciopelada voz de su experta en datos telemáticos les saludó al otro lado.

—Alba, querida, tengo una corazonada, revisa los expedientes de los últimos casos de cáncer tratados por el doctor Amor, sobre todo, pacientes que hayan muerto en los últimos meses. Necesito saber la procedencia de estos. Es importante.

—Vale, jefa, en cuánto los tenga te mando un archivo.

—No hace falta, nos vemos después para comer y lo estudiamos.

—A la orden, allí nos vemos. —Colgó.

—¿Qué piensas, Paola?

—Pienso que tenemos muertes en diversas zonas, en Pontevedra algunas, otra en Puebla de Sanabria y consideramos la opción de que son varios asesinos y no uno. Una de las pistas más fiables que tenemos es el de las farmacéuticas. Si alguien pudo descubrir lo que estaban haciendo, es más que posible que fuese alguno de los que trataba.

—Lo que quiere es atar cabos entre esas personas por el lugar de procedencia.

—Eso es, según dice el doctor Amor era una eminencia, entiendo que habrá tratado a personas de diferentes lugares en su consulta, no serán todos de Coruña para que me entienda, y necesito encontrar a estas personas.

—Hay un dato que no ha tenido en cuenta, comisaria, ¿por qué muertos? ¿Por qué no vivos, aunque ya terminales? —Lo miró con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¡Claro! Inspector, tiene toda la razón, es más desesperante comprobar cómo te engañan en vida cuando sabes que no hay vuelta atrás.

—Eso explicaría muchas cosas. Avisaré a Alba. —Le dio los nuevos datos y siguió dándole vueltas. —Por un lado, piense que son enfermos que necesitan estar con los suyos, pero no unos cuidados especiales, quiero decir que no es como en la fase de la quimio o del radio en que necesitan cuidados veinticuatro horas. Sé que suena cruel pero estas familias podrían estar a la vez tramando su venganza y cuidando de las últimas horas de los suyos, no es descabellado.

—Sobre todo, si son varios.

—Es un poco enrevesado, pero no imposible. Y una buena línea por dónde tirar.

Siguieron dándole vueltas a aquello hasta llegar a Teixeiro. No era hora de visitas, pero les estaban esperando.

—Comisaria, inspector, buenos días. Le llamé por la insistencia de Michel, la verdad, no me gusta hacer excepciones, pero me dijo que esto era urgente. Puede pasar, le está esperando.

—¿Tienen café de máquina? —Costoya necesitaba su dosis.

—Sí, acompáñeme por aquí. —Paola, lo miró con complicidad y acompañado del guarda entró en la zona de visitas. Michel ya estaba allí. Se abrazaron.

—Hola, Paola, ayer vino tu compañero, el pobre aún cojea, espero que no sea de mi patada. — Ella se rio.

—No creo, desde que lo conozco está así.

—Verás, me estuvo preguntando por esa carta de los locos esos, bueno, dice que son una especie de imitadores míos, el caso es que en el correo de esta mañana me ha llegado esto. —Le pasó la carta en la que especificaba esta vez sin ninguna duda la firma de Elite en el remite. Paola, se puso los guantes que traía siempre en el bolso y la observó. El matasellos era de A Coruña. Abrió el sobre y sacó un folio escrito con una letra preciosa, organizada y meticulosa. Estaban solos, empezó a leerla en voz alta.

Querido Guardián

Hemos pasado de las palabras a los hechos, de las letras a lo realmente importante, eliminar traidores. Nos hemos dado cuenta de que las manzanas podridas no son en ningún caso retiradas por esta sociedad en la que el que no tiene dinero nada es. Nosotros queremos demostrar, al mundo, que hay cosas que son iguales para todos y que las amapolas marcarán el camino de la península en esta la lucha por la igualdad y la selección natural. Sabemos que a muchos no les gustarán nuestros medios, pero basta ya de medias tintas y afrontemos lo que ellos no se atreven a decir. Muerte a los traidores, sean quienes sean, su dinero no servirá de nada con Elite. Porque las verdaderas élites son las que trabajan unidas para un bien común y para el futuro de la humanidad. Nuestro próximo golpe marcará un antes y un después, el mundo tendrá que postrarse ante nuestros pies como si de yersinia pestis se tratara. Usted es nuestro faro y bajo sus ojos la maldición caerá.

Grupo Elite

Paola meditó durante unos instantes, mientras no quitaba la vista de aquella letra que te envolvía en lo más profundo. Levantó a la vista y vio a Michel con necesidad de comunicarse, salió de su ensimismamiento.

—Está claro que entre esta carta y la pintura que acabamos de encontrar tienen que estar las pistas del ataque con el que amenazan. Pero, o los cogemos antes o serán imparables.

—¿Qué pintura? —Paola lo miró y sacó el móvil, avisó al guarda de que le iba a enseñar una foto, éste le dio permiso. Se la enseñó. —Parece una epidemia de peste en una zona de la costa, no sé qué decirte, habría que estudiarla a fondo, pero Coruña en sí misma es una isla casi.

—¿Crees que ese ataque será a la ciudad?

—Es una posibilidad, el matasellos es de Coruña, por lo que me dijo ayer tu compañero estabas en Sanabria y, el matasellos de la otra carta es de Sanabria. Paola, a veces dos más dos son cuatro. —Tenía razón, todo parecía indicar que el ataque sería en la ciudad y eso era lo que más miedo le daba, no podía evacuar una ciudad de un cuarto de millón de habitantes y ni siquiera sabía cuándo y, mucho menos, cómo.

—Muchas gracias, Michel, por avisar. Tengo que contarte algo, es respecto a tu hermano. —Al Guardián se le abrieron mucho los ojos y las lágrimas empezaron a brotarle cuando supo por boca de su sobrina que su hermano, aquel al que creía perdido, estaba vivo en algún lugar de Bulgaria. Paola, requisó la carta y fue en busca de Costoya que estaba fuera fumando, como de costumbre.

—Nos vamos, inspector, seguiré conduciendo yo que, últimamente, no le veo nada fino con esa pierna, a ver si el truco va a estar en ir activándola a base de atizarle duro.

—Comisaria, no juegue con fuego que uno ya está mayorcito, a la espera de la jubilación. —Rieron mientras entraban en el coche y Paola, le pasaba los guantes y la carta, en este orden. Tenían mucha información que intercambiar en aquella comida. Manolo los estaba esperando con la mesa puesta.

XX. EL TRIUNFO DE LA MUERTE

Después de leerles la carta a todos, Paola, puso sobre la mesa las conclusiones que había sacado en el viaje de vuelta.

—Veamos, lo ha escrito la misma persona que el primer mensaje y sigue utilizando la misma colonia, —miró a Nuria— el tono ha cambiado un poco ya que han llevado a cabo varias acciones con éxito y eso les da un aura de invencibilidad que nos conviene. Está claro que su próxima acción será más grande que las anteriores y si tengo que destacar palabras claves, teniendo en cuenta la admiración que tienen por nuestro Guardián, destacaría entre otras amapolas, la península o las manzanas podridas. El matasellos es de A Coruña, lo que puede hacernos ver, es que ese ataque será en esta ciudad. —Costoya pidió la palabra.

—Hay una referencia clara a Coruña que ha pasado por alto, cuando le dice al Guardián que él es el faro. El faro más antiguo en funcionamiento, del mundo, es la Torre de Hércules.

—Es cierto, inspector, muy buen apunte. ¿Alguno más?

—Yo creo que será inminente, seguramente ya lo tienen preparado. Saben que el factor sorpresa es su mejor opción. —Portela seguía revisando cada renglón de la carta en busca de algo que se les hubiera escapado, no tenían tiempo.

—Alba, haz una cosa, llama a la guardia civil de tráfico y diles que necesitamos controles a la entrada de la ciudad, cualquier furgoneta sospechosa que sea revisada y sobre todo si aparece alguna GMC.

—Ahora mismo los llamo, comisaria, pero me pedirán una autorización.

—Vale, llame primero a Rubio, díselo de mi parte. —Miró al resto —bien, ¿qué más tenemos chicos? —Ana tomó la palabra.

—Aquí, acompañada de estos dos pesaditos, —dijo señalando a Modesto y Portela. —Hemos investigado el entorno de Marcial el fallecido. En su familia nada excesivamente raro, un chalé en Cambados de mucha pasta, unos hijos pijos y mucha estupefacción. Pero entre los amigos y conocidos, con los que sí hemos podido hablar, circulan varios rumores, el más recurrente es que Marcial andaba metido en asuntos turbios, aunque nadie sabía exactamente en qué. Con la ayuda de Alba, hemos descubierto que él y la gerente de Lifarma eran viejos conocidos, es más, aparte de ser uno de los grandes accionistas de la empresa, fue uno de los gerentes hace diez años, fecha en la que nos dijo Ernestito que empezó todo esto. Y hay una cosa más, Paola, este hombre tenía muy buenas conexiones y una de sus amigas más íntimas, era ni más ni menos, que la Concelleira de Sanidad, Eva Porro. —Aquello sí que era una sorpresa. Si seguían subiendo tan alto, acabarían cayéndose y el golpe sería morrocotudo. —Pero es que aún hay algo más, ¿sabes de dónde viene esa amistad? —Paola, no tardó ni dos segundos en contestar.

—Lifarma.

—Exacto, nuestra Eva Porro, figura como gerente justo después de Marcial. Hasta que lo dejó por la política.

—Y, curiosamente, se convierte en Concelleira de Sanidad. Esto se está poniendo muy feo. Y con puertas giratorias.

—Deberíamos decirle a Rubio que espere a enseñar nuestras cartas en el tema de las farmacéuticas. Si seguimos investigando acabaremos descubriendo más.

—O demás, mi querido Portela, e igual es eso lo que nadie quiere. Lo que no entiendo es qué es lo que saben ellos que nadie más sabe y, sobre todo, ¿por qué lo saben? —Alba, volvió de hablar con el jefe y le dio el visto bueno a Paola. Empezó a contarle sus novedades.

—Lo primero, jefa, aquí te dejo un expediente con todas las víctimas de cáncer tratadas por el doctor Amor en los últimos meses y las personas que todavía siguen con vida, pero en la etapa terminal. Hay de todo, no le descubro nada. Lo que sí hay noticias es de la GMC, efectivamente, en las cámaras situadas justo delante de la iglesia de San Paio se observa una furgoneta que coincidiría con las características de la que vimos en el vídeo de correos. Pero saben perfectamente dónde está la cámara, ni un descuido. Eso sí, hemos contado cuatro personas y el conductor, al menos ya sabemos que son mínimo cinco y todas llevan la cara cubierta por la máscara de la peste, eso sí, algo más estilizada que las que se usaban en el siglo XVIII.

—Es un buen descubrimiento. Supongo que físicamente no tenemos nada.

—Sólo una intuición, Paola, por la forma de andar, de coger los trozos del cadáver, por los gestos, a pesar de llevar la máscara e ir de negro, me apostaría una cena aquí con el pesado de Portela, a que son todas, o al menos la mayoría, mujeres.

—El matriarcado al poder, también en los asesinos en serie. —Paola, pensaba en voz alta.

—Supongo que Ana, ya le habrá contado un poco a los amigos de Marcial, nuestro muerto, a ello añado que sus cuentas estaban salpicadas de pequeños ingresos provenientes de paraísos fiscales. Su figura estaba más cerca de un traficante que de un gran hombre de negocios, pero disimulaba muy bien. En las redes, lo que se dice de él es que si quieres un buen trato con la administración él es el mediador. Un seguidor. Traficante de información, llámele como quiera.

—Y por alguna razón que desconocemos pero que, seguramente, está pululando por vuestras cabezas, este hombre, ahora mismo, está muerto.

—Muerto y mutilado, el ensañamiento fue brutal.

—Tengo que decir, Paola, que sobre este hombre había varias denuncias de acoso y vejaciones, así como dos presuntas violaciones en el año dos mil pero que no se pudieron demostrar. Siempre salía indemne de todo.

—Imagínate, toda la gente que tiene miedo a denunciar o que simplemente habrá comprado. Miedo me dan los personajes como él, esos que siempre parecen estar por encima del bien y del mal.

—Es que estáis dando en la clave, esa es precisamente la labor a la que dicen estar destinados los miembros de Elite, ¿recordáis? Eliminar este tipo de hombres y demostrarles que la muerte es igual para todos. Escogen sus objetivos en una misma dirección y siempre cortados por el mismo patrón.

—Pues, el próximo objetivo parece que va a ser a lo grande, así que ya podemos ponernos las pilas. Nuria, ¿qué has sacado en claro de la escena del crimen?

—No sé si demasiado, Paola, de Chaguaceda lo que sabíamos, una docena de ovejas y dos vacas habían desarrollado el yersinia pestis, el resto, simplemente, fueron ejecutados. Deben tener alguna cuadra o explotación cerca. Ermitas y Santa Elena ya están con ello. Y de la iglesia de San Paio hay una novedad, algo a lo que no nos habíamos enfrentado. El fallecido, presentaba indicios

de haber eyaculado, precisamente antes de la mutilación. —Paola, recordó la imagen de la lámina justo encima de sus genitales.

—Creí que la erección que tenía era algo fisiológico.

—En realidad no era una erección, era un estado de la sangre. Había restos de semen en la zona de la ante pierna, antes de los cortes.

—¿Supones que fue contra su voluntad? —Le horrorizaba sólo pensarlo.

—¿Si fuese una mujer que pensaríamos? ¿Qué estaba follando por placer? Yo creo que no, es muy difícil de asegurar, pero pudo ser engañado o simplemente se lo hicieron creer. El caso es que, analmente, también estaba forzado, y viendo la zona se me hace difícil pensar que haya tenido ningún gusto con eso, más bien al contrario. —Modesto, tomó la palabra.

—Vamos a ver, supongamos que, al señor este, lo liaron haciéndole creer en una relación, entiendo que, con más de una persona, y mientras una le daba placer, la otra por detrás se lo quitaba y luego lo mutilaron. Por una parte, personas como él se lo merecen, pero no sé, es enrevesado, demasiado, pero puede ser. Sólo ellas lo saben.

—Ya hemos asumido que se trata de ellas cuando puede ser un equipo mixto.

—Sorprende tanta violencia en un equipo, únicamente, femenino. —Nuria no paraba de darle vueltas. —El caso es que aparte de eso no hay nada más, no hay huellas, utilizaron protección con lo que no tenemos ningún resto de ADN, sólo el descuido, seguramente, del semen al caerles del preservativo. Entiendo que luego lo mutilaron, dejaron que se desangrara, lo envolvieron en plásticos y lo llevaron a la iglesia. Allí lo colocaron como la leyenda del pequeño San Pelayo y se fueron dejándonos amapolas y un cuadro. Nada más. Creo que todo lo que pensemos o creamos, de forma tradicional, se rompe en este caso, pensar en que sean mujeres u hombres es, posiblemente, algo relativo, ante la venganza, el dolor, la muerte, ante todo eso somos todos iguales. Nuestra herencia cultural es la que influye en nuestras expectativas, pero en este caso deberíamos dejarlas de lado. —Paola, se quedó pensando en aquel discurso, tenía razón, eran personas con un motivo, personas que llevaban la bandera de la venganza lo más lejos que el ser humano podía hacerlo, sin más.

—¿La causa de la muerte?

—Pues, tuvo suerte porque el corazón se le paró antes de que empezaran a cortarlo en pedacitos. A veces, el cuerpo es inteligente ante la crueldad.

XXI. ELITE

La comida ya estaba en la mesa. El inspector Costoya, dio el pistoletazo de salida y se olvidaron, durante un rato, de la investigación. El poco tiempo que sus palabras ocultaron las de la televisión que estaba dando buena cuenta de algunas partes de las últimas novedades. Paola, decidió irse en busca de Rubio, con su carpeta con los nombres de los pacientes del doctor Amor en la mano. De repente notó dos presencias a los lados, no le dio tiempo a reaccionar, cuando echó mano a su pistola ya no la tenía.

—No haga nada, comisaria, no nos mire, sólo siga adelante, no le pasará nada, queremos hablar con usted. —La que hablaba tenía que ser la que había visto enfrente de los semáforos aquella noche, llevaba la misma sudadera negra con la capucha puesta. Al otro lado, otra persona la tenía agarrada sutilmente del brazo. Iban caminando hacia el obelisco. Paola, entendió que lo mejor para todos era hacer lo que le decían.

—Pero, ¿quiénes sois? —Sin mirarla, contestó.

—Elite, señora Gómez, somos la Elite.

Todo ocurrió rápido. Una furgoneta blanca los esperaba en la zona de taxis, entraron por un lateral y una persona en el interior le clavó una aguja que, sin darse cuenta, la dejó inconsciente. Despertó en una celda sobre un viejo catre. Alguien la observaba al otro lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Está en la boca del lobo, comisaria. —Ayudarla a salir. Todos, menos ella, llevaban aquella máscara de la peste.

—Y usted, ¿por qué no está tapada?

—¿Serviría de algo? No lo creo, además me gusta hablar cara a cara, y no escondidos detrás de una máscara o un pasamontaña. —La condujeron hacia una especie de sala muy parecida a lo que sería una zona de interrogatorios. Mientras Paola, iba recobrando, poco a poco, la consciencia. Bebió un poco de agua que había encima de la mesa.

—¿Tenéis café? —Dio una orden y uno de los encapuchados salió por la otra puerta.

—Ahora mismo, Paola. Mi nombre, para usted, y para el futuro es Miranda. —Se sentó enfrente de ella y la miró a los ojos. Era una mujer de pelo castaño, orejas prominentes tapadas con el pelo, unas pestañas larguísimas y una boca grande y carnosa. No diría que era guapa, pero sí atractiva y no parecía que la vida le hubiese dado tregua los últimos años, aquellas ojeras lo delataban. El encapuchado trajo cafés para las dos.

—¿Qué queréis de mí?

—Por querer querría que fueras de las nuestras. Que te unieras a Elite, pero por el mismo motivo por el que te admiro sé que no será posible. Eres fiel a tus ideas, a tu gente y por eso, a pesar de ser el enemigo, te respetamos.

—No sé ni quienes sois. Ni lo que queréis. Ni qué extraña locura os ha llevado a todo esto.

—Todo a su tiempo, Paola. Primero quiero enseñarte algo. —Le pasó el móvil y empezó a reproducirse una escena en una cafetería. En ella, tres personas compartían mesa, una era Marcial, el fallecido, la otra era una mujer que creía que podía ser, Eva Porro, la concelleira de sanidad, al tercero que estaba de espaldas no era capaz de verle la cara, hasta que se dio la vuelta para pedir. Se le heló la sangre. Era Rubio. La fecha no dejaba lugar a dudas, era de ayer por la tarde. Le devolvió el móvil con una sensación de vacío enorme en el cuerpo.

—No puede ser. —Seguía sin ser capaz de levantar la vista.

—Pero lo es, Paola, se cubren entre ellos, los poderosos, da igual de qué extracto social, de qué departamento, tienen cómo un sexto sentido y siempre se protegen.

—Así que estas eran las reuniones que decía tener. En realidad, estos son sus jefes.

—Exacto, comisaria. En realidad, sus jefes son las grandes farmacéuticas. ¿Sabía que Lifarma ha tenido un beneficio de más de cuarenta y cinco millones de euros este año en todo el mundo? ¿Se imagina cuántos de estos beneficios han ido a parar a crear medicamentos para el tercer mundo, para los necesitados? Seguro que acierta. Exacto. Cero. ¿Sabe cuánto le cuesta a una de estas empresas hacer uno de eso grandilocuentes medicamentos que palían el cáncer? No llega a diez euros, señora Gómez, la pregunta es, ¿por qué los venden a sesenta? La respuesta está en sus labios, a punto de salir. Porque la gente como, Eva Porro, lo permite, les da leyes a su gusto para que sigan haciéndolo y otros, como Rubio, los protegen. —Todo aquello, por inesperado, le estaba viniendo grande, no tenía argumentos para contrarrestarlo, en realidad, si eso era verdad era una canallada.

—Cuando empezamos a investigar pensamos que se trataba de una venganza al engañarlos en la utilización de esos productos, por lo que supimos los falseaban para dárselos a los enfermos terminales.

—Si sólo fuera eso, comisaria. Va mucho más allá. Esa es una de las cosas que hacían para enriquecerse. Pero hay alguna peor, la descubrirá a su debido tiempo. No seré yo quien lo haga.

—Y vosotras, ¿quiénes sois? ¿Sois sólo mujeres?

—Somos personas, Paola, no hacemos distinción por género, nos da igual si eres hombre, mujer, trans, gay lesbiana o bisexual, lo que sea si buscas lo mismo que nosotras.

—¿Cómo empezó todo? Porque para todo hay una génesis. —Miranda, se levantó y empezó a dar vueltas por la sala.

—Hablaré por mí, Paola, mi hijo murió el año pasado, tenía sólo veintisiete años. Fue un cáncer fulminante. Cuando se lo detectaron, la metástasis era tal que sólo podían paliárselo y darle una mejor vida. Ni siquiera consiguieron eso. Se me fue en dos semanas. Pero desconfiaba de aquel doctor, no me daba buena espina, el doctor Amor. Él pensaría que yo era cómo las demás, una madre desesperada, no se dio cuenta que con la desesperación nacen muchas cosas. Los últimos días, mi hijo, sólo empeoraba. Conseguí robarle uno de los productos que le estaban administrando y lo llevé a analizar por mi cuenta. Era un opiáceo, pero de tipo transdérmico. Lo único que hacía era acelerar la muerte.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué?

—No lo entiendes, ¿en serio?, no les importan las personas, sólo el dinero, esas personas ya van a morir, piénselo, no hay vuelta atrás, y lo que hacían era darle unos medicamentos paliativos que eran inocuos, no le hacían nada y por otro lado les inyectaban fentanilo a sabiendas de que provocaba problemas respiratorios y que la diferencia entre el alivio y la muerte pendía sólo de un hilo al darle este tipo de productos.

—¿Pero y los doctores lo hacían a sabiendas de que podían matarlos?

—Según ellos no, cuando hablé con el doctor Amor y le prohibí darle eso a mi hijo, me dio una charla sobre medicina, que nosotros no éramos médicos, ese hombre, seguramente, en ese caso creía que estaba haciendo lo mejor para el paciente, pero estaba manipulado por los visitantes médicos que son la punta de lanza de la industria farmacéutica.

—Es que es todo delirante, por un lado, les daban productos vacíos de contenido, cosas que sí sabían los médicos porque luego se llevaban una recompensa y por otro lado les daban otros que, dándoles alivio, podían matarlos.

—Era un equilibrio un tanto extraño. Según el doctor Amor, él nunca supo que se les daban productos inocuos a los pacientes, pensaba que le daban productos reales y los pagos que recibía eran a cambio de la exclusiva, digamos, de prescribir los productos de estas dos farmacéuticas. Saber si decía la verdad ya es otro cantar.

—Estaba todo el mundo de mierda hasta arriba.

—Cada uno con su responsabilidad, pero sí. Es una cadena. Le pongo un ejemplo: Ese congreso médico, al que asistieron, estaba controlado por las farmacéuticas. En realidad, es como una gran feria de sus productos. Tienen tal control financiero que, ahora mismo, se creen que pueden con todos.

—Pero no es así.

—No, porque no podrán con el pueblo cuando sepan lo que hacen.

—Miranda, sabe que a ustedes no todos les creerán, es consciente de eso.

—A nosotros no, comisaría, a nosotros no. —La miró, dejando entrever que tenía un arma escondida pero no le iba a decir cuál.

—¿Y qué quieren de mí? —Paola, movió sus manos en señal de no entender demasiado qué es lo que estaba pasando.

—Queremos que lo sepa, que piense qué haría usted si tuviera un hijo en esta situación, en la de mis compañeras, qué pensaría si ve qué todo depende del puñetero dinero, de gente que usa sus influencias para enriquecerse a costa de los demás y cómo parece que, a nadie le importa una mierda. Sólo quiero que sea un poco empática y se ponga en nuestra situación. No estamos locos.

—Nunca defenderé que se asesinen personas por muy malas que sean.

—Yo pensaba lo mismo hace unos meses y aquí me tiene, seguramente, firmando mi suicidio. No me importa, lo hago orgullosa por dar un paso adelante.

—¿Y el Guardián? —La miró con curiosidad.

—Su tío fue un ejemplo. En su espejo muchos nos miramos. Todos salimos a la calle para apoyarlo, su victoria era la nuestra y su sacrificio nuestro futuro. Necesitamos héroes así, que dan su vida por los ideales. Usted no lo vivió, pero ese movimiento de las flores cambió muchas cosas en mucha gente.

—Miedo me da.

—Más miedo debería darle conocer la mierda de las cloacas sobre las que reside su tan afamada democracia. Corrupción, dinero, prevaricación, en eso se basa disfrazada de igualdad y justicia. Nosotros sólo queremos desvestirla y enseñarla desnuda, como lo que es, la verdad sólo tiene un camino, comisaría.

—No me va a decir quiénes son. —Miranda, tomó el último sorbo del café antes de contestarle.

—No, si se refiere a nombres, me tiene a mí, el resto son personas destrozadas por individuos como estos, con historias diferentes, pero el mismo sentimiento. La farmacéutica sólo es un primer paso, muchos otros tendrán que caer para hacer, realmente, justicia.

—Intentaré evitarlo.

—Es curioso, usted es la punta de lanza de la defensa de intereses, totalmente, antagónicos a sus ideas, ¿se da cuenta?

—Prefiero no pensarlo, pero mi trabajo es que no muera más gente y atrapar a los culpables.

—Espero que nadie de los suyos salga herido, pero si sigue adelante no se lo puedo prometer.

—Paola, la miró, aquella mujer no la miraba desafiante ni planteando ninguna guerra, sino explicándole lo que sentía. No se sintió mal.

—Lo mismo digo, Miranda, ¿y ahora qué haréis conmigo?

—No te preocupes, volverás a casa, descansa mientras.

La acompañaron de nuevo a aquella celda. Parecía recién pintada, como si hubiesen querido tapar reminiscencias de tiempos pasados. No tenía ni idea dónde estaba, pero aquellos barrotes parecían reales. De pronto empezó a ver cómo se retorcían en su mente y fue, poco a poco, perdiendo la consciencia.

XXII. ADORMIDERAS DÍA CINCO

Despertó y sólo veía oscuridad. La única luz eran las de unas lejanas farolas. Levantó la cabeza. No sabía dónde estaba. De repente vio algo pasar a toda velocidad por delante de ella. Se levantó. Acomodó la visión a la oscuridad y se dio cuenta que no eran una sino varias las presencias que corrían frente a sus ojos. ¿Estaría delirando aún? No, seguro que no, estaba consciente. Horrorizada, la vio pasar a escasos metros de ella. Era una rata pequeña, negra, con una larga cola. El miedo la paralizó. No sabía qué hacer. Buscó su móvil. Miró a un lado y así, como si de una revelación se tratara, se dio cuenta de dónde estaba. El cuadro del *Triunfo de la muerte*, la costa, las amapolas, el faro, la península y la plaga. A su derecha, estaba la playa de San Amaro. Adormideras. Se lo habían dejado en bandeja, pero nadie había dado con la clave. Llamó a Costoya, no quería hablar con Rubio.

—Inspector. Soy Paola. Es urgente. —Costoya le contestó totalmente lúcido.

—¡Paola! ¿Estás bien? ¡Te estábamos buscando! ¿Dónde estás?

—Estoy en el polígono de Adormideras, pero tengo malas noticias, no estoy sola, hay una plaga de ratas, las han soltado al mismo tiempo que me soltaban a mí. Hay cientos, Costoya. Date prisa, hay que aislar la zona. No podemos dejar que se extiendan.

—Ahora mismo, comisaria, aviso la caballería...

—Costoya, daros prisa, esto pinta muy mal.

—De acuerdo, ya me contarás, no te muevas de ahí.

Sabía que era la única vacunada de entre las, por lo menos, seis mil personas que vivían en aquella especie de península que se formaba en el polígono de Adormideras. Había dos entradas y salidas, una junto a la playa de San Amaro y la otra bajo el amparo de la gran Torre de Hércules. No iba a ser fácil aislar aquella zona y evitar que, aquellas ratas, que creía, llevarían con ellas la yersinia pestis no se propagaran, pero confiaba ciegamente en la profesionalidad de sus compañeros. Se sentó en la acera y vio un libro a escasos metros de ella. Como pudo leyó el título: «La peste» de Albert Camus. Miró al cielo y suspiró. No tardaron en llegar las primeras patrullas y su equipo. Todos la abrazaron con fuerza, sobre todo Modesto. Llevaban buscándola todo el día, le dio rabia pensar que aquello no había sido más que una maniobra de distracción ya que, buscándola a ella, habían dejado de buscar lo realmente importante, el lugar dónde se produciría aquel ataque, y viéndolo a posteriori las pistas eran claras. Pero eran muy listas. Vio a Rubio y no fue capaz de mirarle a la cara, tendría que tragarse el orgullo para que no lo notara. Se acercó a ella.

—Me alegro de que esté bien. ¿Cómo está la situación?

—No lo sé, jefe, yo me desperté aquí y empecé a ver ratas por todos lados, entiendo que las habrán soltado al soltarme a mí. La situación es aislar a toda esta gente, avisarles para que no

salgan de sus casas bajo ningún concepto, pero eso tampoco significa que las ratas no se vayan a colar por cualquier sitio.

—Pero las ratas no pasan el contagio. —Lo miró pensando que lo sabía perfectamente.

—Las ratas no, pero las pulgas de las ratas sí y en cuanto éstas mueran, buscarán otros huéspedes, sean personas o animales, lo que encuentren. Si las exterminamos a ellas las pulgas cambiarán de cuerpo, pero seguirán ahí.

—Los de control de plagas llegarán en un momento. El ejército también está de camino. — Recibió una llamada y contestó. Al cabo de un minuto volvió junto a Paola.

—La salida sur está sellada, ahora sólo nos queda rezar para controlar la plaga.

—No, jefe, ahora necesitamos seis mil vacunas de forma urgente antes de que esta gente se contagie. Y le digo una cosa, no va a ser nada fácil. Y no tenemos mucho tiempo. —La miró serio.

—Ustedes dedíquense a lo que saben hacer, a buscar a esos locos, a descifrar las pistas, de esto ya me encargo yo. —Costoya miró el libro que Paola llevaba en la mano, ella asintió.

—Sí, mi querido inspector, me han dejado un regalo, otra vez.

XXIII. ZONA CERO

Sólo habían pasado dos horas, pero el perímetro estaba, totalmente, bajo control. Eran las seis de la mañana. Desde la Praia das Lapas hasta la Ensenada de San Amaro se había preparado un cierre que haría que ni ratas ni pulgas ni ningún ser con vida pudiese pasarlo. Esperaban haber llegado a tiempo y que ninguno de aquellos roedores se hubiese escapado antes de su llegada. Por un momento le recordó al muro de Berlín, pero sin hormigón. El ejército autorizaba accesos coordinados con la empresa de control de plagas. Le sorprendía la rapidez con la que se había ido organizando todo. Aprovechando las pistas del instituto y las zonas verdes traseras, se había montado un gigantesco hospital de campaña con la gente de la Cruz Roja y el ejército totalmente engrasados. Disponían, además, del centro de salud. Esa gente se tenía que vacunar antes de empezar a trabajar, lo que suponía que las reservas del antídoto fuesen cada vez a menos. Los controles de entrada y salida eran extremos. Sólo los vacunados podían hacerlo y, en el caso de salida, después de una buena desinfección. Pensó que tendría que salir de allí pronto, pero quería asegurarse de que todo aquello estuviese bajo control. Con la ayuda de la radio, televisión y el puerta a puerta que habían hecho los hombres del ejército, lograron que los vecinos permaneciesen en sus casas. No era cien por cien seguro, pero mucho más que salir a la calle.

Cansados, muchos de ellos sin dormir, esperaban instrucciones en la entrada de la zona cero. Vieron venir de lejos a Rubio junto a dos personas más.

—Señores, ella es la comisaria, Paola Gómez, al frente de toda la investigación contra Elite. Ellos son el general Galindo y al alcalde Ferreño, supongo, que ya lo conoces. —La verdad es que no, quiso decir, pero no le salió.

—Encantada. —Rubio estiró el mapa sobre la mesa que había en la parte alta del salón de actos y llamó al resto del equipo.

—Veamos, señores, esta es la zona de acción. —Señaló la península de Adormideras marcando, con una raya horizontal, el perímetro ya montado para evitar que se extendiera el contagio. —Nosotros estamos aquí. —Marcó el punto exacto del instituto. —Y tenemos gente viviendo en todos estos puntos, en total ocho edificios. Los campos de fútbol de la torre estaban vacíos y no hemos permitido la entrada a nadie, y la Torre de Hércules cerrada ya que se encuentra dentro del perímetro. Se han revisado de arriba abajo todas las zonas verdes que, como sabéis, en esta zona son muchas y sólo hemos encontrado a dos mendigos que ya han sido vacunados. Tenemos a hombres en todos los portales de los edificios para no permitir la salida a nadie. Todos los habitantes han sido, convenientemente, informados de la situación y estamos a expensas de saber si podríamos evacuar casos extremos como personas con salud delicada, niños y bebés si tenemos las vacunas suficientes. Por mar, el tema está controlado ya que tenemos a las remolcadoras ya situadas haciendo una barrera virtual para que ningún barco la traspase. Ni qué decir tiene, que ya se ha comunicado a todos y cada uno de los barcos que teníamos constancia, se dirigían hacia el

puerto. Dos fragatas del ejército están de camino también. Por aire, ante la posibilidad de ataques, contamos con la ayuda de los helicópteros de la DGT y los drones del ejército que están controlando todo el perímetro. Esto es a grandes rasgos en cuanto a la actividad interior de la plaga. ¿Alguna duda, chicos? —Los miró con cara de tener una prisa apremiante. —Muy bien, pasemos al exterior de la plaga. Aquí viene lo preocupante ahora mismo, la televisión y la radio ya han abierto con la noticia, es muy temprano, pero sobre todo la gente que vive cerca ya ha empezado a ponerse nerviosa. Normalmente, la situación de pánico es gradual y contagiosa, con lo cual esperamos que sobre las doce de la mañana se produzca un pico total. Para ello contamos con la inestimable ayuda del ejército que ya está, de forma ordenada, en ciertos puntos de la ciudad. Todo el personal de la guardia civil, dependientes del ejército y la policía nacional está de servicio en estos momentos y patrullando las calles. En su ayuda, más de mil compañeros de las provincias limítrofes se acercan en estos momentos a la ciudad. La orden es control y sobre todo fomentar la calma. A las televisiones, hemos mandado un comunicado explicándoles lo importante que sería no contaminar a la población con el pánico, para ello, uno de ustedes y un experto se encargarán de acudir a entrevistas y controlar lo que se dice, hoy en día esto es extremadamente importante. No podemos impedir a nadie que salga de la ciudad, pero lo harán de forma ordenada, y si quieren hacerlo en transporte público, doblaremos todas las comunicaciones que salen de la ciudad. Bien, si los ciudadanos no tienen a dónde ir y aun así y a pesar de nuestros consejos desean salir de la ciudad, tenemos a nuestra disposición un total de diez pabellones polideportivos en todo el perímetro de la ciudad en los que la cruz roja ya está montando el operativo para recibir a los refugiados. Son Cambre, Culleredo, Arteixo, El coliseo, Mesoiro, Sada, Oleiros, Betanzos, Laracha y Miño. Repito, el transporte hasta todos estos lugares está coordinado y preparado, hoy nadie tiene vacaciones en esta ciudad, no vamos a dejar solos a estos seis mil, pero tampoco vamos a descuidar a los más de doscientos mil que tenemos fuera. —Es un esfuerzo ingente pero las personas ante situaciones como estas siempre dan más de lo que tienen. ¿Algo que añadir, señores? —Hizo una mínima pausa y continuó. —Ya veo que no, ahora tenemos que ponernos a ello. —Volvió a parar y la miró. —Como decía, Paola, serás la directora de operaciones, tu equipo apoyará en lo que sea necesario desde fuera, pero dedicará sus esfuerzos, sobre todo, en encontrar a quién ha hecho esta locura y recuperar, si es posible, esos seis mil antídotos. Alba, no era mala idea que te pusieras en contacto con todos los hospitales para saber con lo que contamos. —Volvió a mirarlos. —Nosotros nos ocupamos del interior del perímetro junto al ejército. No tenemos tiempo, ya sé que no han dormido pero estas horas son cruciales. Bien, levanto la sesión hasta otro momento. A trabajar y vosotros, esperadme en la central. Se desearon suerte, sería la de todos.

Costoya, se acercó y mirando al frente resopló, le encantaría echar un pitillo, pero sabía que Paola, lo fulminaría con la mirada.

—¿No te sientes como en un barco a la deriva, esperando para entrar a puerto, pero como si te denegasen la entrada?

—Al menos nosotros sí tenemos a la autoridad de nuestra parte. —Lo miró. —Coño, Costoya, que nosotros somos la autoridad. —Consiguieron reírse pese a las circunstancias.

—Pero la gente que está ahí encerrada, imagínate lo que estarán pasando y esto sólo acaba de empezar, no quiero imaginar que esto dure más de un par de días.

—No podemos permitirlo, inspector.

—Esta vez no sé si está en nuestras manos, comisaria. Dependen de nosotros para conseguir esa cantidad ingente de vacunas y tener la suerte de que la epidemia no pase, de ninguna manera, al exterior.

—Lo que me han dicho los de plagas, es que están usando ácido bórico para intentar acabar con las pulgas, pero no es fiable al cien por cien, o sea que tendremos que vacunar a la gente sí o sí, no tenemos manera de saber, a ciencia cierta, si están contagiados o no.

—Pero pongámonos en el caso extremo, si salieran al otro lado sólo contagiarían con el contacto directo por los bubones, lo cual es muy difícil, y en caso de peste neumónica. —Paola, lo miró muy seria.

—Costoya, un solo caso de peste neumónica que se nos fuera de las manos, uno solo, podría provocar el contagio de millones de personas, ¿lo entiendes? Se contagiaría por el aire.

—No nos podemos arriesgar. Lo que viene a darme la razón, esta gente son un barco a la deriva y nosotros los únicos que podemos conseguir que lleguen a puerto, porque si han de morir, lo harán aquí dentro. —Paola, afirmó con la cabeza.

—Es duro, pero es así, pero creo que no tendremos que llegar a eso.

—¿Piensas que alguien tiene las seis mil vacunas?

—Sí, y creo saber quién, la verdad. —Paola, le contó a Costoya su experiencia en manos del grupo Elite y su conversación con Miranda.

—Joder, Paola, la que pueden montar un grupo de personas desesperadas. —Lo miró con tristeza.

—Lo peor, inspector, es que muchas de las cosas que dicen tienen sentido, aunque me pese.

—No lo que hacen, comisaria, eso no tiene perdón de Dios. Intentar contagiar a una ciudad entera con una enfermedad como la peste. Eso es inhumano, criminal.

—Espero que la cordura salga por algún lado, mi querido inspector, o podría ser el principio de algo muy feo.

—¿Qué quieres decir?

—Que es extremadamente fácil utilizar la yersinia pestis como un arma bacteriológica, lo que no entiendo es que no haya un protocolo más estricto con el tema de las vacunas.

—No sé por qué, me da que el tema de las farmacéuticas también está en la pregunta de esa respuesta.

—Todo está relacionado, de eso no tengo duda. —Su teléfono sonó, era Nuria, estaba exaltada. Aún seguía dentro y parecía que se quedaría allí.

—¡Lo tenían todo preparado, las ratas están muriendo paulatinamente! Y con ello, esparciendo las pulgas que no pararán hasta encontrar otro huésped en el que alojarse. Gatos callejeros, perros, otros roedores y humanos, esa es la línea que seguirán. Hemos analizado dos que nos acaban de traer y las dos han muerto por algo que le han inyectado y, por supuesto, no tenían ya las pulgas. —Paola, se quedó pensando.

—O sea que, precipitaron la muerte de las ratas para que expulsaran, cuanto antes, a las pulgas que son las que tienen el bacilo. —Maldijo por lo bajo, mirando a Costoya.

—Correcto, comisaria. Todo estudiado al dedillo. Los de las plagas están colocando el ácido bórico que es lo único que nos puede ayudar a combatirlos mientras no llegan los antídotos. —Paola, vio venir a Rubio con cara de pocos amigos. Se despidió de Nuria.

—Comisaria, tengo que quedarme al otro lado. La cosa empieza a complicarse. Confío en usted para coordinar todo lo que pasa ahí fuera. Estamos en contacto. Es importante que la población piense, en todo momento, que las vacunas van a llegar, que no cunda el pánico porque si eso ocurre no podremos controlarnos. No quiero ser exagerado, pero en este momento, el futuro de esta ciudad está en nuestras manos, y si ella cae no será la única. —No le apetecía hablar con él así que asintió y lo vio marchar sin pena ni gloria. Costoya, que era partícipe del secreto de Rubio

lo miró de reojo. Si hubiese podido escupiría al suelo. Qué pena, ahora que empezaba a caerle bien.

XXIV. ULTIMÁTUM

Las doce de la mañana, era la hora marcada por Rubio, como la de la eclosión del caos en la ciudad. Elite, debió pensar lo mismo porque a esa hora comenzó a pulular por internet su comunicado. Ni dos minutos tardó en llegar a las manos de Paola. Reunió a su equipo y le dio a reproducir. En la imagen aparecían cinco personas sentadas en una mesa, encapuchada y vestidas de negro. Le recordó, muy a pesar de Miranda seguro, a los viejos comunicados de la banda terrorista ETA. Habían sustituido la bandera por aquella terrible L en forma de pico de pájaro. La que hablaba era ella, estaba segura.

«Nuestro nombre es Elite. Lo formamos personas como vosotros: madres, padres, hermanos, hijos, todos golpeados por un mismo destino. El que con sus retorcidos designios fabrican los que se creen dioses, cuando son simples hombres. Esos que deciden nuestros destinos y que ponen piedras en nuestro camino para liberar el suyo y acumular, así, riquezas que son tanto vuestras como mías. Sé que hoy, más que nunca, hay una ciudad que sufre y yo os digo que no sufráis, lo que pedimos tiene fácil solución y de esa forma, todas esas personas dejarán de sufrir. A veces, grandes actos, requieren grandes sacrificios. Nosotras también teníamos nuestras vidas solucionadas, con nuestros chalés de fin de semana y nuestras vacaciones en agosto, pero un día no muy lejano, abrimos los ojos y nos dimos cuenta de cómo iba a la deriva nuestra sociedad y que alguien tenía que hacer algo. Hubo un Guardián que, con su valentía, nos abrió los ojos y llenó las calles con su réplica. No os pedimos que nos veneréis como lo hacíais con él, sólo que nos entendáis. Tenemos a nuestra disposición más de seis mil dosis de la vacuna contra la peste y se la haremos llegar a la policía, siempre y cuando se cumplan nuestras condiciones. La primera, será una declaración jurada de la Concelleira de Sanidad con Eva Porro explicando el fraude de las farmacéuticas con pelos y señales, con nombres, no nos valdrán medias tintas, nosotros lo sabemos todo, pero queremos que ella lo cuente. Y no olvide comentar lo del fentanilo. Si esta condición se cumple, contactaremos con la policía para hacer entrega de los datos a la comisaria Gómez, del lugar exacto donde podrá encontrar las dosis. Sin trampas. El tiempo corre en contra de esa gente, nosotros ya hemos ofrecido la solución. Ahora les toca a ellos jugar».

El video se cerraba con una imagen del logo de la banda. En la era de las nuevas tecnologías, el más tonto hacía relojes. Durante un largo rato no dijeron nada, pero como siempre, Costoya, acabó tomando la palabra.

—Esa mujer, Eva Porro, será mejor que hable, sino será la señalada por la muerte de esta gente.
—Paola, parecía ensimismada.

—La otra opción es averiguar dónde tienen los antidotos y robarlos, pero parece imposible. No tenemos pistas. —Alba, intervino.

—Por cierto, antes llamó la inspectora Ermitas de Sanabria, han encontrado el lugar donde han tenido expuestos a los animales. No está muy lejos, es una vieja granja abandonada. Están analizándolo todo, pero me temo que poco sacaremos de allí.

—¿Por qué hacer un ataque en Sanabria? Sigo sin entenderlo.

—La concelleira, Eva Porro, es de Aguasantas. Acabo de verlo en su web.

—Cerca de A Godela. Encaja a la perfección. Ahora nos toca esperar a la reacción. Pero antes alguien nos pide paso. —Era Rubio.

—Póngalo en formato conferencia de video.

—¿Skype, quiere decir?

—Lo que sea que sea por favor.

—Ya está.

—Hola, chicos. —No tenía muy buena cara.

—Aquí la cosa se está empezando a poner fea y espera que las televisiones empiecen a emitir el mensaje.

—¿No lo van a intentar prohibir?

—De eso se encargará el gobierno, no lo dudes, pero los grupos privados dudo que puedan pasar sin tanto morbo. De todas maneras, hoy en día la red es el mayor transmisor de contenidos.

—Por eso quieren que la concelleira haga su comunicado en la red, para que todo el mundo pueda verlo y sepa la verdad.

—Me temo que no va a ceder.

—¿Y dejará morir a todas estas personas? No lo creo, jefe, eso sería firmar su sentencia de muerte, de su gobierno y, casi le diría, que de la clase política.

—Estamos ante un asunto muy serio, sin duda, pero somos policías, tenemos que investigar. ¿No hay ningún hilo del que podamos tirar para saber dónde tienen las vacunas? —Alba, contestó.

—En Sanabria acaban de encontrar la granja en la que estuvieron, pero vacía, creo que de ahí no sacaremos nada. —Costoya, siempre daba su opinión.

—Aunque consiguiéramos dar con la guarida de estos malhechores en menos de cinco días, que es el tiempo aproximado en el que podríamos tener un contagio generalizado, ello no supondría que consiguiéramos la ubicación de las vacunas porque, ¿no habrá pensado qué las llevan con ellos?

—Quieren decirme que es imposible dar con ellas antes del tiempo que necesitamos.

—Exacto, jefe, es imposible, esa señora tendrá que contar la verdad, eso o será la peor catástrofe en Europa desde la segunda guerra mundial. No me gustaría estar en su pellejo, pero estoy seguro de que algo habrá hecho y, si ella tiene que pagar para salvar a estos inocentes, que pague. —Rubio, se dio cuenta de que Paola estaba sentimentalmente ligada de alguna manera a aquella gente.

—Transmitiré lo que me decís a las autoridades, nadie mejor que vosotros para darme o quitarme esperanzas, espero que no nos equivoquemos y sea como sea seguir investigando, romperos la cabeza, y tú Paola no dejes de hacer memoria de lo de ayer, estoy seguro de que algún dato, de esos perdidos, puede ayudarnos a dar con ellos.

—No sé, sólo tengo un libro, una celda pintada de azul y una sala de interrogatorios blanca, muy blanca y un café muy rico. Nada más.

—Sigan en ello. —Como pudo cortó la comunicación. Modesto tomó la palabra.

—Chicos, me acaba de llamar el director de la prisión de Teixeira para decirme que hay una multitud de tíos vestidos de negro con pancartas manifestándose delante del patio de entrada. Está algo acojonado. Delante de la sede de la Xunta se está juntando gente también, la cosa pinta mal.

De momento sin altercados, pero mucha gente está nerviosa. Y son las doce y cuarto de la mañana, no me imagino que esto pueda durar días.

—Modesto, ¿de la investigación tenemos algo nuevo?

—Nada, ahora mismo no sabemos ni por dónde seguir, no sé si los nombres de los pacientes del doctor Amor... —¡Se le había olvidado! Los papeles le habrían caído en la furgoneta y no había vuelto a pensar en ello. Miró a Alba que le dio el okey con la mirada.

—Gracias por recordármelo, Modesto, con todo este lío ni lo habíamos pensado. —Ocho horas de plaga y había envejecido años. Se tiró en la silla y cerró los ojos intentando pensar que aquello sólo era una maldita pesadilla, o el guion retorcido de algún novelista enrevesado.

XXV. SOS

Se estaba ahogando allí dentro, necesitaba salir. Dio una vuelta por la ciudad. Llegó a la zona cero. Pensaba que se encontraría gente, preocupación, pero no se esperaba aquello. Escuchaba el ruido, los gritos, pero sólo veía personas, muchas de ellas vestidas de negro, con pancartas, algunas con aquellas atroces máscaras de la peste. ¿Se les estaba yendo de las manos? No era capaz de salir de aquel tumulto. Menos mal que no llevaba tatuado soy policía en la cara. Cuando consiguió dejarlos atrás en dirección a la Torre de Hércules volvió la vista. Eran cientos, miles, no sabría decir. Miró hacia adelante donde sólo había silencio, miedo, soledad. Volvió sobre sus pasos por las calles del interior de Monte Alto. Llegó a los bares de la calle de La Torre que estaban cerrados. Plaza de España. Más manifestantes se dirigían hacia la zona cero. ¿Dónde estaba la gente normal? ¿Pero quién decide si alguien es o no es normal? Llegó a San Andrés, aquella zona aún conservaba vida, por sus calles se veía gente paseando sus perros. Madres con sus sillitas. Estaban a escasos dos kilómetros y parecía otro mundo. Una quimera. Llegó a la Plaza de Pontevedra y cuánto más se alejaba, más cercana estaba esa idolatrada normalidad. Tenía ganas de pasar por casa, de darse una ducha, cambiarse de ropa, volver a la vida, aunque supiese que seis mil vidas dependían, en parte, de ella. A veces somos egoístas. Necesitamos serlo. Bajó hacia la Plaza de Galicia, un paso más y estaría en su calle. Llevaba consigo el libro y los papeles del doctor Amor. La casa vacía. La nevera vacía. Hombres, pensó. Se tiró de cabeza en la cama, si se quedaba. dormiría un día entero, pero no podía. Abrió el grifo de la ducha y se desnudó. Tenía las bragas pegadas al cuerpo, mimetizadas a su interior. Revisó sus heridas, seguían cicatrizando. Miranda, no había podido agrandarlas, sólo agitarlas. El agua templada la tranquilizó un rato, intentó no pensar en nada, sólo concentrarse en el agua y su propio cuerpo, y lo consiguió.

Cuando salió no recordaba el tiempo que podía llevar allí. Había estado como en trance, separada del mundo, pero en estado consciente. Se vistió despacio, como si cada prenda pudiera hacerle daño al rozarle. Limpió con la toalla el espejo del baño y se peinó. Se miró. Cara a cara. Reconociéndose. Sin saber si aquel era ella o sólo su presencia metafísica. Debería haber dormido, pensó. No tenía tiempo. Cogió los expedientes del doctor Amor y los estiró sobre la mesa. Encendió la tele. Las tertulias sólo hablaban de Elite, de la peste, de ellos. La apagó. Necesitaba concentrarse. Tenía hambre, pero aquellos vagos no habían hecho ni la compra. Pero café, siempre había café. Calentó un poco en el microondas y apretó sus manos contra la taza bien caliente. Necesitaba el calor de algo. Cerró los ojos, suspiró y empezó a hojearlos. Uno de los primeros era el de Miranda. Nunca hubiese creído estar delante de una terrorista capaz de distribuir un arma biológica, pero allí estaba. Madre de Iker, fallecido casi un año atrás. Era su único hijo, inconscientemente, intentó ponerse en sus zapatos. Lo que no sabía era cómo había sido capaz de tener tanto valor. Borró aquel pensamiento. Llamó a Ana y le dio su dirección,

tendrían que registrar su casa. Siguió revisando expedientes, todas eran personas normales, como ella, con sus sueños truncados, con su vida violentada por una enfermedad irreversible. No era capaz de establecer una línea entre quién sí y quién no podía pertenecer a Elite, podían ser todos o podía no ser nadie. Sólo un dato le llamó la atención. Una de las personas era de un pueblo de Aguas Santas, cerca de A Godela, y dos originarias de el Bierzo, concretamente, de Sanabria, sólo una de ellas que, ahora, vivía en Coruña con una historia terrible detrás: A su primera hija la habían atropellado siendo sólo una niña y a su marido, lo había fulminado un cáncer de colon. Personas desesperadas urdiendo planes desesperados. Anotó su dirección. Cerró los ojos otra vez y le dio el último sorbo al café. Sabía que serían sus últimos minutos de tranquilidad en mucho tiempo. Aquella sensación de desazón la envolvía completamente. Se acordó de Modesto, de su noche. Era la primera vez que lo hacía. ¿Estaba volviéndose insensible? ¿Todas aquellas muertes, aquellos cuerpos sin vida le habían quitado parte de la suya? Ojalá que no, pensó.

Llegó a la comisaría. Sólo estaba Ana. La abrazó profundamente, tanto que ella se dio cuenta de que no estaba bien, que estaba sufriendo por dentro. La miró a los ojos.

—¿Estás bien, Paola? —Ella le contestó con una mezcla de risa y llanto en su cara.

—Sí, bien, lo mejor que se puede. ¿Has mandado a la patrulla a la casa de Miranda?

—Sí, jefa, están de camino. En cuánto haya noticias, llamarán.

—Muy bien. Escucha. Nos vamos a Oza.

—¿Tienes algo?

—No exactamente, sólo una corazonada. —Le enseñó el expediente. Se llamaba María Laredo. Ana, fue leyendo y cambiando de cara a cada segundo.

—Dios, qué terrible historia. Se me ponen los pelos de punta.

—Vamos a verla, y no quiero ir sola, así es que te vienes conmigo.

—A sus órdenes, jefa. Un momento que cierro aquí y ya estoy. —En ese momento vio el despacho de Nuria al fondo vacío y recordó lo que estarían pasando allí dentro. Ella estaba segura de que fuera eran muchísimo más útiles y, sólo desde ahí, podrían encontrar algo para solucionarlo. Se fue con un poso de melancolía en el estómago, ese que dejan los amores fugaces y los encuentros frustrados.

XXVI. MARÍA

Aquel barrio no había cambiado, prácticamente, nada en las últimas doce horas. Siempre había sido un sitio aparte del resto de la ciudad, con su muelle propio, su playa propia, su vida propia. Llamaron al telefonillo. Una voz de mujer les contestó. Les abrió. Por un lado, esperaba no encontrarla en casa. Pensó que, quizá, sería una visita inútil, o no. Ella estaba esperando con la puerta entreabierta, con la mirada desconfiada, con la sonrisa torcida.

—Buenos días, ¿María Laredo? —Ella dudó, pero contestó rápido, segura.

—Sí, soy yo, ¿qué quieren?

—Somos la comisaria, Paola Gómez y la inspectora, Ana Fernández, ¿podríamos robarle unos minutos? —Abrió la puerta del todo y las invitó a pasar. Era una casa de clase media, en un barrio de clase media, en una ciudad mediana. Se sentaron en el salón. Les ofreció café, cerveza, refrescos.

—A mí si puede hacerme un té verde se lo agradezco.

—Perfecto, pues serán dos, ¿usted no quiere nada? —Se dirigió a Ana.

—No, gracias.

No tardó en volver con los té y se sentó. Paola, la miró a los ojos, diría que no escondía nada, que esos ojos eran puros, pero había visto mentir con los ojos a algunos, y no se fiaba.

—Verá, esto es difícil, el caso es que el doctor Amor, que atendió a su marido durante la enfermedad, ha muerto en extrañas circunstancias. —Un pequeño disgusto que parecía sincero se vislumbró en su cara.

—Lo sé, lo vi en la televisión, en las noticias. Me dio mucha pena, la verdad.

—Tuvieron algún enfrentamiento con él o vio algo extraño mientras lo trató. —Su cara se puso seria, por un momento se sintió como una sospechosa.

—No, mi hijo lo trató más que yo, pero en ningún momento vi nada raro en él.

—¿Y los medicamentos que usaba?

—Siempre nos pidió consentimiento, nunca hizo nada sin decírnoslo.

—Seguramente no tendrá nada que ver con la investigación, pero sabemos que hace muchos años, perdió usted una hija en un accidente de tráfico en Sanabria. —Se le nubló la vista y la tristeza apagó aquel rostro repentinamente. Tardó en contestar, Paola aguantó, sabía que aquello podía ser importante.

—Su hermano y ella salían todos los días con las bicis. Eran mellizos. Tenían doce años. Un coche se los llevó por delante. Mi hija murió y él, milagrosamente, sobrevivió. Aún hoy se pregunta por qué. Poco después nos mudamos, no éramos capaces de vivir allí sin hacernos daño. Mi marido pidió el traslado y Coruña se convirtió en nuestro hogar.

—¿Nunca cogieron al culpable? —Negó con la cabeza antes de responder.

—Nunca. Parecían fantasmas. Como si nadie los hubiese visto.

—Habla en plural, eran varios entonces.

—Lo único que pudo ver mi hijo, o al menos recuerda, es que, tras el atropello, el coche paró a un lado y se bajaron varias personas. Cuando vieron que mi hija estaba muerta escaparon como alma en pena. Y puedo dar gracias a que pararan en una cabina a llamar a la ambulancia. Por lo menos, eso salvó a mi hijo.

—Qué historia... ¿Recuerda cómo se llamaba el policía que llevaba la investigación?

—Sí, es más, hace poco que lo vi en la televisión. Un hombre alto, no era de aquí, estaba destinado, andaluz, Julián Rubio, creo que se llamaba. —El corazón de Ana y Paola, se paró al unísono y por un momento el tiempo, ese que nunca deja de correr, se paró mientras miraban a María. Sólo ella parecía seguir en este mundo. —¿Están bien, señoritas? —Tardaron en reponerse. Se miraron.

—Muchas gracias, María, lo que necesitaríamos, si no es molestia, es hablar con su hijo en otro momento.

—Por supuesto, él trabaja mucho, imagínese, eso hizo siempre, cuando su padre enfermó, él fue el que tomó las riendas de la familia, yo bastante tenía con cuidarlo y así sigue. Déjenme su número de teléfono y les aseguro que le obligaré a llamarlas. —Apuntó el número en un papel y se lo entregó.

—Aquí tiene, muchísimas gracias por atendernos. ¿Puedo ir al servicio?

—Sí, por supuesto, es esa puerta a la derecha. —La miró agradeciéndoselo con los ojos. Al entrar en el baño, algo familiar le llamó la atención a su olfato infalible. Se sentó, y desde allí, vio encima de una repisa de cristal sobre el lavabo la colonia de Annick Goutal. Una colonia de dos mil euros, que usaban las celebritis, en casa de una mujer trabajadora. No eran pruebas para encerrar a nadie, pero sí para hacer que la siguieran. Rápidamente, le mandó un WhatsApp a Alba para que iniciara el procedimiento. Dejó el teléfono en el borde del lavabo y se restregó la palma de la mano por el rostro. No entendía cómo aquellas personas tan normales, qué parecían tener tan buen fondo habían terminado así. Se vistió y salió otra vez al pasillo.

Salieron de la casa, aún mareadas después de aquel golpe que el destino que, ávido de casualidades, les había dado. Llegaron en silencio al aparcamiento de la jefatura y allí, Paola, cogió la mano de Ana, antes de que ésta se bajara. Le contó lo que había visto.

—Hagamos una cosa, lo de Rubio mantengámoslo sólo entre nosotras dos. Supongo que sabes hacer las cosas sin que él pueda enterarse, así es que intenta recuperar el expediente de aquella investigación. Te voy a contar una cosa, Ana, el otro día vi una grabación en la que Rubio salía tomando un café, amigablemente, con la concelleira, Eva Porro, y con Marcial, el fallecido en San Paio. Aquí hay algo raro, pero tenemos que ser inteligentes. —La miró fijamente a los ojos.

—Seré muda, Paola, sólo entre nosotras dos. Pero déjame ayudarte.

—Lo haces muy bien, Ana, muy bien. Volvió a rozarle la mano y sintió un calor recorrerle el cuerpo. Si fuera un hombre se hubiese lanzado a besarla. Pero no lo había hecho. Bajaron por la parte de atrás y entraron en su despacho, ya estaban allí los chicos.

XXVII. DIAGNOSIS

Conectaron con Nuria dentro de la zona cero. Rubio, estaba con ellos, después tenía una reunión importante. Alba, empezó a contarles los avances en cuanto a la posible consecución de las vacunas para la peste.

—Primero, quería decirles que después de hablar con cientos de personas de los servicios médicos de casi media España, me han dejado claro que no existen vacunas contra la peste, en realidad son antídotos, hay seis tipos distintos y entre todos, puedo decirles que no llegaríamos a las tres mil dosis, al menos, no para ahora. Por supuesto, ha habido un par de farmacéuticas que se han ofrecido a crear las dosis necesarias a un precio desorbitado, pero no antes de cinco días. — Paola no paraba de darle vueltas.

—No tendríamos tiempo. Estaríamos hablando de gente ya contagiada, poneros en la situación de que la peste bubónica tarda de dos a seis días en declarar sus primeros síntomas, vómitos, náuseas..., y otras setenta y dos horas en aparecer los bubones. Por otro lado, puede haber casos de peste septicémica en dos o tres días, no es lo habitual, pero puede pasar. Necesitamos las vacunas de Elite.

—Por lo que parece, Paola, llevan meses saqueando las reservas de toda España y al ser en pequeñas dosis no ha trascendido en ningún momento.

—Que sabían lo que hacían, de eso no tengo dudas. —Nuria, los interrumpió, la cosa por allí dentro empezaba a ponerse fea.

—Lo que vayan a hacer, háganlo ya. Esta tarde hemos tenido la primera baja. Un tío se ha suicidado tirándose por la ventana. La gente está empezando a perder la paciencia. Cinco días aquí, podrían ser mortales, chicos. Algunos ya están sacando de picaresca y fingiendo síntomas para que los pongamos aquí abajo.

—Pero ¿qué ganan haciendo eso?

—El ser humano, en muchos aspectos, es despreciable y egoísta. Si tiene que mentir para que lo saquemos de aquí, lo hará. Si tiene que pisotear a un igual que estuviera, realmente, enfermo, también lo harían. Sin duda, este tipo de catástrofes saca lo mejor pero también lo peor del ser humano. —Rubio, intervino.

—Señores, dentro de una hora tendré una reunión con la concelleira de sanidad y con otros mandos del gobierno, espero que de esa reunión parta la decisión final. No puede pasar de mañana, necesitamos esos antídotos, porque cuando los consigamos tendremos que administrarlos y tampoco será fácil. No sé si toda esta gente se da cuenta, pero luego tendrán que estar encerrados unos días más. —Nuria, asintió.

—Sí, al menos diez días en tratamiento. Sí la conselleira acepta y esos locos nos dan los antídotos, necesitaré toda la ayuda que pueda para administrarlos.

—Descuide, no pondremos los bueyes antes del carro, pero lo haremos. Gracias. —Los miró a todos. —Tenemos una ciudad parada, al borde del colapso, dónde se juntan cada vez más manifestantes. El septiembre negro le llaman, ya, en la televisión. Cientos con las caretas, esas dichosas de la peste. Joder, ¿estamos locos o qué? Y no somos capaces de sacar nada en claro con respecto a un grupo de amas de casa, de verdad que me parece increíble.

—Esta tarde hemos revisado los expedientes del doctor Amor, había un par de pistas, pero parece que nada realmente interesante. Por otro lado, los chicos han ido a registrar la casa de Miranda y han vuelto sin nada interesante. La hemos dejado bajo vigilancia, por si acaso. —Rubio se agarró la barbilla y negó. Aquello podía costarle el puesto y lo sabía.

—¿Ha sacado algo del libro de la peste?

—Nada qué no sea evidente, jefe, están analizando las huellas, pero todos sabemos que es un trabajo inútil. En este caso, no nos ha dejado ni páginas arrancadas ni nada subrayado para llamar la atención, sólo el libro. —Siguió maldiciendo y gesticulando mientras hablaba.

—¿Cuáles son los siguientes pasos, comisaria?

—Había pensado en pasarme por el hospital a ver a Rafa y de paso, hablar con los enfermeros que compartieron trabajo con el doctor Amor por si podemos identificar a algún sospechoso.

—Está bien, pero una cosa, en cuánto puedan duerman todos, los necesito descansados, posiblemente, mañana sea peor y no quiero zombis en mi equipo, ¿está claro? —Todos contestaron afirmativamente. El jefe Rubio, cortó la conexión. Ana, le pasó la chaqueta. —Nos vemos mañana. —Y salió rápido en dirección al aparcamiento. Ana, miró a Paola y le sonrió.

—¿Qué has hecho? —La miró con entre curiosidad y admiración.

—Le he dado cambiazo al bolígrafo de la chaqueta. Ahora sólo necesitamos la suerte de que, o se la deje puesta o la cuelgue de la silla y que no lo use, claro.

—¿No puede notarlo?

—Es imposible, Paola. A la vista no resalta nada y tiene una memoria de dieciséis gigas. Las cosas buenas de la revolución tecnológica.

—Eres una máquina, ¿conseguiste el informe?

—No, pero ya conseguí a quien me lo va a conseguir, te prometo que esta noche estará aquí. —Paola, le sonrió. De repente su teléfono y el Sweet Child O'Mine volvieron a sonar. Era un número desconocido. Lo cogió.

—Comisaria Gómez. —Era la voz de un hombre joven.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Matías, el hijo de María, me ha dicho mi madre que quería verme. —Al nombrarla el olor a aquella colonia de Annick Goutal recorrió su cuerpo. Fue consciente de que, si ella y Miranda compartían colonia, tenía que ser algo más que un capricho.

—Sí, me gustaría la verdad, ¿podríamos quedar en media hora? —Matías dudó, pero acabó aceptando.

—Está bien, ¿dónde le viene bien?

—Pues si no te importa podemos quedar en el Patachín. —Volvió a dudar por un momento, pero aceptó otra vez.

—Está bien, comisaria, en media hora nos vemos allí. —Supuso que, si tenía algo que esconder, sería difícil que se lo dijera, pero estando en un ambiente propicio sería mejor. No había dejado de observar cada detalle de la casa de María y parecía más una casa ocupa, revolucionaria, independista que una casa, llamémosle, normal. Así que buscó locales alternativos, por la ciudad, y aquel le pareció el mejor.

XXVIII. PATACHIN

Y no se equivocaba. Pidió una cerveza en la barra y se sentó en una de aquellas mesas, en la única que, pensó, podría escuchar a su interlocutor. Se había vestido para la ocasión. Una falda larga con motivos florales y una camiseta de tirantes. Nadie pensaría que, aquella mujer, era comisaria de la policía. Lo reconoció al entrar por las fotos de la casa de María. Le saludó con la mano y vio la sorpresa dibujada en su cara. También vio la familiaridad con que lo trataban y supo que no se había equivocado. Pidió una cerveza y se sentó frente a ella. La miró.

—Viene usted disfrazada o en su vida diaria también viste así. —Paola, lo miró sonriendo mientras en los altavoces sonaba el Non chas quero de los Diplomáticos de Monte Alto, más autóctono, imposible.

—No salgo mucho, digamos, la ropa de fiesta se me estropea de no usarla.

—Entiendo que para usted esto es un ambiente extraño, ¿no? Está rodeada de personas que, seguramente, en un rato estarán a las puertas de Adormideras gritando, cantando, saltando.

—No son mis enemigos, Matías. Aparte de comisaria soy una persona. Me duele tanto esto como a cualquiera y me gustaría dar con la solución cuánto antes, pero no la tengo en mis manos.

—La tienen otros, esos a cuyos intereses defiende. —El discurso empezaba a parecerse mucho al de Miranda, sabía que estaba yendo por el camino correcto.

—No lo siento así, y si ellos cometen delitos deberían pagar como todos. —Se rio.

—Como bien dice, en la teoría, porque la práctica es un cachondeo. Me rio yo de la justicia.

—Es libre de creer o no creer. Yo me inclino más por creer.

—Pues, me da que, en su vida, ha visto muchas injusticias, y no me creo que sea de las que defiende eso. Y si es así, vaya decepción. Creí que el Guardián le había enseñado algo, o al menos su historia.

—Y lo hizo, Matías. Se metió en lo más profundo de mi ser y no deja de ser parte de mí ya, y eso no quiere decir que mi obligación no sea hacer bien mi trabajo.

—¿Le apetece comer algo? —Se sorprendió con la pregunta.

—Pues sí, la verdad que creo que ni comí hoy.

—¡Xurxo, ponnos ahí unas bravas por favor! —La boca de Paola, empezó a hacerse agua. No se había acordado hasta que Matías, había pronunciado la palabra mágica, comida. No tardó en servírselas. Estaban de vicio.

—Se suponía que habíamos quedado para hacerle unas preguntas. —Matías, la miró, entre que metía pan y patata y tras beber un sorbo de cerveza, le contestó.

—Pues, empiece que yo a la segunda cerveza empiezo a no ser persona. —Paola, sonrió. ¿Por qué todos los sospechosos eran guapos y le atraían? Estaba empezando a pensar que tenía un problema.

—¿Qué recuerda del accidente que tuvieron en Sanabria? —Por un momento dejó de comer, respiró, miró a la comida y empezó a hablar.

—No mucho, la verdad, ya se lo conté a la policía.

—Es que no estamos seguros de lo que contó se haya tenido todo en cuenta como debería.

—Y usted, ¿qué pierde en eso? —La miró serio.

—Llámele intuición femenina, Matías. —Dejó pasar un rato y empezó de nuevo.

—Íbamos con las bicis por el arcén, como cada día. Teníamos doce años. Yo escuché el coche mucho antes, pero en ningún momento pensé que nos arrollaría. Nos pusimos en fila india y continuamos. De repente, sólo recuerdo los gritos de mi hermana y sangre, mucha sangre. Intenté levantar la cabeza para mirarla, estaba delante de mí, a unos metros, y los vi. Se bajaban de un coche negro, grande, y eran por lo menos tres, una mujer y dos hombres, iban vestidos con traje, como de etiqueta. Se acercaron a mi hermana y cuando vieron que estaba muerta uno de ellos insistió para que se fueran cagando hostias de allí. Y eso hicieron. Luego pararon en una cabina, hicieron una llamadita y adiós muy buenas.

—Pero estamos hablando de un pueblo, ¿no? Normalmente se conoce todo el mundo. —La miró, la rabia inundaba sus ojos.

—Era verano, en esa época hay mucho veraneante, cómo en todos lados. Conocer, no los conocía.

—Y la policía, ¿encontró algo? —Matías se rio y miró hacia la barra, intentaba contener la ira que tenía dentro.

—¿Quién? El anormal ese de tú jefe. ¿Ese? Ese no haría nada por las personas como nosotros.

—No entiendo...

—Por los pobres, comisaria, éramos unos pobres diablos, unos pordioseros que andábamos con las bicis por ahí, mi padre si no estaba trabajando o estaba borracho o fumando en el porche o, bebiendo y fumando en la taberna, esas eran las opciones. Mi madre se desvivía por sacarnos adelante, pero era incapaz de estar en todos lados, no podía atendernos, trabajar, ser madre, era imposible. Ese día, como cada día, estábamos a cargo de mi padre, pero él estaba muy entretenido en el bar. Así es que ¿qué iba a sacar en claro aquel inspector de medio pelo? Nada de cara a su futuro, así que cerró el caso y se quedó tan ancho.

—No sé qué decirle, esta misma tarde me enteré por boca de su madre.

—Ya ve, supongo que ahora lo entiende mejor.

—¿El qué?

—Más bien, pregúntese por qué esta revolución, por qué la gente está hasta los huevos de tragar, por qué los que menos tenemos somos siempre los que pagamos los platos rotos de todo, por qué existe esta desigualdad cuando todos nacemos iguales.

—Me suena tanto ese discurso.

—Igual debería plantearse, comisaria, qué está en el bando equivocado y que, si somos tantos los que pensamos esto, los que razonamos, los que lo deseamos, igual, no somos nosotros los equivocados. ¿Ha leído los renglones torcidos de Dios? —Recordó aquel libro de Torcuato Luca de Tena que tanto le había marcado en la adolescencia.

—Sí, lo leí.

—¿Recuerda cómo se sintió al final del libro?, pues aquí no hace falta llegar al final para darnos cuenta de que, lo que pensaba, era una equivocación, nada es lo que parece y nos empeñamos en tapar con la falacia de la democracia a individuos como este que se aprovechan de ella.

—Estás con Elite. —La miró firme, con decisión.

—Yo soy de elite, y de quién defienda a los oprimidos, a los pobres, a los que trabajan duro cada día para dar de comer a sus hijos, soy de las buenas personas, de los nobles de corazón, de los que anteponen los sentimientos al dinero. Señora, Gómez, de todos esos yo soy y, si por eso tiene que encarcelarme adelante. —Le tendió las dos manos y ella se las devolvió a su lugar de origen.

—Y tu padre, estuviste muy pendiente de él mientras estaba en el hospital. Eso nos contó tu madre.

—Sí, aunque no se lo debía, nunca le perdoné todo lo que nos hizo de pequeños. Pero era mi padre y no podía dejarlo tirado. Al final mi madre tuvo que dejar su trabajo así que me tocó coger las riendas, trabajar, estar allí con mi padre, dónde hiciera falta. Nadie lo iba a hacer por nosotros, comisaria.

—¿Y qué tal su relación con el doctor Amor? —Sonrió mirándola fijamente. Le sostuvo aquella mirada durante casi un minuto.

—¿Quiere saber si lo maté yo? No, pero debería haberlo hecho. En cuanto se corrió el rumor de que nos estaban engañando con los medicamentos. Él siempre dijo que no sabía nada, que sólo cobraba por ser imagen de la marca, a escondidas porque eso es monopolio y no lo pueden hacer, pero él lo hacía para esas dos marcas. Y el resto harán lo mismo que él, aquí no se salva nadie. El dinero todo lo pudre. El problema para el doctor Amor es que aquello se descubrió y todos los familiares de los pacientes empezaron a reclamar, le cayeron juicios y estuvo a punto de ser cesado, pero claro, no iban a cesarlo si ellos mismo estaban en ese juego. Como le digo, no pueden vivir unos sin los otros. Así funciona.

—Y si usted estuviera en Elite, cosa que supongo que jamás reconocería, ¿cree que la formarían muchas personas enfadadas con el doctor Amor?

—Yo creo que lo formarían personas como esas, sí, y otras como la que sufren a los Rubios de la vida y tanto mierda suelto que hay por ahí delante.

—Pero no me negará que lo que están haciendo ahora no está bien del todo. — Otra vez sonrió mirando hacia un lado.

—Comisaria Gómez, usted quiere saber más. Veamos, yo entiendo que sería una mala estrategia si supusiera el contagio de todas esas personas, pero si lo que supone, es la caída de los traidores que nos dirigen no me importaría hacer ese sacrificio.

—Igual los que están ahí dentro, esos seis mil, no piensan lo mismo que usted.

—Tampoco creo que los pueblos franceses, cuando fue el desembarco de Normandía estuviesen contentos de recibir fuego cruzado en ellos, pero lo importante era el bien mayor.

—Parece que todos han estudiado las mismas biblias, los mismos discursos.

—Le diré una cosa, Paola, no sé lo que pasará, pero el fin de la clase política, tal y como la entendemos ahora mismo está a punto de llegar. Lo hará de una manera u otra, pero lo hará. Y algún día se recordará este septiembre negro.

—De eso no tengo duda. —Paola, alzó su cerveza y brindaron. Era la segunda. Pensó que era mejor ir parando o sí no, acabaría en la cama de aquel treintañero tan atractivo. Mentalmente hizo sus cuentas. Aquel atropello databa de mil novecientos noventa y cinco, los comienzos de Rubio como inspector. En las cenas, siempre contaba que se había pasado años en el norte entre vacas, montes y gañanes. Pero lo decía cuando estaba ya un poco bebido. Realmente, estaba empezando a pensar que se creía todo eso a pies juntillas.

—Le agradezco mucho la conversación, las cervezas, pero me tengo que ir, mi madre está sola como bien sabe y no quiero preocuparla. —Le dio dos besos, la miró a los ojos y se despidió.

—Nos veremos, Comisaria.

—Creo que sí, Matías. Espero que no sea en una situación incómoda. —Él volvió a sonreírle.

—Seguro que no, ya lo verá. —Y salió del local bajo los acordes del «*Whole lotta love*» de Led Zeppelin. Ella prefirió quedarse un rato, estirando su cerveza, sintiéndose por un momento más joven, en otro lugar, en otra dimensión, obviando su presente, pensando que estaba al otro lado de la línea roja y en ese instante una convulsión de placer casi orgásmica le recorrió el cuerpo.

XXIX. GRABACIONES

Llegó a la comisaría y Ana, la miró de arriba abajo, sorprendida. Paola, sonrió, adulada. Le puso la mano en el hombro y le hizo un gesto a Portela, el único que quedaba en pie a esas horas para que se acercara.

—El chico este, Matías, esconde algo, ya hemos activado el protocolo de seguimiento. Estoy segura de que nos llevará a algún lado. —Lo miró. —Sé que esto no es muy agradable, pero hemos descubierto que Rubio está metido hasta el fondo. —Miró también a Ana. —¿Tienes el expediente del caso de Sanabria?

—Aquí lo tienes, Paola. —Lo hojeó y empezó negar por lo bajo. Se lo pasó a Portela, que se sentó para leerlo con calma. Se levantó y la miró.

—Una chapuza en toda regla. Un desastre.

—¿Has visto quién firmó el informe? —Portela asintió, sin ganas.

—¿Qué más sabéis? —Las miró a las dos.

—El día antes de la muerte de Marcial se reunió con él y con Eva Porro, en una cafetería de Santiago. Y ahora que los tres sabemos lo mismo tenemos que buscar la manera de recuperar ese boli en cuanto vuelva Rubio para poder quitárselo.

—Eso déjennelo a mí, soy una experta. —Paola, sabía que era cierto.

—Bien, pues entonces lo dejo en tus manos. ¿Vamos a tomar unas cervezas antes de dormir? Yo tengo pensado hacer caso a Rubio.

—Yo me quedaré un ratito, jefa, además puede ser que aparezca por aquí y, si es así, quiero recuperar el boli.

—Como quieras, ya sabes dónde estamos.

Entraron en el Santiaguíño y Manolo los saludó. Para enfado de algunos clientes cambió la tele de canal y puso el fútbol. Se sentaron en su mesa.

—Jefa, ¿no será mejor poner en aviso a nuestros compañeros? —Paola, dudaba.

—No sé qué hacer, la verdad, Costoya ya lo sabe y bastante tienen. Será mejor que, al menos por ahora, quede entre nosotros. —Asintió.

—Esta tarde antes del registro en casa de Miranda hemos estado con Rafa en el hospital.

—¿Y qué tal está? Debería haber pasado por allí.

—No te preocupes, es consciente de lo que está pasando, lo he puesto al día. No veas el peso que se ha quitado de encima al saber que el contagio había sido por el gato y no por la chica que conoció. —Paola, lo miró con cara de satisfacción.

—Es que estáis todos cortados por el mismo patrón, viene una tía que os haga caso y caéis como mosquitos, y claro, en nuestra situación...

—Creo que la próxima vez tendrá cuidado. —Hizo una pausa. —Está mejorando poco a poco pero aún está muy débil. Me ha contado que en el hospital también se habla mucho.

—¿En qué sentido?

—En todos, pero es vox populi lo del doctor Amor, lo de las farmacéuticas, el robo de los antídotos. Nadie se extraña.

—O sea que era una práctica de lo más habitual.

—Eso parece, comisaria. Todo por la pasta. —Bebieron comentando anécdotas y haciendo tiempo por si había noticias de Ana. Justo antes de irse y de acabarle las reservas de mil novecientos seis a Manolo le llegaron los WhatsApp. Rubio, aún estaba allí. Ella, disimuladamente, le había dado otra vez el cambiazo al boli y, como el sitio en el que menos esperas que te espíen es a tu lado, se quedó allí viendo la grabación. Era eso o la marcha le iba mucho a Ana. El caso es que le mandaba unos archivos con lo más interesante de la grabación. Aquel no era el mejor sitio para el visionado, así es que fueron a casa.

Sigilosamente, casi en silencio, para no despertar a Modesto y Costoya que dormían como bebés se hicieron un café, tomaron asiento y empezaron a ver aquella escena. En ella tres personas, otra vez. Aquello pintaba fatal. Cuando terminaron de verlo no eran capaces de reaccionar. Paola, le dio el último sorbo a su café frío mientras, Portela seguía con la vista pegada a la pantalla. Le costó, pero Paola, empezó a hablar.

—Ni una palabra, Portela, ni una palabra. Esto entre nosotros tres. Nada de lo que hemos visto existe fuera de aquí, ¿entendido? —Tardó en arrancar, pero contestó.

—Por supuesto, comisaria, soy una tumba, nada saldrá de aquí. Y si no le importa, es tarde, así es que me voy a acostar. Le pasó una mano por el brazo y como un zombi se retiró. Se quedó sola en la cocina, otra vez con la nevera vacía, otra vez con el corazón herido. Examinó sus opciones, no eran muchas y todas tenían la pinta de acabar muy pero que muy mal. Fuera lo que fuese, sería después de dormir, aquel maldito viernes de septiembre había terminado para ella.

XXX. EL ROCK DE LA CÁRCEL DÍA SEIS

No era novedad. Tenía que cambiar de tono de teléfono. Y es que, a ciertas horas de la mañana, aquel solo de guitarra era demasiado. Eran las ocho. Esta vez no era Rubio sino un número que le sonaba, pero no reconocía.

—¿Dígame? —Empezó a escuchar un tremendo estruendo al otro lado de la línea y a alguien intentando hablar a duras penas.

—¡Paola, Paola, me escucha! —Entonces lo reconoció, era el director de la prisión de Teixeiro. Se incorporó a medias de la cama.

—Director, pero ¿qué está pasando ahí?

—Necesitamos ayuda, comisaria, hay un motín en la prisión, por favor, ayúdenos, no somos capaces de controlarlo... —Y se cortó. Inmediatamente mientras llamaba a Rubio se levantó de la cama y fue a despertar a sus compañeros que casi se mueren del susto.

—Comisaria, buenos días, no esperaba que... —No le dejó hablar, no había tiempo.

—Están atacando la prisión de Teixeiro, mande a todas las unidades, yo voy para allá con los chicos.

—¿La prisión? ¡No me jodas, Paola! Ahora mismo mando a la caballería.

Cuando llegaron aquello parecía un campo de batalla. La policía, a duras penas, podía contener a los manifestantes, que se habían convertido en asaltantes, provocando, con su asalto minuciosamente estudiado, que los internos pudieran fugarse. Vio, a lo lejos, al director y lo asaltó corriendo.

—¡Director! —Estaba sangrando por una oreja.

—¡Comisaria Gómez, no sabe lo que me alegro de verla! No sé si conseguiremos reducirlos, son demasiados. —Entonces se dio cuenta de que algunos presos intentaban escaparse, aprovechando la brecha entre manifestantes y policía. Costoya y Modesto, empezaron a dirigir y organizar y la cosa empezó a mejorar.

—¿Han escapado, alguno ha escapado? —El director la miró fijamente y asintió.

—Al principio, pensamos que sería una falsa alarma, pero empezaron a subir las rejas con escaleras, lo tenían todo preparado, era de noche, no podíamos disparar a la gente, así es que intentamos contenerlos en las puertas de la prisión, pero consiguieron entrar, era imposible. Fue lo primero que hicieron.

—¿El qué, director? —Paola, lo apremiaba agarrándolo de la chaqueta. Él sonrió.

—El Guardián, fue el primero al que liberaron. —Otra vez se paró el mundo para ella. Estaba libre. Ni siquiera había imaginado en su mente esa posibilidad. Los manifestantes empezaron a retroceder empujados por las patrullas de policía enviadas por Rubio. Todo empezó a calmarse, pero no podía dejar de pensar en él. Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Paola. Otra

vez no, no podía ser. No era capaz de moverse, estaba totalmente paralizada, y tal y como se iban sus fuerzas, también lo hacía la de los manifestantes ante la presencia masiva de la policía, pero el objetivo de Elite estaba conseguido. Ella no podía parar. Portela estaba agarrándola desde hacía más de un minuto temiendo que se desmayara. Se sentó en el suelo desgarrada por dentro. Dándose cuenta de cómo había sido engañada otra vez. Aunque lo que Paola no sabía es que, a pocos kilómetros de allí, otra persona tampoco podía dejar de pensar en ella. No todo era blanco ni negro, siempre habría grises.

El director, se levantó y empezó a dar órdenes, milagrosamente aquello parecía controlado. Los manifestantes, una vez que la policía y los guardas habían conseguido devolver a los presos a la prisión, escaparon de forma ordenada, algunos fueron registrados, otros detenidos. Paola, pudo ver cómo algunos encapuchados salían de dentro de las dependencias, intentando que no los cogieran. Aún no era capaz de levantarse, presa de un amago de ataque de ansiedad. Portela, seguía a su lado, ayudándola, y no vio como uno de aquellos hombres de negro dejaba caer a su lado algo que parecía una carta. Sólo al incorporarse despacio, Paola, la vio. La cogió y empezó a mirar a todos lados. Se olvidó de los guantes, de las huellas, de todo...

Mi querida, Paola. Tendrás que perdonarme, pero a veces el colectivo es más importante que lo individual. Te sentirás engañada y tienes toda la razón para estar enfadada conmigo. Pero, desde aquel día en San Miguel de Bremao, te dejé claro que nuestra misión está por encima del resto. Misión que, aunque tú aún no lo sepas ver, también es la tuya. Miles de personas están pendientes de lo que está pasando aquí, en una esquina del mundo, en el antiguo Finisterre. No los vamos a decepcionar y mucho menos a dejarlos solos. Yo no escogí mi parte en esta historia. Ella me ha escogido a mí y no puedo decir que no esté orgulloso de ello. Sólo espero que recapacites, que pienses, que sumes y no restes. Sé que en tu interior estás viviendo una lucha encarnizada entre el bien y el mal. Sólo recuerda, todo depende de la perspectiva.

En la carta figuraba una ilustración que le sonaba mucho. Eran los intensos trazos del Cousas de Castelao.

XXXI. EMERGENCIA NACIONAL

A la vuelta conducía Portela. No dejaba de mirarla de reojo a cada rato. Paola tenía la vista perdida en el infinito. Estaba como ida, en otra dimensión. Le dolía el corazón. No era para menos. Lo último que se esperaba era una traición de esa persona a la que tan fácilmente cedió su confianza. Al entrar en la ciudad se dieron cuenta de que algo había cambiado. La situación, por momentos, se estaba poniendo muy fea. Había manifestantes, casi, en todos los lugares míticos de la ciudad, muchos con la maldita careta de la peste. La delegación del Gobierno, la sede de la Xunta, el palacio del ayuntamiento y, por supuesto, la zona de entrada de Adormideras, la que para siempre sería la zona cero. Sabía que aquella revolución podía provocar un efecto dominó, pero confiaba en que el propio egoísmo hiciera que nadie se colara allí o permitiese, rompiendo los cordones, que la enfermedad se pudiese trasladar al resto de la ciudad. Pero todo pendía de un hilo. Si algún loco provocaba y las masas comenzaban a avanzar, aunque fueran sumidas en la fuerza de la gravedad, provocaría un problema que podía ser recordado para siempre. En el fondo, Paola, era consciente de que la operación Septiembre negro sería recordada de por sí y, no quería ser ella la primera perdedora.

Era increíble y, también, admirable como aquella gente, sin miedo, se juntaba allí, a las puertas del infierno, sin querer darse cuenta del peligro que suponía. Quizá, pensó Paola, había algo más, algo que unía a aquellas personas mucho más allá que aquella careta con forma de pájaro. Todo eso que llevábamos siglos perdiendo, nuestra propia humanidad, renace, a veces, con los puntos más insospechados, ante los peores influjos del destino.

Aparcaron en la jefatura, después del acoso de decenas de periodistas ante los que, Paola, ni pestañeó. En su búnker ya estaban esperándolos. Sabían lo que había pasado, así es que no quisieron meter el dedo en la llaga, pero Paola se tiró a los brazos de Ana, con el llanto revolviéndole por dentro. Volvieron a abrazarse fuerte, como lo harían las mejores amigas del mundo.

—¿Estás bien? —La miraba intensamente mientras le agarraba con la palma de las manos sus mejillas.

—Sí, es un momento, no me lo esperaba, me cogió con la guardia baja. —Se limpió las lágrimas de los ojos y respiró hondo. Le entregó a Ana, la carta del Guardián. La leyó y se puso a buscar una copia de Cousas, el libro de Castelao, en el ordenador.

—Si te parece, le echaré un ojo a ver qué cosas puedo sacarle, pero ya te adelanto, que este libro, tiene un montón de relatos, habrá muchas posibilidades.

—Hazlo, ¿Rubio, no ha venido por aquí? —Poco a poco fue recuperando su propia esencia.

—Sí, y como ha venido, ha salido. Parece que en la zona cero la cosa se está poniendo violenta. ¿Visteis lo qué os mandé ayer? —Paola, suspiró.

—Sí, nos quedamos de piedra. Pero como le decía a Portela, ni mu a nadie. —De repente a Costoya le entró un mensaje. Pon la tele, decía. Cogió el mando y encendió aquel aparato. Daba igual en qué cadena, todas estaban con lo mismo.

—Dios, eso es...

—La fuente mágica en Barcelona, y eso otro es Sol en Madrid... —Escucharon lo que estaban transmitiendo en directo para todo el país. Los manifestantes se estaban haciendo fuertes en las principales ciudades, pero había convocadas manifestaciones en casi todos los pueblos del país. Portela, no daba crédito.

—Pero ¿por qué se manifiestan a favor de unos terroristas?

—Supongo que no lo hacen a favor de eso, presionan para que la concelleira hable y consigamos los antídotos. El poder del pueblo contra la clase política. El juego que quería el Guardián es el que estamos jugando y todo está saliendo exactamente como él quería.

—Es imposible idear algo así.

—No, si eres tan inteligente como él. No, si tienes su carisma y sabes que te van a seguir. No, si la policía te pone un camino de rosas para convertirte en un héroe. —Paola se sentó, estaba destrozada, le dolía la cabeza. Era casi la hora de comer. —Portela, necesito que hagas algo. —Lo miró seriamente. —Miró a los demás. —Vosotros podéis acompañarlo.

—Sí, claro, comisaria.

—Vete a la compra, por Dios, que está todo vacío y luego vuelve a casa. Necesito comer, descansar un rato para volver a coger a los malos. Ana, si no tienes a dónde ir estás invitada. —Ana, la miró y asintió.

—Iré dentro de un rato, quiero revisar bien el Cousas y llevarte ya algunas conclusiones, si te parece. Supongo que pensamos que su próximo golpe estará inspirado en estas letras. —Portela, puso cara de loco.

—¿Próximo golpe? Estáis de coña, ¿no? Aún tienen a seis mil tíos ahí cautivos y ya están pensando en la siguiente. No me lo creo. —Paola, lo miró con cariño.

—Pues yo sí, me lo creo, todo está estudiado. Pensamos que solo eran hombres y mujeres desesperadas. Y lo son, pero guiados por un líder, de esos por los que darías la vida. No hay nada más peligroso. —Agachó la cabeza y salió dispuesto a perderse en el supermercado para siempre. Paola, miró otra vez a Ana.

—Te esperamos, si llama Rubio, dile que me llame al móvil.

—Está hecho, comisaria.

Salió por la puerta de atrás, el aire empezó a darle en la cara y aclaró su mente, al menos, por un momento. Había sido una mañana con una carga emotiva demasiado grande. Era la primera vez que le pasaba. En Brema, había estado a punto de caer embriagada mientras bailaban, pero aquello había sido una pérdida total de conciencia. Estaba preocupada. Pensó que tenía un amigo y resulta que ese amigo ahora era el jefe de los malos muy malos. Se paró en el semáforo. A lo lejos vio la jauría de medios de comunicación y fue consciente de lo importante que estaba siendo aquel microcosmos para el resto del mundo. Esta vez, no se sintió observada, aunque tal y como estaba no se hubiera dado cuenta. Subió a la casa y se dio cuenta de cuánto quería a Costoya, era como un padre para ella y, en ciertos momentos, su figura la relajaba. Estaba deseando que todo aquello se acabara, pero o aquella mujer hablaba o no lo podrían parar. No sabía a qué estaban esperando para hacer aquella declaración. Ganas de hacer sufrir a la gente. No tenía dudas de que se merecía un castigo. Se tiró en el sofá a la espera de la compra, pero se quedó dormida. Como un bebé.

La despertó el olor a lasaña y una voz femenina en la lejanía. Era Ana, estaba con ellos. Se levantó dolorida. No era la idea de descanso que tenía prevista para hoy. Casi no era capaz de articular palabra. Antes de que empezaran a hablar, vieron cómo se cortaba la conexión y aparecía una comunicación oficial de la Xunta de Galicia. Es el momento pensó. Pasados unos segundos apareció la figura de Eva Porro, sola ante el peligro, con cara de no estar donde quería estar. Una cámara central fija, recogía sus declaraciones con la bandera gallega a su derecha. No le costó ir traduciéndolo del gallego, directamente.

Gallegos, españoles. Hoy presento, oficialmente, mi dimisión como concelleira de sanidad de la Xunta de Galicia. Como sabréis, estamos ante una gran crisis en la que un grupo terroristas, exige ciertas confesiones por mi parte, para la liberación de las seis mil vacunas que la población de Adormideras necesita. Mi vida, no vale más que ninguna de las que está ahí encerrada, pero tampoco, podíamos dejarnos llevar por el chantaje de estos desalmados. Desgraciadamente, la falta de pruebas y el tiempo, el maldito tiempo, hacen que hoy haga esta confesión.

Existe un acuerdo monopolista con ciertas farmacéuticas, entre ellas, Lifarma y Metrobar, para que sean sus productos, y no otros, los que se administren en nuestra sanidad pública. El problema, no sería mayor si no fuera porque muchas personas, entre las que me incluyo, cobramos por cerrar los ojos ante estos abusos. Además, personalmente, era conocedora de que se estaban administrando a los pacientes terminales, productos sin contenido para ahorrarle costes a estas empresas. Yo misma fui gerente de una de ellas hace unos años y sabía las prácticas que llevábamos a cabo. En cuanto al Fentanilo, es cierto que durante el último año se le está administrando a otro tipo de pacientes irreversibles. Su función es parecida a la morfina, pero puede provocar parada respiratoria. Nosotros lo sabíamos, pero lo ocultamos para poder administrarlo. Somos cómplices, también, de los sobre costes de estas empresas a las que compramos productos a sesenta euros, cuando su precio es sólo de diez euros.

Cuando entré en la empresa, me quise convencer de que lo hacíamos para ahorrar y así dedicar ese dinero a otras investigaciones, pero poco a poco, te das cuenta de que todo el mundo quiere su parte y nadie renuncia a ella. Todos somos culpables, pero yo, como Concelleira de sanidad, soy la más culpable. Quiero pedirlos disculpas a todos y espero que, con esto, accedan a hacernos llegar esas dosis y poder salvar a los seis mil de Adormideras. Muchas gracias y buenas tardes.

—No es que pareciera muy arrepentida —Portela, dio en el clavo.

—Más bien creo que fue forzada a confesar, por eso ese desdén. —Paola, había revivido. —
Creo que los tres sabemos el porqué.

—Esperemos que les valga a ellos. ¿Y cómo piensan ponerse en contacto con nosotros? —
Paola, miró a Ana con gesto de complacencia.

—Lo harán, no lo dudes y no creo que tarden en hacerlo. Y mejor que apuremos la lasaña porque Rubio está tardando en llamar y convocarnos a todos en la central.

Así fue, no les dio tiempo al café. Tenían una reunión a las cuatro en la jefatura. A Paola, le costaba hablar con él, le costaba mirarle a la cara y más después de lo visto en el video. Intentó borrarlo de la mente mientras hacía la conexión con la zona cero. Al otro lado, pudo ver la cara fatigada de Nuria.

—Buenas tardes a todos. La situación es la siguiente. En cuanto recibamos las seis mil vacunas, las llevaremos inmediatamente a la zona cero. Hay seis profesionales más, con sus equipos preparados, para entrar en cuanto les demos la orden para acompañar a la doctora Fraga en la administración de estas.

—Pero, ¿no cree que puede haber incidentes? —Costoya, estaba preocupado por la seguridad.

—Inspector, si la cosa se pone fea está allí el ejército. Lo lógico es que los mejores hombres, estén aquí fuera intentado coger a estos locos porque no tendremos más oportunidades. Los quiero a todos aquí, listos, para cuando se produzca la entrega. —En ese momento, el teléfono de Paola empezó a sonar. Era un número desconocido. Contestó.

—Paola. —El corazón le dio un vuelco, y mientras lo escuchaba hablar escuchaba cantar a Julio Iglesias de fondo quemándole por dentro.

—Sí, dime. —Fue todo lo seca que pudo, pero sonaba más triste que otra cosa. Sonaba tal y como era, transparente.

—A las seis en el centro comercial. En la Sou Santos. Dile a Rubio qué no flipe, yo no voy a ir, mandaré a alguien. Esa persona os dará la localización exacta de los seis mil antídotos, pero no los llevará consigo, obviamente. Están a más de media hora de camino y ese es el tiempo que le daréis a esta persona para escaparse. Si la seguís o se siente amenazada, destruiremos los antídotos. Es importante. La reconocerás fácilmente Paola, realmente ya la conoces.

—De acuerdo, allí estaré.

—Y lo dicho, sólo tú, nadie más, sin tonterías y pronto esa gente estará fuera de peligro. Gracias. —Aquello sonó como a perdona, pero sin decirlo. Paola, colgó el teléfono y transmitió la información a sus compañeros. Tenía menos de dos horas para prepararse para otra guerra dialéctica con Miranda. Segundo asalto, el primero lo había perdido por goleada.

XXXII. MIRANDA

A pecho descubierto. No llevaba armas, sólo un pequeño transmisor que grabaría la conversación y en caso de que la cosa se pusiera mal la tendría siempre localizada. Se pidió una mil novecientos seis, aunque sabía que habría mil ojos mirando cada movimiento. Se estaba retrasando cinco minutos. La vio venir a lo lejos. Era inconfundible. Pensó que sí podría seguir a una mujer como aquella. Una líder verdadera. Tan alejada de los falsos mesías, vende humos de nuestro día a día. Se sentó enfrente. Pidió un café solo.

—Buenas tardes, Paola. Otra vez frente a frente. Parece que el destino sólo nos tiene preparados estos momentos para nosotras.

—Como una batalla de gallos, Miranda.

—Supongo que querrás saber dónde están los antídotos.

—Efectivamente, ese es el plan.

—Vale, deja que me tome el café y mientras tanto, charlemos un rato, después te diré dónde están. —Miró por el lateral hacia la zona en donde no paraba de entrar y salir gente. —Espero que no intentéis nada, lo digo porque supongo que tus jefes me estarán escuchando. No es un farol. Si no salgo de aquí, destruirán los antídotos.

—No lo harán, Miranda. ¿Puedo preguntarte algo? —La miró curiosa mientras le daba un sorbo al café.

—Adelante, dispara, nunca mejor dicho.

—Si estabais tan orgullosas de vosotras mismas, de vuestro carácter e idiosincrasia, ¿por qué escoger al Guardián de líder? —La miró con tristeza.

—No has entendido nada, Paola. No es un movimiento de hombres o mujeres, es un movimiento de personas.

—Ya, pero al final, tienen a un hombre de líder.

—Nadie dijo que él fuera el líder, quizás sea, simplemente, porque es el más mediático.

—¿Qué quieres decir?, ¿qué lo estáis utilizando?

—Podría ser, o podría ser, simplemente, simbiosis. Aquí todo el mundo sale beneficiado de esta relación que tenemos. Los líderes, muchas veces, los crea la prensa. Te aseguro que somos un equipo. Sé que estáis unidos por algo mayor, no hace falta decirlo. Y del amor al odio hay un paso, pero como ya te dije una vez, Paola, no hay blancos ni negros, muchos son grises y de un lado a otro sólo hay un paso.

—En vuestro caso estáis, completamente, al otro lado.

—¿Al otro lado de qué? ¿De tu concepción de justicia? Pues lo estaremos. No de la mía desde luego y visto lo visto parece que tampoco de muchas otras personas que llevan días manifestándose.

—Eso es lo que buscabais, una revolución.

—Claro, Paola, ni más ni menos, es lo que necesita esta sociedad podrida. Esa, donde una multitud ve a un hombre tirado en la calle y no se detiene a auxiliarlo. Esa, que deja morir en el mar a los emigrantes olvidando su pasado. Esa, que va por la calle mirando a un aparato tecnológico en lugar de mirar a los demás a la cara, en lugar de dar los buenos días. Esa, en la que sólo cuentan los méritos, el dinero, la posición y, tan poco, el valor humano. —Estaban muy cerca del dos a cero. Paola, no podía estar más de acuerdo.

—Todo eso es muy bonito, pero podrían haberlo hecho desde las urnas.

—Algunos lo intentaron, ¿y qué hicieron los grandes medios? Sacar noticias falsas, buscarles las cosquillas, machacarlos y denigrar su imagen pública y blanquear la de otros. No les interesa, Paola, la igualdad no le interesa a nadie, de ningún tipo. Y sabes una cosa, todos somos iguales ante la muerte, y ante eso todos tienen miedo. Esa es nuestra arma. —Volvió a mirarla, sentía cierta simpatía por aquella mujer, al igual que le había pasado con el Guardián. Inteligentes, oradores, afables. Un nuevo estilo de asesinos.

—No me gustaría tener que matarte. Eres inteligente, podrías hacer tantas cosas...

—¿Quién te dice que no es ahora cuando, realmente, estoy haciendo lo que me gusta? Y si mañana se acabara el mundo, ¿estarías satisfecha con tu aportación o hubieras hecho algo más? Piénsalo otra vez, estoy segura de que, en el fondo de tu corazón, sabes cuál es la respuesta. Y ahora, toma, esta es la dirección. —Le dio un papel arrugado y escrito a boli y las coordenadas geográficas. —Media hora, ese es el tiempo, no lo perdáis siguiéndome. Yo no os llevaré a ningún lado. Carpe Diem, Paola. —Y como vino se perdió en la multitud para siempre. Paola, comunicó la dirección a sus compañeros mientras ella se quedaba allí sentada acabando aquella cerveza, con las palabras de Miranda rebotándole como un pinball, infinitamente, por su cabeza.

XXXIII. LA CÁRCEL DE LA TORRE

Llegó a la jefatura después de un pequeño paseo bordeando el puerto de mercancías. La noticia había volado como la pólvora, y aun así no parecía que los ánimos se hubieran relajado ni un poco. Tuvo que cruzar ante la avalancha de gente junto a la Delegación del Gobierno y entrar por los Jardines de Méndez Núñez. Miró al inspector jefe y él se dio cuenta de que algo iba mal en aquella cabecita. La arropó y la llevó a un lado.

—¿Qué te preocupa, Paola? —La miraba como un padre miraría a su única hija.

—No sé si seré capaz de lidiar con esto. Se me está haciendo grande y ahora...

—Yo estaré a tu lado y no te dejaré caer, no lo dudes. Puedes con esto y con más. —Volvio a abrazarlo y se dio cuenta cuánto lo había echado de menos durante aquellas horas. Intentó recobrar la tranquilidad.

—¿Cómo está el ambiente por allí?

—Digamos que cuando se supo que se habían recuperado los antídotos parecía el gol de Alfredo en la final de la Copa del Rey del año noventa y cinco. Todo se vino abajo. La gente abría las ventanas celebrándolo y en la zona cero lo mismo. Es más, creo que siguen de celebración. Ya sabes, estamos en Galicia, cualquier cosa es una buena excusa para celebrar algo y no es para menos. Los mismos bares que ayer estaban cerrados hoy están haciendo el agosto. El miedo ha dejado paso a la reivindicación y ahora a la celebración. —Paola, admiraba el carácter de los gallegos. En el fondo ella era hija de gallego.

—Nunca dejan de sorprenderme.

—Me temo que hay mucho seguidor del Guardián encubierto y hoy la orden es celebrar el triunfo por todo lo alto.

—Para ellos lo es. Han conseguido lo que querían.

—¿Y qué sabemos de su próximo paso, porque no pensemos que este es el final?

—Tengo que compartir algo con vosotros y ahora que no está Rubio es el momento. Acercaros, todos, un momento al ordenador de Ana, por favor. —La miró y les puso el video. Las caras eran un auténtico poema. No se lo podían creer.

—Pero entonces... —Costoya, intentaba verbalizar lo que acababa de ver.

—Sí, inspector, nuestro Rubio está de mierda hasta las orejas. Encubrió un homicidio y otro delito de lesiones graves y omisión de socorro. Lo hizo sabiendo quiénes habían sido los causantes del accidente y se aprovechó de ella para subir en el escalafón de la policía.

—Joder, Paola, no me lo puedo creer.

—Pues ya ve que ellos mismos lo dejan bastante clarito. —Costoya se sentó, aún abatido por el golpe. Aquello era demasiado fuerte.

—¿Cómo vamos a lidiar con esto? —Portela, intervino.

—Con mucho tacto, chicos, y por supuesto que no salga de aquí. Tenemos una prueba que no es del todo legal, así es que tendremos que demostrar que lo que se dice ahí, es la verdad.

—Esto llega a las altas esferas, Paola, demasiado. —Costoya, seguía sentado. Ana, le acercó un café. —Gracias, mi niña. Volvió a mirar a su jefa.

—Lo primero que tenemos que hacer es centrarnos en lo nuestro. Ana, ¿qué has sacado del Cousas de Castelao?, es nuestra única pista de lo que pretenden hacer.

—Cómo te decía, es complicado. Cousas no deja de ser la crónica de los desfavorecidos. Demasiados relatos y leyendas, sin más datos, es casi imposible de saber.

—Quieres decir que es como su biblia. Supongo que se sentirán identificados con el libro y por eso nos mandó esa referencia. Pero tiene que haber algo más. Conociendo al Guardián, estoy seguro de que en esas páginas está la leyenda que nos llevará al lugar en donde cometerán su próximo ataque.

—Y no podían parar ya, es que son muy pesados. —Costoya, seguía tocado.

Por un lado, si no vuelven a actuar no los cogeremos, sé que suena mal, pero necesitamos que vuelvan a manifestarse para pillarlos. Están demasiado bien organizados. —Alba, tomó la palabra.

—Chicos, deberíais ver esto, creo que podemos tener algo. —Se acercaron todos a ella, corriendo. —Estamos haciendo un seguimiento desde ayer a Matías, como ya sabes. Desde hace media hora está aquí. —Señaló un punto en el mapa, muy cercano a Adormideras, muy cercano a la Torre de Hércules.

—No jodas, ¿pero qué coño hace ahí?

—Eso lo vamos a ir a averiguar in situ, Costoya. Alba, tú quédate aquí, el resto nos vamos.

La vieja cárcel provincial de A Coruña había abierto sus puertas en mil novecientos veintisiete y, durante la Guerra Civil, había sido usada para recluir a cientos de víctimas de la represión franquista, tanto en la guerra como en la postguerra. Corporaciones municipales, dirigentes obreros, intelectuales, maestros, anarquistas, republicanos, comunistas, socialistas. Sus muros aguantaban una historia terrible. Se clausuró en mil novecientos ochenta y siete y desde aquella fecha, permanecía inutilizada entre absurdas peleas políticas. Sabían que Matías seguía allí, que había una furgoneta dentro y que existía movimiento. Paola, pensó que si aquel había sido el escondite de Elite durante todo este tiempo era para desterrarlos a todos. Estaban a metros de la zona más vigilada de la ciudad. Con esto se cumplía la máxima de que a veces donde más escondido estás es cuando más cerca lo estás. Dejó de pensar, estaban a unos metros. Costoya y ella, entrarían por la puerta principal, por la puerta de atrás irían Modesto, Portela y Ana. No podían fallar. Habían avisado a dos patrullas más para que cubrieran todos los puntos posibles de huida. A estas alturas, no tenía duda de que Matías era uno de los integrantes de Elite, en realidad, nunca la había tenido pero las cosas hay que demostrarlas.

La entrada estaba forzada. Maldijo a los drones, a los helicópteros. ¿Cómo nadie había advertido movimiento en aquel edificio? ¿Cómo no se les había ocurrido? Entraron sigilosos. Ella delante, a dos metros, Costoya. No se oía nada. Avanzaron por el *hall*. Los años no habían pasado en balde y el estado de conservación no era el más adecuado. Revisaron todos los cuartos de la entrada. No parecía que hubiese nadie y si habían estado allí no habían dejado ni rastro. Siguieron adelante y fueron escaleras arriba hacia las dependencias superiores. Con algo de suerte, el equipo de Modesto estaría revisando los pabellones traseros. Escucharon varias detonaciones y un motor en marcha. Corrieron. Más bien, corrió ella. Costoya se arrastró. Cuando llegaron al patio, la furgoneta se había evaporado. En el centro de la escena, Modesto, pistola en mano, apuntando a Matías, Ana en el suelo postrada junto a Portela. Corrió más rápido.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién iba en la furgoneta? —Ana, le enseñó una americana que tenía a su lado con un bolígrafo que le sonaba en su bolsillo. Oh no. ¡Rubio! Era la chaqueta de Rubio.

—Se lo han llevado, Paola, lo tenían aquí en una celda, y se lo han llevado, lo hemos intentado, pero no hemos podido hacer nada. —Modesto, apuntando, fijamente a Matías, habló.

—Al menos tenemos a este, ahora a cantar pajarito, muévete. —Paola, se acercó a él.

—Al final, nos vemos otra vez, y no tomando cañas. —Matías, le sonrió y siguió adelante empujado por Modesto. Paola, se agachó a ver a Portela. Tenía una herida junto al brazo, no parecía grave. Llamó a la ambulancia para que lo recogieran.

—Otra vez no, comisaria, pero qué mal le he hecho yo a estos desgraciados para que la tomen conmigo. —A Ana, le salió una risa floja. Él, también rio.

—Yo creo, amigo, que saben que te lo vas a tomar siempre con este humor, por eso sólo te atacan a ti.

—El que lo hizo sabía a dónde disparar, en ningún momento quisieron matarnos.

—¿Llegasteis a ver a Rubio?

—No, pero iba en esa furgoneta sin lugar a duda.

—Ahora, ya sabemos cuál es el objetivo de su próximo ataque. —Llamó a Alba y con todo el dolor de su corazón pidió una orden de detención contra María Laredo. Paola, recordó las imágenes y las palabras de aquel video y no pudo sino maldecir al cielo. Otra vez se les habían escapado por minutos.

XXXIV. EL PERFUME

DÍA SIETE

Había quedado más tarde en el Santiaguño, para desayunar y compartir lo que sabían, que no era demasiado. No había dormido mucho, entre la televisión y el contacto directo con Nuria, habían ido siguiendo la evolución de los antídotos. Estaban en la dirección que Miranda le había dado, en una nave industrial en Narón, y por supuesto, nadie había visto nada. En cuanto los recibieron, comenzaron la administración entre los grupos de riesgo. Se habían incorporado seis equipos más para adelantar el trabajo. Nuria, estaba muerta pero contenta de ver que aquello parecía que tendría un final feliz. La gente había empezado a dejar la zona cero para dirigirse a la Plaza de María Pita. Nadie se iba para su casa. La ciudad, sin embargo, empezó a recuperar su ritmo, su normalidad. Los que se habían ido a casa de familiares o a los pabellones habilitados, estaban volviendo poco a poco. Todo esto notó Paola, mientras se dirigía al hospital, antes de ese desayuno, a ver a Rafa. Se lo debía. Se le veía muchísimo mejor, ya con vitalidad y su cara de felicidad, al verla, le llenó de energía.

— ¡Paola, qué alegría! —No pudo reprimir un abrazo, pese a la ropa de protección.

—¿Cómo estás, amigo? —Lo miraba y seguía viendo como el interior siempre reluce en el ser humano.

—Mejor, mucho mejor, la doctora me ha dicho que en una semana estaré fuera, qué han parado la infección.

—No sabes cuánto me alegro, Rafa. La verdad es que te echamos de menos.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—No creo. Han secuestrado a Rubio.

—No jodas, Paola. ¿A Rubio? ¡Dios!

—Es una larga historia. El caso es, me temo, que lo utilizarán basándose en alguna leyenda que está en el Cousas de Castelao.

—¿El Cousas, en serio? —Se quedó pensativo. — Es que puede ser que conozca a alguien.

—Alguien como quién...

—Alguien que sabe mucho de Castelao y de Cousas. Y que os puede ayudar en mi ausencia. Pásame el móvil por favor. —Le señaló la mesilla y Paola, obedeció. —Vale, ya te mandé su contacto. Llámala, dile que vas de mi parte, te va a sorprender, en serio, y si realmente se van a basar en Cousas para rematar su faena ella sabrá dónde. —Paola, puso cara de circunstancias.

—Espero que tengas razón, la verdad es que estamos un poco desorientados. —Rafa la miró con cariño.

—Vi lo de la cárcel, Paola, sé lo que pasó. No te martirices. Estoy seguro de que en el fondo tu tío te quiere, pero eres su daño colateral, y prioriza su obra al resto, y lo entiendo. Todos haríamos lo mismo. —Retorcó su boca en señal de no estar del todo de acuerdo. No quiso seguir hablando de eso, le hacía daño.

—Vale, la llamaré, espero que sea la mitad de útil que tú con el Guardián. Y tranquilo, no te quitará el puesto.

—Dos becarios tampoco son tantos, piénsalo. —Lo acarició y se despidió para ir de vuelta a la gran ciudad. Se quitó la ropa de protección y cuando salió al pasillo del hospital, le recorrió una sensación de reminiscencia en forma de olor a colonia. Tardó en distinguirla, pero al final supo que era aquella de Annick Goutal. María. Sólo podía ser una de ellas. Apuró el paso siguiendo el aroma. Bajó las escaleras hasta el primer piso. Miró a los lados. La vio salir por la puerta de urgencias. Corrió. La vio irse en un taxi. La miró. Le miró. Esa sonrisa sonaba a despedida. Apuntó la matrícula y llamó a Alba. Le dio el número y fue corriendo por el coche, la iba a perder. Salió camino de las Jubias de nuevo en busca de aquel taxi, a toda velocidad. Todo lo rápido que podía. Creyó verlo a lo lejos. Alba, le confirmó que lo tenían localizado, iba camino de El Burgo. Fue zigzagueando a los coches, con la sirena puesta. El taxista no obedecía a su central, no contestaba a la radio. Se paró en Fonteculler. A sólo unos cientos de metros, la vio bajar y subirse a otro coche negro, imposible verle la matrícula. Los tenía cerca. Las patrullas de la zona no tardarían en aparecer. De repente el coche negro hizo un trompo, dio la vuelta y vino en dirección contraria. El caos se apoderó de la circulación. Un coche frenó de repente, lo esquivó como pudo. Otro se cruzó delante de ella, también lo esquivó. Vio como el coche negro volaba por el otro lado en dirección a Perillo. Estaba atrapada entre tres coches. ¡Mierda! Pensó. Llamó a Alba otra vez.

—¡Va camino de Perillo, no puedo seguirlo, que le corten el paso! Es un Lexus negro, no fui capaz de verle la matrícula. Imposible saber hacia dónde se dirige. María Laredo, iba dentro.

—Ahora mismo doy la orden, ¿estás bien?

—Mierda, no, no estoy bien, mierda, ¿cómo voy a estar bien? Mierda, puta mierda. —Se sentó en la acera mientras el resto de los conductores, sin incidencias, recuperaban la normalidad y movían sus coches. Se agarró la cabeza, el día iba a ser muy largo.

Llegó al Santiaguíño despeinada, desnortada, «des» tantas cosas que no sabría enumerarlas. Pidió una mil nueve y se sentó con sus compañeros. Se disculpó.

—Lo siento, la tenía en mis manos y otra vez se me escapó. —Costoya le sonrió y le puso una mano en el hombro.

—Lo importante es que estés bien. Los cogemos.

—¿Cómo está Portela? —Dudó al no verlo allí.

—Durmiendo la mona, lo tuvieron en el módulo de observación, la bala sólo le rozó así es que, en cuanto despierte, será de la partida, aunque con cabestrillo.

—Bien, porque creo que os voy a necesitar a todos y con todas vuestras virtudes para sacar esto adelante. —Alba, intervino.

—He visto el perfil de esa chica por la que me has preguntado, Marina Brion y, efectivamente, es una experta en Castelao, Rafa tiene razón, merecerá la pena consultarle, si tenemos que fiarnos de mi intuición habría al menos tres o cuatro lugares dónde buscar.

—De todos modos, comisaria, me da que pronto tendremos más noticias de Elite y el Guardián. Esto no va a quedar así. Demasiado difuso todo.

—El problema es que se han llevado a Rubio, al jefe de la Policía de Galicia y esta mañana me ha llamado su jefe, Urizar, y estaba muy nervioso. —Modesto dio en el clavo.

—Si supiera lo que nosotros sabemos lo estaría mucho más. Esto no va a acabar bien para ellos. Es como un castillo de naipes.

—Espero que nosotros no caigamos con ellos. —Paola, miró a Costoya preocupada.

—Nosotros hagamos lo nuestro, no pensemos en nada que no sea hacer justicia y coger a los malos y lo qué tenga que ser, será. Ni más ni menos. Si esta tiene que ser nuestra última misión dejaremos alto el pabellón. —Levantó la cerveza y brindaron. Estaría destrozada, desnortada, «des» tantas cosas, pero jamás se rendiría si se trataba de hacer aquello en lo que creía.

EL MENSAJE

«Rivus Angulus, Castellum Luna, Populus Maleductus est. Nullus theasurus pretiosior est quam filius».

Acababa de llegar en una carta a la jefatura. El remite muy claro con el logo de Elite y el matasellos de A Estrada. Estaban todos reunidos, incorporado Portela con el brazo en cabestrillo. Paola, le cedió la palabra y la traducción a Modesto.

—«Río anguloso, Castelo lúa, el pueblo está maldito. Ningún tesoro es máspreciado que un hijo» —se hizo un silencio raro que Paola cortó.

—Creo que la segunda parte la entendemos todos. Podría tener que ver con el crimen de Sanabria. El resto, necesito que os pongáis con ello, no tengo ni idea por dónde va, pero habrá algún castillo que se llame Luna y algún río que se llame anguloso. Empezad por lo obvio para llegar a lo enrevesado. —Miró a Costoya. —Tú te vienes conmigo a interrogar a Matías, nos llevamos el mensaje y a ver si nos suelta algo. Alba, busca leyendas en A Estrada, de castillos, de ríos, lo que sea. Vosotros tres, dedicaros a descifrar cada letra, os adelanto que en cuánto lo tenga claro, os mandaré de visita turística.

—¿Crees qué es del Guardián?

—Es su estilo, y su letra, no la de ellas ni huele a Annick Goutal. —Se la pasó por la nariz. —Huele a nada, a hombre madurito. Volvemos al principio. Hasta ahora si te das cuenta, Elite, ha jugado con dos cosas, los mensajes más o menos del estilo del Guardián, pero sin apenas tiempo para la resolución. Eso denotaba inseguridad, como si estuviesen haciendo algo que no sabían hacer, no se sentían cómodos. Sin embargo, al llegar Michel, le han dejado a él toda esa responsabilidad y lo hará como lo hizo en Breamo, saboreando cada tramo, cada hora, cada minuto. Sabe hacerlo y tendrá todo previsto. Ahora depende de nosotros.

—¿Y no deberíamos avisar arriba? —Paola, lo miró extrañada.

—Mira, Costoya, yo no sé lo que ellos saben. Lo que sabemos nosotros es por un video pirata. No voy a levantar la liebre sin tenerlo claro.

—Pero tienen a Rubio y le harán hablar. Y lo sabrán. ¿Y entonces qué?

—Lo que tenga que ser será, pero nosotros como si no supiéramos nada, al menos, oficialmente.

Subieron a dependencias policiales y pidieron ver a Matías. Esperaron en la sala de interrogatorios. Paola de pie, dando vueltas, Costoya sentado, dando vueltas también, pero a la mente. Lo vieron llegar con una sonrisa en la cara.

—Comisaria, qué alegría volver a verla. Pero la prefería de calle. —La ironía se dibujaba en aquel rostro seguro de sí mismo. Se sentaron. Costoya, empezó a grabar.

—¿Por qué secuestrasteis a Rubio? —La miró, después al suelo, al inspector y otra vez a ella. Contestó.

—Él fue el encubridor. Si hubiese hecho su trabajo nada de esto hubiera pasado. Y esas personas estarían entre rejas o al menos habrían cumplido su condena. Ahora lo harán.

—Tendréis que demostrarlo. No va a ser fácil. —Volvió a mirarla fijamente.

—Paola, ¿sabes lo que les pasa a las personas que acusan falsamente de un delito? Pongamos, por ejemplo, violencia de género. No hay presunción de inocencia, y sí, la mayoría son culpables, merecen cortárselos, pero a los que no lo son y los han acusado se les prohíbe vivir, su familia no les habla, los vecinos lo insultan, los apalean por la calle, son lo peor de la sociedad y pueden tardar años en demostrar que era mentira. Cuando ya nada tiene cura. Pues esto es lo mismo, cuando se conozca la verdad, esas personas quedarán marcadas y su vida tal y como la conocen hoy en día, se acabará y eso es lo mínimo que se merecen. Dará igual que lo nieguen o que las pruebas ya no sean creíbles. Siempre quedará la duda y la desconfianza es lo peor.

—¿Desde cuándo utilizabais la cárcel como vuestra central?

—Desde el principio prácticamente, no tenía vigilancia, los accesos eran sencillos, las vías de escape también, nadie se enteraba de nada y era lo mejor para preparar bien lo de Adormideras.

—O sea que a mí me tuvisteis en uno de sus calabozos.

—Sí, claro, en el mejor que teníamos. No como a Rubio que el rato que estuvo lo tiramos por allí en cualquier sitio. Por mí, lo hubiera matado allí mismo, pero el nuevo jefe... —lo dijo con segundas y eso no se le escapó a Paola. —Quiso terminar la historia cómo a él le gusta. Ya conoces su estilo, en el fondo es de tu familia.

—¿Tú no estabas de acuerdo con sus planes?

—No, creo que es un figurín, y que no lo necesitábamos, que estábamos muy bien sin él. Y mira, aquí nos tiene, a mí me han cogido, y si seguimos haciendo el tonto, caerán los demás, ¿a qué a él no lo pillan?

—Notó cierto desdén por el Guardián. —Costoya intentaba tirarle de la lengua.

—Obsesiones de Miranda, espero que no nos cuesten caro ahora que la gente nos sigue. —Los miró triunfal.

—¿A dónde se llevan a Rubio? —Siguió riendo, pero esta vez con sorna.

—Paola, querida, no estamos en el Patachin, no pienso confesarte nada y sinceramente no lo sé. La orden que tenía era dismantelar todo el operativo de La Torre y luego recibiríamos instrucciones. Pero cuando estábamos recogiendo, aparecieron sus compañeros y ya sabe lo que pasó.

—Tienes que saber cuál era el plan, estoy segura de que el lugar ya lo había escogido, Elite, de antemano, por alguna razón. —Se le acercó mucho, demasiado.

—Aunque lo supiera, no se lo contaría nunca. Son mis compañeros y será nuestra gran victoria.

—Matías, no se da cuenta de que si colabora le caerán muchos menos años de prisión. —Costoya buscaba la vena pragmática.

—No me importa, la verdad, y no los voy a traicionar ni que me prometa la libertad, sólo espero que no los cojan nunca. Aunque me temo que ya serán incapaces de acabar con el movimiento.

—En fin. —Paola cerró la carpeta y se levantó. —No creo que saquemos nada en claro de este hombre. Por cierto, tú también estabas mucho más guapo de calle que así. —Le sonrió. Costoya, la miró raro.

—¿A qué ha venido eso?

—Historias para no dormir, Costoya, no sabes lo que hace una para conseguir según qué cosas.

Abajo, el ambiente estaba revolucionado. Se les escuchaba a leguas. Cuando entraron siguieron con aquel intercambio. Ella los miró curiosa.

—Es que estamos intentando descifrar el mensaje y creemos, al menos, que por el Cousas de Castelao y este mensaje que, el pueblo, al que debemos dirigirnos es a Rianxo y no A Estrada.

—Rianxo, ¿por qué allí?

—Partamos de la base que Castelao era Rianxeiro, eso lo primero, en el Cousas muchos de los relatos, aunque sin nombres son de hechos cercanos a él y es de suponer que los pueblos también lo sean, pero sobre todo la referencia al Castelo lúa es lo que más nos inclina a pensar en ello. — Modesto, intervino.

—Ahora está en ruinas, pero en su momento fue un Castillo Templario y todos los de esta sala sabemos, lo que le gustan los Templarios al Guardián.

—Me parece perfecto, vosotros tres irs para allá, nosotros tenemos que hablar primero con Marina Brion y os seguiremos. Alba, necesito escuchar esa leyenda antes de que se vayan nuestros chicos, porque seguro que hay una ¿no?

—Efectivamente, Paola y es de las que tanto nos gustan, una leyenda triste:

Eran sus dueños los caballeros de la Orden del Temple, que lo habían edificado.

En una de las luchas que se solían originar entre los vecinos del feudo, fue hecha cautiva una joven doncella, de la más brillante sonrisa y el resplandor de los luceros y con más hechizos que las sirenas del mar que rizan con suspiros de amor las aguas ribereñas, quienes responden, a su vez, con murmullos que se desmayan en la playa. La hermosa doncella, era hija del señor feudal humillado con la derrota. En muy ventajosa situación, el templario esperaba sacar mayor provecho para sus dominios con el intercambio.

En la misma sección del castillo, iba mejorando de graves heridas, un apuesto caballero que, en la rota batida había puesto con mucho valor su pecho, primero en defender el honor de su señor vencido y luego, con desesperación, de enamorado de la doncella.

Correspondían, con esta en la prisión velando sus abatimientos y delirios, cuidando con desvelo sus heridas.

La resistencia y fortaleza del mancebo, junto con los mil cuidados de la doncella, le devolvieron el color de la vida y la esperanza de la libertad.

La condición de los prisioneros había conquistado la voluntad de uno de los templarios. En una de esas noches en que la luna y las nubes parecían asociarse con empeño de trazar contraste de luz y sombras y, sembrar caprichosos matices y reflejos en la ría rianxeira, guiados por el templario cómplice, salieron por uno de los pasadizos a la playa y tomando un pequeño bote que los esperaba, pusieron rumbo hacia la libertad.

Pero, en un instante se esfumaron las sombras y la luna recortó la oscura silueta del bote que se reflejaba en la playa. El centinela que los vio alertó con gritos a los defensores del castillo.

Presiente el peligro el joven caballero y procura amparar con su cuerpo a la doncella. Pero también el jefe templario que ve burlado su orgullo, dispone y ordena fiereza a sus ballesteros.

Y la fortuna, tan insensible y traidora como las pasiones, guio tres dardos mortales al pecho del valiente doncel. Fuese arqueando lentamente su cuerpo herido, y al tiempo que una ola mecía suavemente la embarcación, un crespón de sombra veló la luna. Simultáneamente un grito desgarrador, que la noche prolongaba, grito de enamorado dolor y de maldición a la vez, y la doncella se lanzó al mar en desesperado intento.

Al día siguiente posaron las ondas a orillas de la playa los cuerpos de los enamorados, abrazados, quizá con ese primer abrazo en el que los enamorados silencian sus palabras para que hablen y mejor comprendan los corazones.

Les dio sepultura el jefe templario al pie de una de las torres interiores del Castillo.

Y dice la leyenda que, desde entonces, todas las noches de luna, un haz de rayos se posaba y velaba con su luz la sepultura de los enamorados y que, al anunciarse el alba, enrojecía con siniestro fulgor los blasones que adornaban aquel castillo del Temple.

Cándido Alfonso González. Argentina (1958-1960)

El silencio se apoderó de la sala durante un buen rato. Aquella leyenda les devolvía a tiempos no muy lejanos y el que más o el que menos sentía algo especial en el corazón. Paola, lo rompió.

—Sin duda, muy de la honda del Guardián. Id a investigar, pero me da que es demasiado fácil para ser cierto. Si su idea es escenificarla, nos faltan piezas. Suerte, y si todo va bien, nos veremos por allí. —Miró a Alba. —Buen trabajo mi niña, pero sigue buscando, estoy segura de que hay mucho más detrás de esto. Tenemos que encontrarlo cueste lo que cueste. —Arrancó a Costoya de su ensoñación y salieron, necesitaba aire para respirar.

XXXI. MARINA

No habían quedado muy lejos de allí. Al final de San Andrés, había una pequeña cafetería que marcaba el inicio de la zona vieja de la ciudad, su nombre era Universal. Se sentaron dentro y pidieron dos cafés. La vieron llegar con ese inconfundible aire a mujer avanzada a su tiempo.

—¿Marina? —Paola, la asaltó. Ella sonrió abiertamente y les dio dos besos.

—Sí, soy yo. Usted debe ser...

—De tú, y soy Paola, y él es el inspector, Costoya. Siéntate con nosotros. —La cara de Marina reunía la curiosidad, la admiración y la felicidad.

—Bueno, no me has contado mucho por teléfono, lo primero ¿qué tal está Rafa?

—Mucho mejor la verdad, en una semana estará en casa, la infección se ha cortado así es que realmente está allí más por prevención que por otra cosa. —Hizo una pausa mientras el camarero les servía las consumiciones. —Él, nos comentó que eras especialista en todo lo relacionado a Castelao y sobre todo al Cousas.

—Sí, bueno, digamos que la tesis la basé en Cousas, y a partir de ahí, aparte de ser escritora y periodista, hice algunos estudios sobre su figura, sus obras. Se puede decir que sí, que soy una obsesa del gran Castelao.

—Pues nos viene de perlas, Marina. Verás, como sabrás estamos detrás del grupo Elite, el que está sembrando el caos durante estos días, y de su jefe, el Guardián.

—¿El Guardián..., su tío? ¿Pero no estaba encarcelado?

—Como bien dices, estaba. Digamos, que ha escapado aprovechando todo lo que está pasando.

—Tendréis que perdonarme, pero no veo mucho la tele y no me entero. ¿Y quién les ha dejado el mensaje sobre el Cousas?

—El propio Guardián en una de sus últimas cartas. Es ésta. —Se la pasó para que la leyera y viera la ilustración. No tardó en hacerlo. —Miró a Paola.

—Qué duro. Pero es demasiado generalizado ¿no? Realmente no concreta nada sobre el libro. —Paola, sacó una copia del último mensaje y se lo pasó.

—Quizás, con su último mensaje, podamos atar cabos. —La miró y la dejó estirada delante para seguir hojeándola mientras hablaba.

—Sin duda habla de Rianxo. Pero es que Cousas tiene muchos relatos de Rianxo.

—Supongo que lo dice por el Castelo lúa.

—Por eso y por la primera frase. Rivus Angulus. De ahí salió Rianxo. De la forma que hacía el río al entrar en el pueblo. —Costoya y Paola, se miraron sorprendidos.

—No habíamos caído, la verdad.

—Bueno, no es un dato común, sólo los lugareños lo saben. Del castelo lúa sólo quedan los restos, básicamente el emplazamiento, no sé si es una pista fiable o si sólo quiere dirigirlos allí.

—Pues lo está haciendo muy bien porque parte del equipo ya ha salido para allá. —Marina, seguía pensando.

—En cuanto a la segunda parte, la que dice que no hay mayor tesoro que un hijo, podríamos tener varias ideas. Tendría que revisar mis notas. —Paola, la interrumpió.

—Nosotros pensábamos que se refería a la historia de Sanabria, donde uno de los integrantes de Elite perdió a una hija en un atropello del que no se descubrió al culpable, precisamente, por la nefasta investigación de Rubio, la persona que está secuestrada ahora mismo. —Marina, volvió a quedarse pensativa, actualizando la información que acababa de ser descubierta. Era una mujer bella, morena, parecía que sólo supiera sonreír y con una voz cercana al ensimismamiento. Costoya, no podía dejar de mirarla. Paola, le dio una patada que le recordó viejos tiempos. Él, la miró con los ojos muy abiertos y una mueca de dolor.

—No conocía ese detalle. La verdad es que eso lo complica todo. Creo que sería buena idea que repasara mis notas y quizá así pueda ser de más ayuda.

—¿Puedo preguntarle una cosa, Marina? —Salió de su éxtasis para mirarla de lleno.

—Sí, por supuesto.

—Podría venirse con nosotros un par de días a Rianxo, por supuesto como un trabajo, le pagaríamos por sus servicios y correríamos con los gastos.

—En una misión policial, ¿quiere decir? —Se le alumbrió más la mirada.

—Algo así, pero sin peligro para usted, solo para asesorarnos y ayudarnos a dar con el escondite de estos bárbaros.

—Es lo más excitante que me han propuesto en estos años, así es que sólo puedo decirte que sí, claro que sí, sólo tendría que ir por casa a recoger mis cosas y avisar a mis padres. —Otra soltera, Costoya pensó que por qué no tendría diez años menos.

—Pues si quieres hacemos una cosa, danos tu dirección, nosotros vamos a nuestra casa, hacemos la maleta y te recogemos.

—Me parece ideal. —Le apuntó la dirección en una servilleta y se despidió de los dos, dejando un aura de felicidad en su partida. Paola miró a Costoya.

—Creo que esta chica...

—Sí, yo opino lo mismo, es un filón. Fíchala para el equipo, cuantos más mejor. —Paola, lo miró con aire pícaro.

—Es un poco joven para ti, pero de sueños también se vive. —Rieron. —De todas maneras, más nos vale sacar esto adelante para que haya un equipo que mantener. —Se apoyó en su hombro. —Acaba ese café anda y vamos a hacer la maleta, nos vamos a la tierra de Castelao.

XXXII. RIANXO

Sentados ante las ruinas de aquel castillo de leyenda, Modesto, Ana y Portela intentaban arrojar luz a la oscuridad. Era un día medio gris de septiembre y ante sus ojos un paraje espectacular, a un lado el río Tea y en su desembocadura la playa de la torre. Galicia, era mágica hasta para sus emplazamientos militares. Imaginaron el castillo, los templarios, aquella encarnizada batalla, a la doncella y el caballero y al suicidio de cruzar en un pequeño bote una ensenada con tiro franco por parte de los arqueros desde aquella torre que contaban había tenido no menos de veinticuatro metros. Modesto, había pasado de la euforia a la melancolía en apenas cuarenta y ocho horas.

—Ya no se ven cosas así. —Ana, lo miró, estaba raro.

—¿Cosas como qué?

—Que alguien dé la vida por otra persona, el amar hasta la muerte. Todas esas cosas. —Portela, también lo miró, aunque creía entenderlo un poco mejor.

—Los hombres tenéis una concepción del amor extraña. A mí no me hace falta que venga ningún caballero a salvarme, sé hacerlo sola.

—Ya, pero no me negarás que tiene su punto romántico.

—Sí, pero eran otros tiempos, empezaste diciendo que en la actualidad no pasan estas cosas y no, no pasan. Pasan otras.

—Cada vez importan menos los sentimientos. —Ana, volvió a mirarlo, deberían estar allí hablando de cómo descifrar aquel mensaje, pero parecían estar de turismo de solteros.

—A ver, Modesto, no sé qué mosca te picó, pero importan lo mismo que hace una semana, que hace dos días, que por cierto estabas eufórico. —La miró y vio ese sentimiento dibujado en su cara, no quiso meter el dedo en la llaga, aunque suponía por lo que podía ser. —El amor es muy traicionero. No siempre amamos a quien nos aman ni correspondemos a los que nos aman a nosotros. Hay gente con suerte que encuentra su media naranja y otros, como nosotros tres, que nos cuesta un mundo. —Los miró a los dos y les pasó el brazo por encima. —Tenemos una buena amistad y eso tampoco lo cambiaría por nada. —Portela, sonrió y asintió.

—Pues sí, yo llevo aguantando al pesado éste unos años y nunca deja de sorprenderme. —Se tiró encima de él pese a su brazo y casi acaban cayendo camino abajo. Ana, se reía a carcajadas. Por un momento se sintió como cuando tenía dieciocho años. Le gustaba estar con ellos. Volvieron a su posición natural, uno a cada lado de ella.

—Me gustan las chicas. —Los miró, mientras ellos miraban aquella desembocadura maravillosa y no supo apreciar qué sentían en ese momento.

—Lo imaginaba. —Dijo Modesto.

—Pues yo no, la verdad que ni se me había pasado por la cabeza. —La miró con cariño.

—Prefiero que lo sepáis. —Modesto, intervino.

—Yo estoy colado por Paola. —Ana, miró otra vez hacia él, que no había dejado de mirar al horizonte.

—¿Y quién no? —Rieron. —Es la persona con más energía a su alrededor que conozco.

—Pues yo reconozco que, al principio, en Iria Flavia si me pareció atractiva, pero al saber que aquí el compañero había quedado prendado de sus encantos nos ceñimos a la primera ley del amigo varón.

—¿Y esa es?

—Ayudarle en lo que sea necesario para conseguir su objetivo. Cuántas me han gustado y tener que apartarme para dejar paso a un amigo, es una ley no escrita.

—Y no sé hasta qué punto respetada. —Puntualizó, Ana.

—Hay mucha literatura y documentos gráficos al respecto.

—Pues yo estoy jodido, chicos. —Modesto, estaba de bajón total. Volvió a pasarle un brazo por el cuello.

—Una piedra saca otra piedra, ya sabes, en cuánto te centres en otro objetivo se te olvidará y quizá sea lo mejor, yo creo que Paola, ahora mismo, no puede tener una relación seria con nadie y a ti no te veo para andar de picos pardos. —Modesto, se acercó a ella. Sintió su calor y pensó en lo bonito que era tener a los amigos cerca en los malos momentos. No hacía mucho que se conocían, pero esa conexión, esa magia, esa complicidad sólo ocurría en tan pocas ocasiones en la vida que despreciarla sería un pecado capital.

—Deberíamos ponernos a trabajar un poco, Paola, está de camino y con el nuevo fichaje incluido así que habrá que darle una buena impresión.

—Pues yo sé un lugar en el que daríamos una impresión que te cagas. —Ana miró a Modesto no queriendo imaginar por dónde iban los tiros.

—En el bar de debajo del hostel, al que tendrán que llegar sí o sí, tienen mil novecientos seis y unas raciones de pulpo para chuparse los dedos y a ver, trabajar sí, pero con la bromita son las ocho de la tarde, yo ni comí y así no se puede pensar. —Portela levantó el culo, con una mano se lo sacudió y con ese gesto dio la anuencia a su gran amigo. Se pusieron camino del bar, posiblemente ese lugar dónde más avances habían hecho en cada investigación.

Estaban entrando en Rianxo, Marina, a la que se le veía nerviosa no había dejado de consultar sus notas en todo el viaje. Costoya, había intentado iniciar conversaciones con sus míticos chascarrillos, pero aquella mujer era dura. Paola, le echó un cable.

—No sé cómo eres capaz de leer en el coche, yo me mareo. —Marina, la miró por el retrovisor y sonrió.

—Son muchos años de tren, creo que ahí me acostumbré. Hice la carrera en Santiago, pero iba y venía todos los días, mis padres no se podían permitir una residencia, así es que al final ese tiempo perdido intentaba ganarlo.

—¿Qué estudiaste, Marina?

—Historia y bueno luego hice Documentación y, como os dije, acabé haciendo la tesis con un trabajo sobre el Cousas de Castelao.

—¿Y en qué trabajas normalmente?

—En realidad en nada. Colaboro aquí y allá. Voy sacando un poco de esos lugares que me dan para vivir y seguir formándome, hasta que me salga algo. También escribo en mis ratos libres. — Paola, la miró intrigada.

—¿Escribes, sí? ¿Has publicado algo?

—Estoy en ello, pero la cosa está difícil, y para todo en esta vida hace falta dinero. —Estaban aparcando cerca de la iglesia de la Virgen de Guadalupe. Eran las fiestas de Rianxo, en honor a la

virgen, había muchísima gente por todas partes. El hostel estaba a escasos metros. Salieron del coche y cogieron las maletas.

—El dinero siempre está presente, es junto al tiempo el valor artificial más querido y odiado por todos. En fin, vamos a ver dónde están nuestros compañeros y te los presento.

Ellos, veían la escena desde una posición privilegiada. Iban por la segunda ronda de mil novecientos y a punto de llegar el pulpo. Las caras de Modesto y Portela estaban sólo enmascaradas por aquellas gafas de sol. Los vieron acercarse, Paola, les hizo un gesto dejando la maleta en el suelo y poniendo los brazos en la cintura.

—Ves, Marina, así trabaja el departamento contra el crimen organizado más importante de Galicia. —La carcajada fue generalizada. Se los presentó a todos. Modesto se ofreció a subir las maletas con Costoya para que ellas pudieran tomar asiento. —Y bien, en el poco rato que lleváis aquí, cuál es vuestra impresión. —Portela, contestó.

—Todo muy bonito, Paola, precioso. Un pueblo de mar, buena gente, más no se puede pedir para nuestras vacaciones. —Rieron. Ana, acometió la sucesión de acontecimientos.

—Fuimos al Castelo lúa del que desgraciadamente quedan muy pocos vestigios, ruinas y casi nada en pie. Una pena. Parece ser que en una revuelta Irmandiña se lo cargaron y luego, algo a lo que ya estamos acostumbrados, nadie hizo lo suficiente para mantenerlo en pie.

—¿Creéis que pueden intentar algo allí?

—Es difícil de decir, el lugar está demasiado a la vista, no podrían esconderse, difícil para escapar, yo creo que sólo era un señuelo. —Paola, miró a Marina.

—Lo mismo nos ha dicho ella.

—Sí, tendría que estudiar el resto de los mensajes en otras circunstancias, pero en este caso es demasiado evidente y el lugar, desde luego, no es el más adecuado, para nada. Como le dije a Paola, la primera frase significa Rio Anguloso, y etimológicamente el nombre de Rianxo salió de ahí. En realidad, quiero pensar que sólo quería dirigiros aquí.

—Y aquí estamos. Pero si no es el Castelo lúa no sabemos ni por dónde empezar. De todos modos, lo tendremos vigilado. He hablado antes con Urizar, tenemos a nuestra disposición todos los recursos necesarios para encontrar a Rubio. Le he explicado que no estaría de más contar con Nuria ahora que la situación en Adormideras está controlada. Me ha dicho que intentará que esté aquí mañana. Os necesito a todos. —Marina, volvió a tomar la palabra.

—Me mosquea mucho la segunda parte del mensaje. Lo de ningún tesoro es máspreciado que un hijo da para muchas interpretaciones. Una de ellas, podría referirse al saqueo del Monasterio de Armenteira en Meis por parte de unos vecinos de Rianxo. Ese tesoro fue enterrado para luego repartirlo, pero de manera inexplicable todo el pueblo empezó a morir. Hay muchas teorías al respecto, pero una de ellas es la de una epidemia de peste. —Paola agudizó el oído.

—Podría ser nuestra historia.

—Podría y podría no serlo. En Cousas hay diferentes historias que podríamos encuadrar en temas de hijos, tesoros, incluso epidemias como en A Ponte Vella en el que se trata el tema de la lepra. No sé, Paola, en estos momentos es casi imposible dar una sola hipótesis.

—Pero no sería mala idea, mañana, darle una visita a ese Monasterio, ¿no os parece? Quizá no sea nada, pero saber su historia desde dentro nos puede servir de ayuda.

—Tienes razón, Ana, seguramente, sería una buena opción. Iréis hasta allí por la mañana y os llevaréis a Marina. Costoya y yo nos quedaremos por el pueblo y hablaremos con la comandancia, si están por aquí tiene que haber algo que nos lleve a ellos, de eso no tengo duda.

Por fin llegó el pulpo. Mientras ellos disfrutaban no sabían que en el pueblo nadie era ajeno a su presencia. Que las simpatías del Guardián y de Elite en lugares como aquel eran de mayoría

absoluta. Paola, notaba la desconfianza en la mirada de la gente, pero no quería ser paranoica. Recordó aquella sensación cuando salió de la mano del Guardián en la iglesia de Breamo y el sentimiento de pena por lo poco que se valoraba el trabajo de la policía. Siempre parecían el enemigo. Con la tercera cerveza se les pasó y dejaron el trabajo para el día siguiente. No contaban con que alguien, aún, seguía trabajando a más de cien kilómetros de distancia. Era Alba.

—Comisaria, buenas noches, tengo un detalle supongo que, con no poca importancia, la granja en la cual, Elite, tenía a los animales que sacrificaron en Sanabria pertenecía a Marcial Solares, el muerto en San Paio. —Paola, se quedó pensando.

—Curiosa coincidencia. Haz una cosa, Alba, cuando puedas, investiga si ese, Marcial Solares, contaba con alguna propiedad en Rianxo y alrededores. Creo que hay algo que se nos escapa.

—De acuerdo, jefa, en cuanto lo tenga le mando un mensaje.

—Perfecto, buen trabajo, Alba. —Colgó el teléfono y a pesar del puntillo de cerveza, pudo razonar que aquello no podía ser para nada una coincidencia. Nada era al azar, recordó. Miró el cartel de las fiestas y se dio cuenta de que esa noche habría un concierto de *rock* a escasos metros de donde estaban. No podían perderselo. Si ellos, también estaban allí, estaba segura de que no se lo iban a perder.

XXXIII. HEREDEIROS

Ana, Modesto y Paola. Era el trío policial que acudía con sus mejores galas a las fiestas de La Virgen de Guadalupe, patrona de Rianxo. El resto, cansados, novatos, viejos se quedaron en sus habitaciones. Paola, se encontraba ya en un punto de no retorno. Si seguía bebiendo podía aparecersele el papa que no lo iba a reconocer. Modesto, fue amortiguando sus cervezas. Estaban acodados en uno de los laterales del tradicional chiringuito, la zona vip para borrachos, vagos y maleantes. Al fondo, encima del escenario *rock*, con sabor plenamente autóctono, y que hacía que no pararan de mover los pies. Ana, sabía que aquel triangulo podía acabar fatal, por eso y no porque no le gustase la cerveza, prefirió cambiar a las bebidas refrescantes en cuanto tuvo ocasión. Se le acercaron varios chicos a los que siempre con educación rechazó, por su parte Modesto y Paola parecían una pareja, no se despegaban uno del otro. Pero llegó el plato fuerte de la noche. Los Heredeiros da Crus. Aquello era *rock* de altas miras. Fue empezar «Que jallo é» y Paola salió disparada todo lo que pudo hacia el escenario. No sin dificultades, Modesto la siguió, pero no paraba de moverse intentando llegar a la zona delantera. Por un momento, la perdió y empezó a ponerse nervioso. Ana, se dio cuenta de la situación y empezó a correr en dirección diagonal intentando buscar algún lugar por dónde salir en caso de problemas. Paola, no era consciente del peligro. Pese al alcohol, conservaba algo de lucidez. Intentaba sacar toda esa frustración que llevaba dentro y nada mejor que la música para hacerlo. La gente la cogía, la abrazaba, le sonreía. Entonces lo vio. Michel apareció con un vaso de tubo en la mano y la miró. Le hizo un gesto para que la siguiera. Pero iba demasiado rápido. Eso o estaba empezando a perder el control de su propio cuerpo. Le costaba un mundo. No pensaba en nada más que en seguirlo. Si él estaba allí, ellos estaban allí. Lo siguió por detrás del escenario hasta un pequeño callejón. Él, confirmaba visualmente que la seguía en cada esquina. Llegaron a una de las zonas del puerto. Bajaron unas escaleras. Le esperó. Volvió a sonreírle y le ayudó a montarse en una pequeña barca de remos. Soltó la cuerda y cogió el remo para tomar la dirección correcta. Empezó a remar. Ella lo miró, estaban frente a frente.

—Sabía que estarías aquí. —Él sonrió.

—Y yo que tú pensarías que estaría aquí, por eso vine. —Estaban ya alejados un poco de la costa camino de un pequeño yate.

—¿A dónde me llevas?

—A dónde nadie pueda vernos y a enseñarte algo. Luego volverás al concierto. Si quieres mándales un mensaje a tus amigos, diles que estás bien y qué no avisen a nadie si quieren volver a verte. Hazlo, por favor, y no me engañes. —Lo hizo, avisó a Modesto. Él la llamó, pero no contestó.

¿Engañarte? ¿Cómo tú hiciste conmigo? —Michel puso cara de circunstancias. Ya estaba amarrando la cuerda al yate. La invitó a subir por la escalerilla. Él la siguió. Subieron a bordo.

Había dos enmascarados más en la parte de proa. La invitó a entrar. Sonaban Andy y Lucas. *Tanto la quería.*

—Qué raro que no me obsequies con Julio.

—Él sólo está para las grandes ocasiones. —Bajó un poco el volumen y se sentó.

—¿Una cervecita? Para seguir el ritmo.

—No gracias. Miró alrededor. Así que aquí es dónde te hospedas.

—Digamos que estoy de ocupa. Lo hemos tomado prestado. Como casi todo.

—No os valía un barquito cualquiera, os vais a lo grande.

—Robamos a los ricos, Paola, y esto es lo que tienen los ricos.

—¿Para qué querías que te siguiera, si no era para entregarte?

—Necesito que veas algo. —Le puso el video en el que se veía a Rubio confesando el encubrimiento del crimen de Sanabria y los ocupantes de aquel siniestro coche. A Paola, no le cambió el rictus.

—No te sorprendes. ¿Lo esperabas?

—No, lo sabía, que es distinto y no me hizo falta torturarlo para conseguirlo como veo que tú hiciste. Soy policía no sé si te acuerdas. —Michel, sonrió.

—Lo sabías, pero no hiciste nada, ni parece que lo vayas a hacer.

—Lo supimos, más bien, de forma reciente y lógicamente, Rubio, era nuestro jefe, necesitábamos pruebas.

—Gracias a Elite las tenéis. Y Tendréis su confesión.

—¿Y después qué?

—Tendrán su merecido. —Lo miró con cara de no creérselo.

—¿Todos?

—Eso espero. Es lo que merecen. Bueno, digamos que dos ya han recibido un buen escarmiento, ¿no te parece?

—Y el tercero es el hombre más poderoso de Galicia, me intriga saber cómo pensáis meterle mano.

—Todo a su debido tiempo, comisaria. Debo felicitarte, en el fondo has sabido seguir las pistas hasta aquí. Hasta la tierra de Castelao. No era muy difícil. Deberás dar lo máximo de tu ingenio para encontrar, ahora, el final de la historia. Y espero que esta vez sea distinto.

—Yo también, aunque no sé por qué me temo que la victoria siempre cae de tu parte. —Se levantó y se dirigió a popa, le pidió que le acompañara. Se podían oír y ver los ecos de la fiesta a lo lejos.

—Míralos. La gente se divierte, es feliz. Todo esto que está pasando está liberando a mucha gente.

—¿Y se divertían antes?

—Sí, pero no eran libres, en el fondo estaban atados, aunque no lo creyesen.

—¿Y has venido tú a liberarlos? —La miró adulado.

—Yo sólo soy un jugador más en esta partida. Yo no reparto las cartas, ni siquiera organizo la timba, ahora sí, soy el dueño de la baraja y a lo mejor tengo las cartas marcadas.

—Pero eso es trampa.

—Más trampa es todo lo que nos llevan haciendo creer durante años. Destapamos un crimen que sacudió todos los cimientos eclesiásticos. Ahora, lo hemos hecho con los farmacéuticos y, por último, lo harán los políticos y la policía. Quedan algunos, pero caerán. Es un dominó Paola, y si caen unos caen los otros. Los cimientos de nuestra sociedad están podridos. De nosotros depende volver a construirlos de una manera decente, con la participación de todos, sin excluir a nadie.

—Vaya, ahora me vienes con el comunismo.

—No es comunismo, es la esencia del ser humano. Esencia que perdimos. Somos todos iguales. Y mientras no seamos conscientes de eso no avanzaremos. Tiene que contar lo mismo un hijo de un senegalés en su país que el hijo del presidente de los Estados Unidos. Son dos personas, de distinta raza y nacidas en distinta condición social pero iguales ante la muerte. La peste mataba a todos, sólo se salvaron los que consiguieron resistirla y pasarla en sus genes a sus herederos, pero era aleatorio. Como la muerte. Quiero que sí mañana ese senegalés tiene un cáncer tenga las mismas posibilidades de cura que el hijo del presidente de los Estados Unidos. Por desgracia, estamos muy lejos de eso.

—Todo lo que dices es muy bonito a la par que utópico. Palabras que comen el coco, pero no tienen base científica.

—¿Estás segura qué piensas eso? Déjame dudarle. Sabes tan bien como yo que individuos como Marcial Solares, maltratador, pederasta, proxeneta, embaucador, asesino, no merecía vivir y sin embargo era la mano derecha del gobierno. Entraba y salía cuándo y cómo quería. Un despojo de la sociedad. Pero crees que somos peores los que matamos a los que lo merecen. No Paola, sabes que no. — Aquella afirmación quedó resonando en su cabeza ya cansada entre tanto alcohol, agotamiento y tensión. Seguramente sabía que no. Seguramente tendrían razón. Pero la vida, a veces, te pone en situaciones incómodas.

—¿Cuándo?

—Eso tendrás que descubrirlo, como siempre, sólo te diré que no será hoy. Queremos seguir disfrutando de la fiesta. No estaría bien enturbiarla con nada.

—No lo mates, Michel, quizás no merezca nada bueno, pero tampoco la muerte.

—Eso no te lo voy a decir, te vas a quedar con las ganas. —Se levantó y se dirigió hacia la escalerilla. —Es hora de volver, ya están con los bises y quiero que termines bien la noche. —Le precedió y subió al bote otra vez. Hicieron el recorrido a la inversa. Antes de subirse a las escaleras, él la cogió de la mano.

—Paola, piénsalo, ven con nosotros, contigo seríamos invencibles. —Lo miró a los ojos y sintió un dolor profundo, como si estuviese haciendo algo que en realidad no quería hacer. Le soltó la mano muy despacio, sin dejar de mirarlo y se dio la vuelta. Corrió escaleras arriba y hacia la fiesta. Aún sonaban los acordes de *O fillo de José*, el concierto estaba a punto de terminar. Buscó a Ana y Modesto con la mirada. Los encontró donde los había dejado, en el bar. La abrazaron, sobre todo, Ana. Les contó lo que había pasado. Decidieron beberse la última y dejar que todo acabara para llegar a tuestas al hostel. Pensó que algo estaba cambiando en su corazón, pero no quiso dejarse llevar, no sería el último día de su vida, o quizás sí. Le daba igual.

XXXIV. LA LEYENDA DE ERO Y EL PAXARIÑO DÍA OCHO

El despertador le sacó de su mezcla de resaca y sueño profundo. Eran las ocho de la mañana. Tocaba levantarse. Noches alegres, mañanas tristes. Se dio una ducha rápida, se vistió y al meter la mano en el bolsillo de la chaqueta se dio cuenta que tenía un papel en su interior. Lo sacó. No recordaba que nadie lo hubiera puesto allí. Le costó leerlo. Era una especie de gallego portugués, no sabría identificar su autor, la verdad es que no tenía ni idea, pero seguro que alguno de los eruditos que la esperaban llenando el bandullo allí abajo, sí lo sabían.

—Buenos días, chicos. —Los miró. —Me han dejado un mensaje. —Les pasó el papel y Modesto empezó a leerlo:

«Esta é como Santa María fez estar ao monge trezentos anos aco canto da passarya, porque ili pedia que ili mostrasse qual era o ben que avían os que era en paraíso».

Marina se puso a rebuscar en sus notas, consultó el móvil y tomó la palabra.

—Vale, se trata de la Cantiga CIII de Alfonso X el Sabio «O monxe e a paxariña». Se trata de una analogía musical en el que los siglos pasan en un instante, es una leyenda situada, supongo que ya lo imaginabais, en el Monasterio de Armenteira.

—Alguien, supongo que el Guardián lo dejó deliberadamente en mi bolsillo ayer por la noche. Llamaré a Alba para que nos dé los datos sobre esta leyenda.

—Lo que no entiendo es por qué vuelve a darnos pistas sobre el Monasterio.

—Está claro que quiere que entendamos algo que no debe estar tan claro. Tendremos que fijarnos en los detalles y, sobre todo, en la leyenda. —Ana, intentaba poner luz. Marina, seguía consultando sus notas. Modesto, en off. Costoya, enamorado. Portela, con su brazo en cabestrillo. Paola, al teléfono.

—Vale, chicos, voy a ponerlo en manos libres. Adelante Alba, te escuchamos:

«Ero de Armenteira fue un noble gallego del siglo XII, una noche tuvo un sueño en el que la virgen les decía a él y a su mujer que fundasen un monasterio, para así tener descendencia espiritual, ya que no la tenían terrenal. Así que Ero decidió transformar su pazo en el Monasterio de Santa María de Armenteira, convirtiéndose en su Abad.

Durante su larga estancia en el monasterio el abad se preguntaba, a menudo, cómo sería el paraíso, rogándole encarecidamente a la virgen que le dejara verlo. Así pues, un día, paseando por las fragas próximas al monasterio, Ero quedó cautivo por el cantar de un pajarito, y se sentó bajo un árbol a contemplarlo. En este estado pasó trescientos años. Al regresar al monasterio preguntó por los monjes y nadie sabía contestarle, entendió lo que había pasado y murió en ese instante a los pies de los nuevos monjes del monasterio».

—¿De dónde saca todas esas leyendas el hombre este? —Costoya, preguntaba mientras engullía unos riquísimos churros con chocolate.

—Desde luego, tiene un catálogo enorme. Tendrá un leypendopedia o algo así. —A Modesto, parecía que aún le hacían efecto las cervezas de ayer.

—Gracias, Alba, intenta buscar todas las referencias en la red sobre esta leyenda. ¿Tienes algo sobre lo que hablamos ayer, las posesiones de nuestro difunto Marcial?

—Sí, jefa, ahora te lo mando al móvil.

—Gracias por todo, no pierdes el humor a pesar de que no te traemos de vacaciones.

—Créeme cuando te digo que estoy mucho mejor aquí. —Colgó. Paola los miró, sobre todo a Marina.

—Es la primera vez para mí, pero me da la impresión de que nos quiere despistar más que guiar, por un lado, el castelo lúa, las leyendas de Castelaio y por otra el Monasterio de Armenteira. La única relación entre Cousas y éste último, es el robo que os conté ayer pero ahora, nos presenta esta leyenda del monje y el pajarito hablándonos de la vida eterna, del paso del tiempo, la verdad es que descifrar lo que quiere decir me está costando.

—No desesperes, lo que vamos a hacer es lo que teníamos previsto. Modesto, Portela, Ana y Marina os vais al monasterio, os entrevistáis con el Abad, la monja superiora o quién mande allí y visitáis esas Fragas por las que paseó el monje. No dejéis nada sin revisar. Nosotros en cuánto nos llegue el informe de Alba, lo revisaremos y hablaremos con las autoridades de Rianxo, necesitamos toda la ayuda e información posible. Venga, cojito, deja de engullir que tenemos faena. —Costoya se limpió la boca con una servilleta, se levantó como pudo, se cuadró ante la comisaria e intentó seguirla. No había como la adrenalina para superar una resaca. —Nos vemos por la tarde, chicos. Si encontráis algo la doctora Fraga llegará durante la mañana, no dudéis en avisarle. Gracias.

Salieron a la Plaza de Castelaio. El cielo amenazaba lluvia. No se había traído ropa de invierno, no la tenía, pero hoy no era el día. Estaba esperando ansiosa el ataque de Costoya a la yugular mientras se dirigían a la sede de la policía local que estaba en la misma plaza, a escasos metros de ellos.

—¿Me vas a contar lo que te pasó ayer? —La miró, mientras subían las escaleras de la plaza. —Paola, resopló, lo miró y contestó. Bajó un escalón y se puso a su altura.

—Bebimos demasiado. El caso es que sabía que él estaba allí, observándonos, así que me convertí en presa fácil, me metí en el concierto, despisté a los compis y al cabo de un rato, de dejarme ver, apareció. Me llevó a un yate y allí tuvimos una pequeña charla. Me enseñó un video de Rubio confesando todo lo confesable y luego, supongo que antes de despedirnos, me metió eso en el bolsillo.

—Sabes que hiciste una temeridad, ¿verdad? —Se encogió de hombros.

—Tuve que hacerlo, Costoya, tenía esa necesidad.

—Ese hombre, tiene un extraño poder en ti. Ya lo hizo en Breamo, ahora otra vez, cada vez que está cerca te tambaleas, ¿no te das cuenta?

—¿Y qué puedo hacer? Todo cambió desde que supe que era mi tío. Reconozco que me cuesta ser dueña de mis actos, pero lo superaré.

—¿No te dijo nada interesante? —Negó con la cabeza.

—Aparte de la perorata de todos los de su organización y el bien del mundo, nada. Bonita charla si fuera con un amigo de cañas y no con un prófugo.

—¿Avisaste a Urizar?

—Sí, claro, esta mañana mientras dormíamos la mona han peinado toda la zona portuaria, han revisado todos los yates y por supuesto, no han encontrado nada. Como siempre, se ha evaporado. Todo lo tenía previsto, Costoya. Es inútil hacer según qué cosas, sólo sirve para perder tiempo y recursos. Es algo que he aprendido en esta investigación. Y a mí eso de hacer las cosas por qué sí, por el protocolo, sabes que no me gustan.

—Pero mientras dependamos de superiores es lo que hay, Paola, no te la juegues con eso.

—Descuida, no lo haré. —Le dio una palmada en la espalda y subieron las escaleras. Aunque llevaban medio día en Rianxo había llegado la hora de presentarse.

XXXV. MONASTERIO DE ARMENTEIRA

Cuarenta minutos después, Ana, Marina, Modesto y Portela estaban en Meis, en el Monasterio de Santa María de Armenteira. No tenían cita, Modesto, pensaba que no sería un problema teniendo en cuenta que aquellas monjas cistercienses se dedicaban a la vida contemplativa. Por si acaso, Ana, prefirió llevar la voz cantante. Era consciente del carácter inestable del inspector y después le acompañaban un animal de campo y una novata, tenía que tirar de sus galones. Les recibió una monja a la que le enseñaron las placas y les hizo pasar a un recibidor en forma de rectángulo con suelo y paredes, totalmente, de piedra. Casi cinco minutos después apareció la que parecía la madre superiora. Con una sonrisa inamovible en su rostro los recibió y les hizo pasar a otra sala, un poco más pequeña, pero con asientos para todos. Les ofreció de beber, lo que rechazaron amablemente. Se hacía llamar madre Salvadora.

Ustedes dirán, ¿qué les trae por el monasterio? —Ana, tomó la palabra.

—Verá, no sé si está al tanto de las noticias, pero tenemos un grupo de asesinos sueltos, de nombre Elite y que, desgraciadamente, nos ha dado una serie de pistas en las que pretenden ajusticiar a la última persona que han secuestrado que, curiosamente, es nuestro jefe, el jefe de la Policía de Galicia.

—Dios mío, qué horror. Lo que no entiendo es qué tiene que ver el monasterio en todo esto.

—Nosotros tampoco y pensamos que quizá usted podría darnos algo de luz. Mire, estas son las pistas que nos han ido dejando. —Le enseñó en primer lugar la portada del Cousas, después el mensaje en latín y finalmente la cantiga de Alfonso X el Sabio. Mientras se sentaba y pensaba, Ana, creyó que sería buena idea dividirse.

—¿Permitiría a mis compañeros una visita a los jardines y las fragas donde se produjo la cantiga? —Se levantó como un resorte y activó una campanilla. En menos de cinco segundos otra monja se presentó en la estancia.

—Sor Rebeca los acompañará, las fragas son muy grandes. Llévalos a la zona de la leyenda de Ero y el pajarillo. —La hermana, asintió sin hablar y ellos lo siguieron. Le hizo un gesto a Marina para que se quedara con ella.

—No todo el mundo conoce estas leyendas, inspectora. En el libro de Castelao, supongo lo conocen, hay una mención al robo por parte de unos rianxeiros del tesoro que aquí se guardaba. Incluso, cuentan que llegaron a matar al Abad que regentaba, pero claro son leyendas. Luego vino la maldición. Pero la cantiga hace referencia, claramente, a Armenteira. —Se quedó pensativa.

—¿No ha visto nada raro, últimamente, por aquí? ¿Ha entrado algún hombre? —Se rio.

—Efectivamente, los hombres son una especie rara por aquí y si, alguno viene, sobre todo, si tenemos alguna avería, pero no es lo normal. El jardinero es un hombre, el cura también lo es. No sé qué decirle. Desde luego, nada fuera de lo normal.

—Muchísimas gracias por su tiempo, madre Salvadora. Le dejo nuestro teléfono, cualquier cosa rara que encuentre, por tonta que sea, háganoslo saber. La vida de nuestro jefe pende de un hilo.

—Así lo haré, hijas, no lo duden. Que Dios les ampare.

Salieron en busca de Modesto y Portela y recorrieron aquellos parajes de cuento en los que, en su día, Alfonso X el Sabio había inspirado una de sus cantigas. Visto así, no parecía ser el lugar destinado a nada que no fuera la paz.

XXXVI. CINTAS DE VIDEO

Nuria llegó con su equipo cuando salían de la sede de la policía local. Allí habían conocido al jefe Pondal, todo un personaje. Les había dejado claro que el ambiente estaba, totalmente, contaminado por la gente de Elite, nadie sabía quiénes eran, pero todos tenían claro que estaban. Prometió prestarles toda la ayuda que necesitaran. Lo primero que hizo, Paola, fue darle la lista de patrimonio de Marcial Solares, en el municipio de Rianxo. Necesitaban una orden para registrar todas aquellas propiedades, y ayuda también. Le dijo que la llamaría. Y se fueron. La doctora Fraga, la abrazó con fuerza, habían sido días duros, rodeados de una plaga que podía haber sido mortal.

—¿Cómo está la cosa por Adormideras?

—Digamos que, controlada, comisaria. Los antídotos administrados, las ratas retiradas y en principio contamos con que las pulgas hayan muerto, al menos, en un noventa por ciento. Aun así, a los seis mil, les esperan al menos diez días de observación. Cuando esos días pasen, podríamos decir que la epidemia estaría totalmente bajo control.

—Buen trabajo, doctora, era una situación muy difícil.

—Damos gracias a que esa señora confesó rápido. Por aquí ¿cómo están las cosas?

—Pues, a la espera de la comitiva que mandamos al monasterio de Armenteira, si quieres instálate y nos vemos abajo, supongo que ellos no tardarán en llegar.

Cuando estaban ya reunidos en la terraza de aquel bar que hacía las veces de pequeño Santiaguíño, Alba, la llamó.

—Comisaria, tiene que ver esto, acaba de empezar a circular por Internet, en nada estará en todas las televisiones. Se lo mandó.

—Gracias, Alba. —Les hizo una señal para que se acercaran. Era una grabación de video. En ella se veía, en un primer plano, a Rubio que era el que hacía la confesión. Tenía muy mala cara, y unas ojeras enormes. Fatigado, comenzó a hablar.

«En el año mil novecientos noventa y cinco, estando destinado en Puebla de Sanabria, ocurrió un accidente... algo terrible. Una niña de doce años murió y su hermano mellizo quedó malherido. De lo que recordaba el hermano y, con la ayuda de algunas personas del pueblo, que habían visto el coche de alta gama en los minutos previos al accidente pudimos localizarlo. El problema es que el coche lo conducía una persona con mucha influencia ya en aquel momento llamado, Marcial Solares, venían de una reunión de juventudes de un grupo político, una confraternización cerca del lago de Sanabria y en su interior viajaban también Eva Porro y Gilberto Frijol, el actual presidente de la Xunta. Aunque, este último, insistió en quedarse a ayudar a las víctimas tanto Matías como Eva Porro lo obligaron a dejar la escena del crimen y llamar para avisar en la siguiente cabina. Y lo hicieron. A partir de aquí, ya podéis imaginar, tanto Eva Porro como el presidente tuvieron que conceder a Marcial Solares, plenos poderes

para que no descubriera su secreto y, a todos los que lo encubrimos, nos sirvió para avanzar en el escalafón. Tráfico de influencias, como queráis llamarlo. Me arrepiento, claro que sí, pero era muy joven y estaba muy presionado. Aun así, no olvido la cara de María, la madre, mientras enterraban a su hija y nosotros nos enterábamos quienes eran los ocupantes del vehículo. Nadie podría decir que llegarían a dónde llegaron, pero lo que está claro es que sí yo hubiese hecho mi trabajo, serían condenados y nunca podrían haber ocupado un cargo público. Me siento responsable por ello».

La cámara se movió hacia la izquierda y pudieron ver allí una figura conocida por todos. Era el Guardián. Tomó la palabra.

«Estos son los enemigos de Elite, y pagarán por lo que le hicieron a esa pobre familia. La justicia es por y para todos, no importa raza, sexo ni religión. Ojo por ojo, diente por diente. Será al amparo del amancebamiento de Pedro y Sabela y su gran creador. Esta vez no habrá perdón para los malos».

El video terminaba con el logotipo de Elite. Volvieron a verlo de nuevo, intentando descifrar cada detalle. Marina, no paraba de tomar apuntes. El teléfono de Paola empezó a sonar. Era Urizar.

—¿Paola? ¿Ha visto el mensaje?

—Sí, señor, lo estamos analizando en estos momentos.

—Dediquen todos sus esfuerzos a encontrar a Rubio. Me acaba de llamar el presidente. No sé cómo va a terminar esto, pero nos va a costar muy caro a todos como siga así.

—Lo entiendo, jefe.

—Tienen a su disposición a toda la caballería, para lo que necesiten. Es prioridad, absoluta, de este gobierno dar con esos locos. Hagan todo lo que esté en sus manos. —Paola, volvió a la mesa con cara de pocos amigos.

—Tenéis alguna idea de dónde pueden estar, alguna pista... — Modesto, tomó la palabra.

—Parece el bajo, típico, de una casa gallega. Y lo digo por esto... —Paró la imagen y pudieron verse reflejados por los rayos del sol una especie de marcas rectangulares, simétricamente, colocadas. —Son ladrillos discontinuos, en muchas casas gallegas se dejaban así los garajes, los bajos, para que entrara la luz, supongo. Es fácil distinguirlas porque no suelen estar recebadas ni pintadas sino con el mítico ladrillo rojo en capas discontinuas. Y, por otro lado, la grabación tiene que ser de ayer. —Señaló el cielo encapotado.

—Buena observación, Modesto. Es la misma grabación que vi ayer en el yate de Elite, así que efectivamente, es de ayer. Tenemos claro que están en un bajo de una casa. Creo que habrá que insistir a Pondal con lo de los registros de las propiedades de Marcial. Como suponía una de ellas es un yate muy similar al que estuve anoche. Llamaré a Urizar y que lo acelere. No se me ocurre otro lugar dónde buscar ahora. Hay mil casas como esa en estos pueblos. —Mientras, Paola estaba al teléfono, Ana y Marina, intentaban descifrar la información que les había dado El Guardián.

—Tiene que haber algo en esa frase «Será al amparo del amancebamiento de Pedro y Sabela y su gran creador». Algo que, me temo, nos dirá cuándo. —Ana, movió afirmativamente la cabeza.

—Eso parece, más que un lugar parece un momento. Vete tú a saber qué tipo de momento.

—Por lo que veo del caso, desde que el Guardián se ha hecho cargo de los mensajes ha ido dejando de lado la idea de los primeros cuadros y volviendo a influjos más literarios y de leyendas. Tiene que ser algo así lo que nos lleve a la solución. —Paola, volvió con cara de satisfacción.

—Bien, en cuánto tengamos el okey procederemos al registro. Vienen para acá varias patrullas y tendremos el apoyo de la policía local, sólo falta que el juez nos dé la orden. Descansad un rato, y seguid dándole vueltas a todo, a lo de Armenteira, a lo del Cousas de Castelao, a la leyenda del monje, a la del Castelo lúa y a lo que nos deja el Guardián. En todo eso está la clave para resolver este caso. Yo necesito dar un paseo. —Modesto, se levantó raudo. —Sola, por favor, estaré bien.

—Paola, no creo que sea buena idea... —Costoya, no quería dejarla sola.

—Es lo que necesito y vosotros, por favor, seguid exprimiendo esos cerebros, en cuánto tengamos algo os llamo y salimos para allá. —Empezó a andar, esperando que la obedeciesen. Sabía que no le harían daño y en estos momentos no les servía de nada. Se decidió a subir andando hasta el Castelo lúa. Dejó atrás la Plaza de Castelao, y en el cruce con Rosalía de Castro torció a la izquierda para volver a dar al mar y a aquel paseo marítimo precioso. Volvió a ver las barcas de madera y el puerto, y así siguió andando hasta la playa de Rinlo. Allí echó un buen rato. No había mucha gente con aquel día casi otoñal, pero los envidió por poder hacer lo que les daba la gana y no importarles para nada ni el Guardián, ni Marcial Solares, ni siquiera el presidente. Pensó que era una pena no haberse traído el bañador para darse un chapuzón. Siguió adelante y pasó por delante de la conservera, llegando a la Aldea Pazo y a las ruinas de lo que habría sido en su día un castillo imponente. A la derecha, la playa de la Torre. Detrás, el río Tea. A la izquierda, Rianxo. En conjunto: A punta do Pazo.

Era un espectáculo para los sentidos. Se sintió insignificante ante tal maravilla de la naturaleza. Se centró y pensó lo que sería programar una gran operación en aquel lugar. Era un suicidio, prácticamente no tendrían escapatoria, pero no era imposible para él, ni para Elite. Se sentó, donde hacía pocas horas Ana, Modesto y Portela se habían confesado. Ella no lo necesitaba. Era la jefa, la que mandaba, la que tenía que ponerse seria en ocasiones. La que tenía que tomar las decisiones. Demasiada presión sobre sus hombros. Se asomó al borde. Imaginó la escena, la doncella, el caballero. Entonces se dio cuenta. En aquel cuento faltaba alguien. Y eso nunca pasaba en las leyendas del Guardián. Corrió hacia el pueblo como alma que lleva el diablo.

XXXVII. LA DONCELLA

Salieron a toda velocidad y con la sirena puesta rumbo a Armenteira. Tenía que haber dejado una patrulla allí por si acaso, había sido un error. Una doncella, ¿cómo no había caído antes? ¿Dónde iban a encontrar una doncella mejor que un convento de monjas? Rezó para llegar a tiempo y no tener que lamentarse de nuevo. El móvil de Ana sonó, ella torció el gesto. Contestó.

—Sí, dígame..., tranquila madre cuénteme... ¡Mierda! Disculpe madre..., estamos de camino... Sí, gracias. Hasta ahora. —Colgó el teléfono. Dijo lo que todos intuían. —Era la madre Salvadora. Se han llevado a una chica. —Paola, le dio un golpe al salpicadero.

—¡Joder, joder, joder! —Aceleró. Costoya, la miró.

—Paola, ya no podemos hacer nada, pero queremos llegar vivos. —Lo miró con cara de asesina y deceleró. Él, le pasó una mano por el brazo. Cogió el teléfono y llamó a Nuria para que se viniera, aunque estaba bastante seguro de que no habría mucho que investigar.

Llegaron al Monasterio. Una gran concentración de monjas esperaba fuera, delante de la puerta de entrada. Paola, no pudo dejar de asombrarse ante la majestuosidad de aquel lugar a pesar de las circunstancias. Ana, la presentó.

—Esta es la comisaria Gómez y ella, es la madre Salvadora. —Dijo, mirándolas a ambas.

—¿Qué ha ocurrido, madre? —Estaba nerviosísima, pero no parecía herida.

—Vinieron hace no más de media hora, entraron por la fuerza, eran tres y llevaban una horrible máscara con forma de pájaro, vestían de negro... —La interrumpió.

—Eran de Elite. —Paola, se mordió el labio.

—La compañera de la puerta les abrió y le obligaron a estar en silencio. Iban armados y preguntaron por ella. No nos enteramos de nada. Fueron al jardín donde las chicas paseaban, yo escuché un alboroto, pero cuando bajé, ya se la habían llevado.

—¿Quién era la chica? —Notó que la Madre Salvadora se ponía muy nerviosa. Le caían las lágrimas.

—Tranquila, madre, necesitamos saberlo para avisar a su familia. —La madre levantó la cabeza llena de lágrimas y la miró.

—Era la sobrina del presidente.

—¿Cómo? ¿La sobrina de quién? —Paola, se llevó las manos a la cabeza.

—La hija del hermano del presidente Frijol. —No era capaz de dejar de llorar.

—¡Dios! ¿Pero por qué no se los dijo cuando vinieron mis compañeros?

—No pensé que fuera importante y nadie sabía que ella estaba aquí, esa fue la condición de su ingreso. No podía decirlo.

—¿Y ellos cómo se enteraron? Es que no me lo puedo creer. —Ana, intervino.

—Seguramente, Marcial se lo dijo. Era amigo íntimo de la familia, me extraña que no lo supiera.

—Esto lo complica todo. Madre, por favor, llévenos a la habitación de la chica. —Ella seguía llorando, al igual que algunas de sus compañeras. —Vosotros chicos registrar y acordonar la escena, interrogad al resto de monjas, a ver si alguien recuerda el vehículo en el que se la llevaron, la matrícula, la voz, algo característico. Ana, tú sube conmigo.

Subieron al piso superior acompañados de la Madre Salvadora que no dejó de lamentarse en todo el camino. Llegaron a la habitación. Había tres camas, la suya era la de la derecha. No quiso tocar nada hasta que llegara Nuria. No había nada raro para una joven doncella pasada a monja.

—Estábamos a punto de llamar a la comida. Ese rato las monjas descansan, pasean, tienen tiempo libre.

—¿Diría usted que los asaltantes sabían que a esa hora las chicas estarían en las habitaciones o dando un paseo por las Fragas?

—Sí, normalmente lo que hacen es trabajar, orar y tienen unos ratos determinados para ellas mismas, para meditar, pasear o quedarse aquí. Suele coincidir con las horas previas a la comida. —Paola, la miró.

—¿Había notado algo raro en la chica durante estos últimos días?

—En absoluto, Sabela era muy retraída, ni siquiera hablaba mucho con sus compañeras.

—¿Sabela, en serio? —Paola, miró al techo buscando el cielo. Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir los de la Madre Salvador estaban fijos en ella.

—¿Está bien, comisaria? Le puso la mano en el brazo y notó una energía especial. Le cogió con las defensas bajas. Se le humedecieron los ojos. Pero resistió. No podía contarle a cualquiera lo que le pasaba.

—Sí, madre, muchas gracias. Tendremos que precintar esta habitación, en unos minutos llegarán mis compañeros para analizarla, por favor, no deje que entre nadie aquí, es importante.

—Descuide. Y encuentren a esa chica. Era una de las nuestras.

—¿Tiene su expediente?

—Sí, ahora mismo se lo bajo, lo tengo en el despacho. Vayan ustedes, en seguida las alcanzo. —Ana y Paola bajaron despacio, pensando.

—Paola, te diste cuenta de que el Guardián nos dio los nombres.

—Sí, y lo peor es que estamos aquí siete personas y ninguna se nos ocurrió pensar en eso. Pedro Rubio y Sabela. La doncella y el caballero. —A Ana le salió la risa floja.

—Perdona, Paola, pero es que llamarle a Rubio caballero es mucho llamar. —Paola, rio también.

—Sí, creo que ahí es más bien una metáfora que un símil. Pero en el de ella, ni se nos ocurrió.

—Esto si va a trascender. —Paola, la miró y se paró en las escaleras.

—¿Me quieres decir que lo del presidente, no? No hemos tenido tiempo a considerarlo, pero es un golpe para la democracia. Quieren demostrarnos que las personas que nos dirigen han llegado ahí después de acciones viles y que no lo merecen. Se están saliendo con la suya.

—Pero ¿qué ganan ahora con lo de Rubio y Sabela?

—Venganza, orgullo, y cumplir su palabra, supongo.

—La chica no tiene culpa ninguna.

—No, pero ya lo escuchaste, ojo por ojo y diente por diente. Tampoco tenía ninguna culpa aquella chiquilla que murió atropellada.

—No podemos llegar a eso. Sería el fin de la humanidad.

—Es una locura, pero a los locos, explicárselo es absurdo. —Volvieron a avanzar camino de la planta baja. Nuria, acababa de llegar con su equipo.

—Bienvenida, doctora. La habitación está precintada. Es toda vuestra. La parte exterior es donde se produjo el secuestro, los chicos ya la han debido precintar también.

—Gracias, Paola. Luego tendremos que subir a Santiago para analizar lo que encontremos, con lo que sea te llamo.

—Muy bien, Nuria, sea lo que sea hazlo —se dirigió a Costoya y al resto que ya habían interrogado a las monjas.

—Era una furgoneta blanca, ya han dejado atrás la cantosa del equipo A, o eso parece. Todas coinciden en que parecían tres mujeres. No eran bruscas, no hicieron daño a nadie. Sólo amenazaron a la que estaba en la puerta, para que no avisara. Las otras dos salieron al jardín, la encontraron sentada bajo un árbol y se la llevaron.

—Bajo un árbol, ¿cómo la cantiga?

—Dicen que solía ir allí a leer y meditar. Es una chica muy tímida y no se relacionaba con nadie. Ninguna de sus compañeras sabe que es la hija del hermano de Frijol. Se acaban de enterar.

—Pero ellos sí lo sabían. Lo saben todo. —La madre Salvadora bajó con el informe.

—Gracias, madre. Dejaremos una patrulla en la zona por si acaso, para que estén tranquilas. —Costoya, le entregó un libro. Eran los Pazos de Ulloa de Emilia Pardo Bazán. Ella lo miró. Marina, se incorporó a la escena.

—El amancebamiento de Pedro y Sabela. La historia de los Pazos de Ulloa. Es como uno de estos jeroglíficos en los que uniendo los puntos construyes una figura. Así funciona la mente del Guardián. Él sabe cuál es la figura y nos da puntos saltados de la escena que siempre unimos tarde. —Paola, la miró, tenía toda la puta razón. Tarde, siempre tarde.

XXXVIII. O PAZO DOS ULLOA

Abatidos. Derrotados. Descansaban como podían en el pequeño Santiaguíño. Todos menos Paola que no paraba de recorrer la Plaza de Castelao de un lado al otro como buscando respuestas. Y recibiendo llamadas. Innumerables. De Urizar. Del jefe de Urizar. Del presidente. De su madre, también de ella. En cuanto pudo volvió para sentarse con su equipo, que también lo era en la derrota.

—Ya no sé qué deciros. —Los miró uno a uno, como sólo haría un líder. —Tenemos tantos frentes abiertos que me cuesta mantenerlos en mi mente, pero sé que para muchos de vosotros es fácil encontrar las soluciones a estos enigmas. Hoy, más que nunca, os necesito. Todo se nos viene encima. La presión es extrema. La prensa está detrás de todo esto y llegará a Rianxo si no ha llegado ya. Supongo que todo se está torciendo... —Ana, fue la primera en reaccionar.

—No te preocupes, saldremos de ésta, cómo salimos de todas. Marina y yo nos pondremos a tope con los últimos mensajes e intentaremos hilarlo todo para tener, al menos, alguna hipótesis del cuándo y dónde. —Modesto, la siguió.

—Y nosotros podemos ponernos con el registro de las propiedades de Marcial en cuanto te den el okey. Seguro que sacamos algo de allí. —Costoya, puso el punto final.

—Yo creo que ahora lo importante es estar unidos. Si conseguimos evitar la muerte de Rubio y Sabela y los cogemos, todo lo anterior se olvidará. —Paola lo miró con cara de tristeza y cansancio.

—Lo peor, es que lejos de ir a menos las manifestaciones a favor del Guardián no han dejado de crecer. Estas son capturas de ciudades de toda España. —Les pasó el móvil. —Y algunas del extranjero. Me las ha mandado Urizar.

—Dios, esto es Roma. Pero hay...

—Muchísima gente, ya me di cuenta. Se nos está yendo de las manos y dudo que, hagamos lo que hagamos, podamos terminar con esta plaga. Parece que ha venido para quedarse.

—Pero, ¿cómo puede la gente manifestarse a favor de asesinos?

—Es fácil, Portela, cuando ven que los que los dirigen son más asesinos todavía. Así cambia la percepción de un país que se avergüenza de quienes les gobiernan. —Urizar volvió a llamar, tenían la orden para registrar el pazo de Marcial Solares. —Bien, Modesto y Costoya se vienen conmigo. Portela, quédate con ellas, esas tres cabecitas juntas tienen que sacarnos del atolladero, como sea. —Los abrazó a las tres y salieron. Se subieron al coche que tenían ya aparcado cerca de la propia plaza.

—¿A dónde vamos, comisaria? —Los miró con cara de no creérselo.

—Nos vamos a Cambados, más concretamente a la Avenida de la Pastora y todavía más, concretamente, a los Pazos de Ulloa.

—Estás de coña. —Modesto, tenía las manos en la cabeza.

—Ojalá. Más pistas no podía darnos. Era la residencia del gran capo o cómo dirían ahora del gran influencer gallego: Marcial Solares.

—¿Vive alguien allí, ahora?

—No, la familia que, por cierto, siguen siendo amigos íntimos del presidente, están viviendo en Vigo desde hace años. Estaban separados. Los chicos pasaban temporadas con Marcial en el pazo.

—¿Cómo vamos a entrar?

—El equipo de asalto espera allí por nosotros. Iremos detrás con Pondal que no se pierde una y con mucho cuidado y sigilo, pero a poder ser por la puerta principal. Si están allí, habrá cuatro patrullas más afuera esperando para que no se nos escapen, pero por lo que parece no ha habido movimiento en las últimas horas. Nuria, viene con su equipo desde Armenteiro, no gana para disgustos.

Cómo había dicho, Paola, estaban esperándolos a escasos cien metros de la casa. Aparcaron. Era una mansión inmensa. La muralla por la que sobresalían enormes árboles tenía al menos doscientos metros de largo. En el interior había piscina, pista de tenis, lareira, no le faltaba de nada. Se bajaron los tres del coche.

—Buenas tardes, señores. Entraré con vosotros, detrás del grupo de asalto, si no os importa. El resto de los agentes esperarán nuestra señal afuera. En cuanto le digamos que está despejado, entrarán. ¿Creen que puede haber alguien dentro?

—En absoluto, jefe, me temo que desde ayer ya no están aquí, pero tenemos que comprobarlo.

—Esperaron a que el equipo de intervención abriese la puerta. No había ruido, sólo silencio. Los ecos de la calle. Vieron como sus compañeros entraban y los siguieron. Modesto y Costoya, pistola en mano. Pondal les cedió el paso. Estaban ante una verdadera mansión. Olía a limpio, a imperecedero, a casa cerrada. Revisaron la planta baja, sin signos aparentes de vida reciente. Subieron. Tampoco encontraron nada. Avisaron al resto de patrullas y comenzaron a revisar los jardines y el perímetro. Al salir, Paola, se fijó en una pequeña edificación que hacía las veces de cobertizo o garaje. Le hizo una señal a Modesto. La trama de los bloques de ladrillos se correspondía a la vista el día anterior en el video. Avisó a Pondal. Era un portal con una pequeña puerta que no les costó forzar. Si había alguien allí dentro estarían a su merced. Modesto, la abrió y entró. Paola, le siguió moviendo su linterna intentando abrir el campo de visión. Pronto se hizo la luz. Era un espacio desordenado, lleno de cachivaches por todos lados. El único rastro de un vehículo eran las huellas en la superficie que era de tierra. No había suelo. Un servicio sucio y varias estancias más que podían haber servido de hacinamiento. Pensó en sí habrían tenido allí a las víctimas de A Godela. Pronto lo confirmaron. Al abrir una puerta hermética de metal se presentaba ante ellos una gran estancia con varias sillas, una pequeña mesa y seis literas contra la pared. Costoya, le señaló algo encima de la mesa. No le hizo falta acercarse demasiado. En el fondo, lo esperaba. Era una flor. Una dalia. La flor de la traición.

Se puso los guantes y la olió. Olía a Annick Goutal. Olía a Elite. Se apoyó en la mesa y retorció la espalda. Costoya, pensó que le estaba dando un jamacuco. Se acercó ágil, lo más que podía, a ella.

—¿Está bien, comisaria? —Ella lo miró, con cariño.

—Sí, no es nada, cuando terminemos con esto prometo ir a mirarme, debo tener las defensas bajas. Se incorporó a duras penas y avisó a Nuria por radio para que entraran y con protección.

—Es mejor que salgamos, cabe la posibilidad de que aquí hayan tenido encerrados a los enfermos de A Godela, dejemos que los profesionales hagan su trabajo.

Salieron a respirar aire puro. No había nada en aquel espectacular jardín, ni en ninguna de las casas que suponía sería de la gente que trabajaba para ellos en las buenas épocas. No estaba

seguro de sí, realmente, llegaban siempre tarde o es que ellos siempre iban por delante y cuando querían que descubrieran algo, lo descubrían. Si aquello era realmente así, estaban a su merced de cara a la última jugada de la partida. Por ahora otro punto perdido, pensó mirando a la cancha de tenis. Con suerte, podrían forzar el *tie break*. Tiró los guantes, se sentó en el suelo y no pudo reprimir unas lágrimas traicioneras. Como aquella maldita flor.

XXXIX. A PRAIA DAS CUNCHAS

Eran más de las seis de la tarde. Portela, Marina y Ana les habían dado mil vueltas a todas las teorías posibles llegando a muy pocas conclusiones. Paola, pensó que aquello era como una puta pesadilla en la que veías el objetivo, sabías que estabas cerca, pero de repente notabas como tus piernas no eran capaces de andar, como si estuviesen irremisiblemente pegadas al suelo.

—Veamos. Vamos por partes. Tenemos el Cousas de Castelao. Estamos en su tierra, Rianxo. ¿Qué destacamos de ahí? —Miró a Marina.

—Sin duda, destacaría «Nunha eirexa de montaña», «A Ponte Vella», «Onde hai un cruceiro» y sobre todo «Camiño esquecido.» —Paola, la miró pensativa.

—Son demasiadas, Marina, demasiadas. Falta algo, estoy segura. De la carta que nos envió, ¿qué nos queda? —La repitió, en voz alta.

—«*Río anguloso, Castelo lúa, el pueblo está maldito. Ningún tesoro es máspreciado que un hijo*».

—¿Qué pueblo, Rianxo es el que está maldito? Es lo que se entiende de esa afirmación. —Dijo mirando sobre todo a Ana y Portela.

—Estamos pasando algo por alto. Con esa afirmación nos dirigía aquí, la clave tiene que ser el Castelo lúa. Sobre todo, después del secuestro de la doncella y el, en fin, caballero. Está escenificando esa leyenda.

—Pero, Ana, hacerlo es un suicidio.

—No si no sabemos cuándo va a ser.

—Tenemos la zona vigilada.

—¿En serio lo crees? ¿Quién es capaz de vigilar todo el cauce del río Tea y la desembocadura? ¿Quién dijo que los fuera a matar allí a flechazos y no enviarlos muertos en una barcaza? ¿Somos capaces de vigilar todo ese terreno? —Paola, le dio la razón. La tenía.

—Desde luego que no, pero sabiendo cómo funciona la mente del Guardián es poco probable que los mate antes. Le gusta escenificar.

—Paola, al Guardián posiblemente sí pero no a Elite, te recuerdo que con ellos las cosas son distintas.

—Quiero creer y espero que lo hagan a su estilo. Es el líder.

—Tú misma se lo echaste en cara a Miranda. Un líder hombre para un ejército de mujeres. ¿Es necesario? —Se quedó pensando en aquello, la respuesta era un no rotundo.

—Es sólo su cara mediática. Nada más. La imagen.

—En algún momento les sobraré. Espero que no sea antes del golpe final. —Marina intervino.

—No olvidemos el Monasterio de Armenteira y la cantiga del monje y el pajarito. Fue el siguiente mensaje que nos dejó.

—Y ahí, nos anunciaba, aunque no lo supimos ver, cómo secuestraría a la protagonista de la leyenda del Castelo lúa y dónde. —Paola, seguía dándole vueltas a todo aquel entramado.

—Hay una cosa que acabo de darme cuenta y es que Castelao, en su *Ex libris*, plasma también esta fábula.

—Castelao, es como el maestro de marionetas, el que con una cuerda sujeta el Cousas, en otra la fábula, en otra a Rianxo y el Castelo lúa. Maldita sea.

—No sé si os habréis fijado, pero si visitas el Castelo lúa, poco antes de llegar, hay una serie de monolitos dedicados a escritores de Rianxo, a Manuel Antonio, a Rafael Dieste y también a Castelao.

—Quieres decir que es como si Castelao nos dirigiera hacia el Castelo lúa.

—Sí, como si su obra nos acompañase en todo momento. —Portela estaba seguro de que el ataque sería en Punta do Pazo. —Marina, intervino.

—Chicos no os olvidéis de la frase que dijo el Guardián después del video de Rubio:

«Será al amparo del amancebamiento de Pedro y Sabela y su gran creador. Esta vez, no habrá perdón para los malos» —Se hizo un silencio sólo roto por el bostezo de Costoya al que todos miraron con cara de asesinos.

—Perdón, yo esa frase la veo clara, la clave está en Emilia Pardo Bazán, la creadora de Los Pazos de Ulloa. La creadora, la que amparó el amancebamiento de Pedro y Sabela. —Las caras de asesinos pasaron a otras más interesantes. —¿Por qué me miráis así? ¿Os creíais que estaba durmiendo? Yo siempre atiendo a la lección, profe. —Rio, mirando a Paola.

—Vale, me parece una buena idea, chicos, sobre todo tú Marina, nadie conoce como tú la obra de Castelao, tiene que haber algo que lo relacione con Emilia Pardo Bazán, con Rianxo, con el Castelo lúa, con lo que sea, pero está claro que el Guardián no haría ese comentario sin que fuera importante. Y luego está el libro. Leerlo, no sé, donde menos lo esperamos puede estar la clave y me temo que se nos acaba el tiempo.

—Y la dalia, comisaria. Fue su último regalo. —Costoya, la miró intentando descifrar el poso que aquel presente había dejado en su interior.

—Su significado está claro. Traición. Puede referirse a él mismo. A Marcial. A Rubio. Al presidente. A mí. No lo sé. Lo que está claro es que tenemos que intensificar la vigilancia en toda la zona del Castelo lúa, del río.

—Con la fiesta, todo es más difícil. —Portela, señaló la plaza de Castelao abarrotada de puestos y vendedores ambulantes.

—Está claro que es algo que no juega a nuestro favor, pero él sabe escoger muy bien el momento y el lugar. Así funciona su mente. Hablaré con Urizar, como bien decía Ana, necesitaremos patrullas que vigilen desde ya todos los puntos de entrada al río, la playa de la Torre...

—Son casi nueve kilómetros de río, desde el Monte Muralla hasta su desembocadura en la Torre. —Una reminiscencia de sus tiempos de montañera, vino por un momento a la mente de Paola y con ella su padre, que ya no era su padre. Sus ojos se entristecieron.

—Son muchas veredas, muchos caminos, demasiados lugares, sitios donde nadie sabe nada. No será fácil. Pero Urizar dijo, todos los recursos necesarios y eso es lo que necesitamos. Nosotros siete, solos, no podemos hacer frente a algo así. Necesito airearme. Os veo para la cena. Seguir dándole vueltas a eso.

Empezó a andar sin dirección bordeando el puerto. El pueblo era precioso. Pensó, que merecería la pena, algún día, dejarse llevar por el tiempo y morir en un lugar como aquel. ¿Sola? Era lo más probable. No creía que nadie fuera capaz de aguantarla, ni ella de aguantar a nadie. Pensó en su madre. La llamó. Tenía una conversación pendiente con ella. Le contó lo de su padre.

Lo de Severiano. Lo de Morales. El viaje a Bulgaria. Su nueva identidad. Que había cuatro Ilian Kiriakov como él y que lo que más le apetecía en la vida, en ese momento, era encontrarlo. Lloraron juntas mientras recorría aquel inmenso puerto. Llegó a un punto dónde parecía que se acababa el camino, pero vio un sendero que serpenteaba hacia arriba y lo siguió. Vio que no era la única. Siguió a las masas. Al llegar a lo alto, ante sus ojos, la playa de Tanxil y, bajo su mirada, una virgen de Guadalupe de talla gigante. Bajó a la arena por unas escaleras de madera labradas en la tierra. Siguió recto, caminando por la arena seca. No sabía si habría salida, pero la marea estaba bastante baja así que supuso que podría pasar. Pensó en Miranda. Aquella mujer fuerte que había perdido tanto y que direccionaba toda su ira contra otros creyendo salvar así el mundo, cuando sólo estaba condenando su alma. Llegó a una especie de dique. Dudó. Se sentó. Vio que había algo así como un camino, pero estaba lleno de algas verdes. Miró a sus pies, al menos tenía unos mocasines planos que le ahorrarían el disgusto de caer. A duras penas, subiendo y bajando por rocas llegó a la Praia do Tronco. Recordó otra vez su pasado de montañera. El que tiene retiene, pensó. El camino, ahora, subía un poco e iba paralelo a la costa, pero cogiendo altura. Permitía admirar unas vistas increíbles de toda la ría de Arousa. Estaba relajada, más que en aquellos terribles últimos ocho días. Pensó en Michel. Intentó colarse en su mente y entender lo que pensaba, en por qué hacía lo que hacía, por qué arriesgarse a liderar algo como Elite. Entendía su venganza contra los Trece, aunque no lo justificara, pero aquello no. Creyó que se reinsertaría en prisión y quizá, en quince años, pudiesen estar juntos de nuevo. Se dio cuenta de que sería imposible. Ella, la comisaria que la detuvo. Él, el prófugo más buscado de España. Llegó a la Praia do Porrón y quedó embelesada ante aquel colorido espectacular. Aún había mucha gente en la playa, pero seguía conservando aquel carácter salvaje, virgen y auténtico de las playas de antaño. Recordó Cádiz, un torbellino de emociones le recorrió por dentro. A su memoria volvió Luis, su ex y sus amigos. Recorrió la playa hasta el final. Allí encontró un pasadizo que, nuevamente, le dirigía a unas rocas que la separaban de la playa más bonita del mundo. A Praia das Cunchas. Llevaba casi cuarenta y cinco minutos andando. Se quitó los zapatos. Subió y su cara se tornó en alegría cuando vio uno de aquellos chiringuitos de playa que creía ya extintos. Se sentó, pidió una cerveza y contempló el mar, las olas, la arena. Fue feliz durante diez segundos. Lo que tardó en sonar el Sweet Child o' mine de Guns n'Roses. Le hubiese gustado estamparlo contra el suelo, pero era Modesto y sabía que si la llamaba era por algo importante.

—Dime, Modesto. —Le contestó en modo desconexión total.

—Paola, estás viendo la televisión.

—Mi querido amigo, aquí no hay tele ni falta que hace. ¿Qué es lo que pasa?

—El presidente Frijol. Ha dimitido. —Se quedó muda. La crisis había llegado a su punto álgido. Ahora voy, le dijo. Pero se recostó en la silla y cerró los ojos. No deberían permitir que la señal de la vida normal llegara a paraísos como aquel. Se prometió que volvería a disfrutar de su soledad, de sí misma, en cuánto los malos estuviesen entre rejas. Nunca los atraparía a todos, pensó. Miró el reloj, eran las ocho y media. Con un poco de suerte llegaría para la cena. Tenía tiempo de sobra para pensar en algo que no le importaba mucho. La política hacía años que no le interesaba y si ese hombre había dejado morir a aquella niña, no merecía ser el presidente de un lugar tan hermoso como aquel, eso lo tenía claro. Dejó que los últimos rayos de sol penetraran en su cuerpo mientras repetía el camino de vuelta a casa, esta vez, intentando no pensar, sólo sentir y disfrutar.

MIL CALLES LLEVAN HACIA TI

Llegó a tiempo para la cena y comerse una buena ración de calamares con patatas. Modesto, estaba contando las novedades de aquellas dos horas en las que se había ausentado.

—Urizar cumplió su palabra, he ido hasta el Castelo lúa, está totalmente vigilado por los nuestros. Me ha dicho Pondal que en el río hay gente hasta el Pico Muralla, por las playas. Lo tendrán difícil para meter a alguien por ahí. Hemos quedado en bajar Costoya y yo, apenas acabemos de cenar, para darles algún relevo. La leyenda, como sabes, ocurrió durante la noche y quizá sea el momento más difícil de vigilar, toda ayuda será poca. —Paola, no sabía si merecía más atención aquellos calamares de la ría o lo que le estaba contando su inspector. Suspiró y asintió.

—Me parece bien, id y mañana nos contáis. ¿Vosotros habéis dado con algo que no sepamos? —Portela, Ana y Marina negaron con la cabeza. —Acostaros pronto, seguro que mañana estáis más activos y se nos ocurre algo. Y, exactamente, ¿qué es lo que ha dicho el presidente Frijol? —dijo Mirando a Costoya.

—Básicamente, que dimitía de su cargo, procedía a la disolución del parlamento y que, en cuánto se publique de forma oficial, en cincuenta y cuatro días habrá elecciones. Y que no se volverá a presentar, claro. Luego les envió un mensaje a los de Elite y a tu tío en particular. Básicamente, les rogó porque soltaran a su sobrina que, y tiene razón, no tiene culpa de lo que él haya hecho hace dieciocho años. También ha dicho que estaba dispuesto a cambiarse por ella. —Paola, lo miró muy seria.

—¿Ha dicho eso? ¿En serio?

—Es un gesto de cara a la galería. Sabe que nunca harían eso, sería una trampa. Además, lo que quieren es escarmentarlo en vida, para que sufra. Nunca accederán a eso y él con ese gesto sacia un poco su ego. —Paola, se comió el último calamar y se limpió la boca.

—Nadie debería cargar con ese peso tantos años, no sé cómo pudieron hacerlo, me sorprende, yo sería incapaz. Es vil, retorcido, insensible. Si luego tienes hijos cómo serás capaz de mirarlos a la cara.

—Nunca los tuvo. Quizá esa sea una razón y Eva Porro, tampoco. Marcial ya estaba hecho de otra pasta. Era un capo.

—Para mí eran los tres iguales. Mataron a una niña, fue un accidente, pero no auxiliaron a las víctimas y escaparon. Se convirtieron, con esa acción, en asesinos. No pueden gobernarnos ese tipo de personas. —Costoya, le cogió la mano, cariñoso.

—A veces, en ocasiones, hablas como ellos. —Lo miró muy intensamente y no dijo nada. Sabía que era verdad. Pensaba muchas de aquellas cosas y dentro de ella estaba viviendo una dicotomía terrible. —Modesto, se levantó dispuesto a irse para El Castelo Lúa.

—Vamos cojito, que a tú ritmo no llegamos. —Costoya, puso cara de circunstancias y se levantó.

—Ya pago yo, señores, váyanse ustedes. —El inspector jefe le dio un beso de esos que estaban tan caros y las dejaron solas. Portela, aprovechó para escabullirse también a su habitación. Sólo quedaban ellas tres. Nuria estaba en Santiago analizando las dos escenas del crimen, esperaban tener algo en concreto al día siguiente por la mañana.

—Yo también me voy a ir yendo, para ser mi primer día completo no me puedo quejar, intentaré no darle muchas vueltas ahora y afrontarlo mañana de otro modo. Sé que estamos cerca, jefa. —Paola, le cogió una mano mientras se iba. Le recordó que no pagara. Miró hacia Ana. Sus ojos habían cambiado.

—Paola, tienes la mirada triste. —Se acercó a ella, a escasos centímetros una de la otra.

—Estoy triste, Ana. No sé explicarlo.

—¿Es por tu tío?

—Sí y no. Es por él, por mi padre, por mi otro padre, por mi madre, por mi ex, por mi vida, por eso que nunca consigo, por la soledad, por todo, Ana, es por todo. —Ella le cogió la mano, pero sin soltársela.

—Tienes que hablar más. Deja que lo haga tu corazón. —Paola, la miró a punto de desmoronarse.

—¿Y cómo se hace eso? Para mí no es nada fácil, ¿sabes? —Miró al frente intentando contener las lágrimas.

—Todos tenemos problemas, pero compartiéndolos se hacen más pequeñitos. Somos capaces de reducirlos hasta darnos cuenta de que lo bueno siempre es mucho más importante.

—¿Y qué tengo de bueno? No es que no lo valore, es que lo ignoro.

—Primero te tienes a ti, eres una mujer increíble, admirada. Muchas querrían ser como tú.

—Si supieran la verdad no lo creo, Ana. No soy como parezco.

—Eres buena persona y eso es lo más importante. Tener buen fondo. Buen corazón. Todo eso te sobra. Te diría que para ser comisaria, hoy en día, es casi más un debe, pero en tú caso siempre lo conviertes en positivo. Tú equipo te quiere, te respeta...

—Un equipo que como esto siga así tiene las horas contadas, ¿y después qué? Me he pasado la vida dando vueltas, amando a hombres equivocados, pensando que tenía un padre que en realidad no lo era, atrapando malos que igual no son tan malos. Y ahora, aquí estoy con cuarenta años, no me como una rosca, ni tiempo tengo, pero es que además veo cómo me miran, será admiración o respeto como tú dices, pero ya no me miran con deseo. Me marchito, Ana. Tengo cuarenta años y me estoy marchitando y me duele mucho.

—No digas eso, eres muy bonita y sabes que tienes a medio equipo enamorado. —La miró y se rio.

—Ellos no cuentan, no ven otra cosa, pobres, si salieran un poco se darían cuenta de todo lo que hay ahí fuera.

—Lo mismo hay para ti, Paola, no te fustigues con eso. No es el momento. Deja que se acabe esta locura. Deja que todo vuelva a su sitio. Tenemos un jefe secuestrado, un compañero hospitalizado y tu tío montando la mayor liada de la historia de este país. No creo que sea el momento de juicios de valor. Lo verás todo distinto en cuanto se acabe. —Paola, la miró muy sinceramente y la acarició.

—Gracias, Ana, no sabes cómo te lo agradezco. No sé hablar con la gente y si no me lo quitan no me sale. Y, a veces, tengo algo ahí dentro que necesito sacar.

—Pues sabes que siempre me vas a tener a mí para eso. —Se abrazaron fuerte, tanto que Ana prefirió apartarse. Paola, notó el azoramiento de su compañera. Se levantaron para pagar y subir a las habitaciones. El hostel tenía dos pisos. En el de abajo estaban las habitaciones de Modesto, Portela, Costoya y Nuria. Arriba dormían Marina y puerta con puerta Ana y Paola. Al llegar a su puerta, Paola, se le acercó, le acarició otra vez la cara, pero mirándola de otra manera. No sabía lo que estaba haciendo, pero tenía ganas de hacerlo. A duras penas, Ana, abrió la puerta de la habitación. Se precipitaron dentro. Se besaron. Por un momento tuvo una sensación contradictoria. Le gustaba, pero no quería. Le ponía, pero no se dejaba llevar. Ana, la hizo sentirse cómoda. Tranquila, le dijo. No tenemos prisa. Y así era. Cuando dos personas encuentran esa comunicación física más allá de los límites, toda escala temporal deja de tener valor y lo único que importa es esa simbiosis infinita. Paola, lloró y no fue de pena. Ana, le secó las lágrimas y las repartió por su cuerpo desnudo esperando que ella supiera identificar su propio aroma entre el de ella. Le ayudó cuando no sabía qué hacer, le enseñó todo cuánto necesitaba para disfrutar de la noche de amor que cualquier persona sueña tener. Lloró de felicidad. Qué bonito era sentirse querido, sentir como te acarician cada centímetro de piel como si fuera el último, cómo te muerden la oreja y pierdes el sentido para dejarte vencer de nuevo. Contraatacas al cuello de tu víctima y consigues que se ericen todos sus poros y sientes cómo lo que das lo recibes y lo que recibes, lo das. No hay sensación más gratificante. Mordió sus pechos con dulzura para recibirlo con fiereza y gritó. Ella rio y subió la música. Sonaba una vieja canción de espíritu adolescente *«Mil calles llevan hacia ti, y no sé cuál he de seguir, no tengo tiempo que perder y ya se va el último tren. Quizás mostrándote una flor, o hacer que pierdas el timón, poner tú nombre en la pared o amarte cada atardecer»*.

XL. LA HORA H DÍA NUEVE

La sonrisa que cruzaba la cara de Paola, esa mañana, iluminaría hasta la más negra de las tormentas. No había como soltarlo todo para volver a volar sin pesos, sin cargas, sin equipajes. Ana, sabía disimular mejor. Eran varios cafés, cola caos y, sobre todo, mucha bollería. El que más y el que menos estaba muerto de hambre. Paola, le preguntó a Costoya sobre las novedades nocturnas.

—Pues poco que contar, aquí Modesto se sabe muchas historias de miedo, eso sí, y menos mal, porque no sé cómo pasaríamos la noche de no ser por él. Dimos paseos, hicimos de todo, pero ni un solo malo en el punto de mira. Más de cuarenta efectivos y ni una sola pista. —Paola, bajó la cabeza fastidiada. Esperaba no estar equivocándose de lugar. Pero es que no estaba segura de nada.

—Lo mejor de todo es que había luna llena y la visión la tenemos ganada, comisaria. Es una ventaja. —Modesto, hablaba mientras engullía como un animal.

—Portelita y Ana, son los siguientes. De día no tiene mérito y sobre todo después de dormir. — Paola, intervino.

—Está bien, pero hacedme un favor, id hacia el río, no os quedéis por el puente ni por el Castelo lúa, necesito que os enfanguéis más, si tienen pensado hacer algo, deben tener algún lugar previsto. Buscad, antes de que otra vez nos encontremos el cadáver. —De repente Marina, qué no había desayunado nada salvo el café y qué no había levantado la vista de los libros, alzó la mano y pidió la palabra, nerviosa.

—¿Qué pasa Marina? Habla, por Dios, habla.

—Creo que tengo algo, gracias a lo que dijo ayer el inspector jefe, Costoya. He estado leyendo el libro toda la noche, pero me acabo de dar cuenta de que no habla del libro, sino de la autora del libro, Emilia Pardo Bazán y lo que nos dice es qué nos fijemos en ella, en la que amparó el amancebamiento de Sabela y Pedro. Ella. ¿Y sabéis una cosa? Es una corazonada, pero ella nació tal día como hoy del año 1852. —Se quedaron callados mientras Marina, esperaba que alguien se diera cuenta de lo que quería decir. Portela, siempre estaba al quite de los juegos de letras y números.

—¡Claro, eres un genio, nos estaba dando el día y hora del ajusticiamiento de los amantes del Castelo lúa! ¡Será el dieciséis de septiembre a las 18:52! ¿Cómo no caímos? —Quedaron en shock. Paola, intentó reaccionar. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a dar vueltas sobre sí misma.

—Sí eso es así, estaríamos hablando de qué nos quedan poco más de ocho horas para evitarlo. Pero es una hipótesis, claro. Me parece una buena teoría, pero tenemos que cogerla con pinzas.

—Desde luego, jefa, pero si la escuchas tal y cómo la dijo el Guardián, te das cuenta de que mira a la cámara, y es el único instante que lo hace mientras lee, justo en el momento en que subraya lo del *al amparo de*. Y es mucha coincidencia que la fecha de nacimiento de la escritora, cuyo libro encontramos en la escena del crimen, y que coincide con el nombre con el que había bautizado, Marcial Solares, la mansión que utilizó Elite, sea, justamente, hoy. Y que, la doncella se llame Sabela y el digamos, caballero, Pedro.

—Todo encaja Marina, enhorabuena, creo que tienes razón. Hablaré con Urizar para establecer un operativo especial para esa hora. Pero no podemos despistarnos, tenemos que estar atentos a las horas previas. Vosotros dos, id a dormir, que aún no lo habéis hecho y os necesito despiertos para esta tarde. —Costoya, contestó.

—A sus órdenes, jefa, a mí falta me hace. Estaré a tope para la tarde, espero que no me toque correr detrás de nadie. —Terminó el café de un sorbo largo y se levantó.

—Vamos, muchacho, deja de engullir y a descansar un rato. —Lo levantó como pudo y salieron riéndose, en el fondo, hacían un muy buen equipo. Se cruzaron con Nuria en la puerta que venía vestida de calle y eso hacía que todos perdieran la cabeza. Modesto y Costoya, hicieron el amago de volver a la mesa, pero ante la mirada amenazante de Paola, optaron por la retirada.

—Mi querida doctora Fraga, supongo que tendrás mucho que contarnos. —Sonrió y afirmó con la cabeza.

—Sí, tu tío y Miranda ya no disimulan mucho. Saben que los tenemos identificados así que podríamos escribir un libro con todas las huellas y otros restos de ellos que encontramos en la sala de la mansión de Marcial Solares.

—¿Algo más?

—No mucho, la dalia tenía el perfume de Amick Goutal, pero de eso ya te diste cuenta. Había restos de los cinco desaparecidos. Jeringuillas con sangre y poco más. No fueron cuidadosos, no lo iban a necesitar, o eso pensaban. Ello nos lleva a pensar que, sin duda, plantean este como su último golpe. O eso, o les sobra dónde ir.

—No sé qué decirte, Nuria. Me temo que, aunque los pillamos, esto que ha empezado no va a terminar tan fácil.

—Sí, esta mañana, mientras escuchaba la radio al levantarme, he oído que se estaban organizando para crear un nuevo partido de cara a las elecciones.

—¿Elite? Estás de coña. —Levantó sus brazos, incrédula.

—Los simpatizantes. Eso hablaban en las noticias, pero son muy exagerados, ya los conoces. —Paola, se quedó pensativa. ¿Y si aquel era el verdadero objetivo de Elite? Cambiar las cosas desde dentro. Había casos similares con el Sinn Fein en Irlanda, con Herri Batasuna en Euskadi. Prefirió no pensar en ello.

—Y del pazo de Armenteira, ¿de allí sacaste algo en limpio?

—Sí, algo que creo que te puede ayudar. Esto. —Se sacó un reloj envuelto en un plástico transparente. Era el típico casio dorado. Estaba detenido en las 18:52 y marcaba la fecha de hoy dieciséis de septiembre. —Marina, saltó como un resorte.

—¡Sí! Lo tenemos. —Nuria, miró para Paola, pensando que se había perdido algún capítulo.

—Aquí, la señorita Brión, ya nos había dado esa misma hora como la del ajusticiamiento de la doncella y el caballero, previo estudio de Emilia Pardo Bazán. —Nuria, la miró asombrada.

—¿En serio? Pues menudo coco. Era más fácil mirar el reloj. Lo que pasa es que lo dejaron oculto entre los árboles, no se veía. Al principio, no le di importancia, pero al ver la fecha de hoy supe que algo tendría que ver.

—Buen trabajo, Nuria. Pues, ya tenemos la hora, totalmente, confirmada para tranquilidad de todos. Creo que es el momento de movilizarnos. Chicas, voy a empezar las gestiones. Marina, tú sigue dándole a ese coco tan privilegiado que, quizá, haya todavía algo más. Buen trabajo a las dos. —Cogió el teléfono y llamó a Urizar. Daba comienzo la operación Punta do Pazo.

XLI. EL SITIO DE PUNTA DO PAZO

Eran las seis de la tarde. Paola, prefirió salir andando. Había coordinado todo con Urizar y Pondal. El ejército había venido en su ayuda y estaba peinando todos los alrededores del Pico Muralla. Eran decenas de personas involucradas en parar aquella locura. La vida de su jefe y aquella chica, Sabela, estaba en sus manos. Era consciente de que estaban ante un grupo de locos y podían hacer lo que les diera la gana, incluso engañarlos, pero le tranquilizaba saber que el jefe de los malos era Michel. Sabía cómo funcionaba su mente estratégica, su retorcida mente. Le apenó haber llegado a aquella situación. La tarde anterior, ante la dimisión del presidente, creyó que podía haber alguna posibilidad de que se retiraran y liberaran a los prisioneros. En el fondo, tenían todo lo que querían. Pero no había tenido noticias de ellos. Caminaba sola por el paseo marítimo, como la última vez, sólo que en esta ocasión se encontraba agentes repartidos por todo el litoral. Cuando llegó a la zona que recordaba a la multitud de artistas que habían nacido en el pueblo, no pudo sino pararse junto a las losas que reproducían una de las obras cumbre de la literatura gallega y española. El «*Sempre en Galiza.*» Lo leyó en voz alta:

«A nosa tradición revélase no idioma, no espírito, na cultura, na arte, no xeito de vivir e de pensar, no sentido transcendente da vida e da morte, no afán de universalidade e de particularidade, no amor á xustiza e ás boas formas de convivencia, na identificación amorosa coa terra, na esperanza dun mundo millor, na predisposición a poesía... A tradición é aquilo que endexamais nos traicionará».

Era la definición más fiel que se podía hacer del carácter gallego, lejos del si sube o si baja o si contesta a una pregunta con otra pregunta. El gallego, estaba imbuido por su cultura, por su arte, por sus tradiciones, por su tierra y eran indivisibles de su carácter. Cada día era más feliz allí, pero sabía que aquel dieciséis de septiembre del año dos mil trece podía ser esencial para el resto de su vida. En el fondo, pensó, trabajando dónde trabajaba, cualquier misión podía acabar mandándola al destierro. Sonrió para sí misma. Estaba llegando al puente y a lo que quedaba del Castelo lúa. Y allí, la tumba de los enamorados, los amantes del Castelo lúa. También allí, venidos en coche, la esperaban Portela, Marina y Ana. Costoya y Modesto estaban en una barca, en una zona clave del río. Volvió a mirar a Punta do Pazo y le pareció, otra vez, un suicidio en toda regla. Suspiró. Eran las seis y cuarto. Poco más de media hora para el momento en el que creían, se produciría el sacrificio.

—¿Alguna novedad?

—Aquí no se mueve ni el agua, comisaria. —Le contestó, Portela. Paola, empezó a pasear a un lado y otro del puente. Admiró la preciosa playa de La Torre. Le faltaba algo en aquella historia, un dato que se le escapaba. Su sexto sentido le decía que no podían jugársela de esa manera, sobre todo, después de haber dejado pistas tan evidentes. Miró a Ana y vio su cara también preocupada. Aún tenía el olor en su ropa, su sabor en los labios, su tacto en la piel. Le sonrió. Habían sido las

mejores horas de aquellos últimos nueve días. El momento estaba cerca. Empezó a ponerse nerviosa, veía las caras de sus compañeros apostados, estratégicamente, y pensó que sin duda aquella era la operación más importante que había dirigido. De repente, escuchó gritos. No venían del río, no venían de la Playa de la Torre, ni de la parte del pueblo. Venían del aparcamiento que había detrás del Castelo lúa y su emisor no era otro que Pondal, jefe de la policía local y la receptora ella, Paola Gómez. Tardó en reaccionar.

—¡Comisaria! ¡Comisaria! ¡Es urgente! —Pondal se acercaba corriendo y Paola salió a su encuentro.

—¿Qué pasa, jefe? —Preguntó mientras miraba, instintivamente, a uno y otro lado.

—El cura... —No le salían las palabras después de la carrera. —El cura de Rianxo...

—¿Qué le ha pasado al cura? —Pondal, la miró con cara de muy malas noticias.

—Unos hombres enmascarados lo han secuestrado cuando estaba en la Iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados en Brión. Y se han llevado el Cáliz y todo lo que tenía de valor.

—¿Que se han llevado qué?

—El cáliz, comisaria, el cáliz, lo que usan para beber los curas. —Le interrumpió.

—Sé lo que es un cáliz, jefe. —Paola, no dejaba de mirar hacia Marina que consultaba, compulsivamente, sus notas. —Vamos Marina, dime algo, sé que lo tienes en la punta de la lengua.

—El cura, sí, espera..., la leyenda de Abuín. El cáliz robado. El tesoro escondido. La epidemia de peste. —La miró con los ojos muy abiertos.

—Mierda, ustedes quédense aquí, mándeme a una patrulla detrás. Ana, dame las llaves del coche. —Ya estaba corriendo hacia el aparcamiento. —Portela, te vienes con nosotros. Marina, gracias. Jefe, mantenga el operativo e infórmeme con lo que sea. Tenemos que comprobarlo. Su reloj marcaba las seis y cuarenta minutos. Puso el google maps con dirección a Abuín. Activó la sirena. Conducía como una loca. Portela iba agarrado con su brazo sano como una vieja. La adrenalina corría como la pólvora en el cuerpo de Ana. Llamó a Alba.

—Buenos días, querida, no nos olvidamos de ti, necesito una cosa. Cuéntame la leyenda de Abuín, el pueblo maldito.

XLII. ABUÍN, EL PUEBLO MALDITO

«Cuenta la leyenda que los vecinos de Abuín saquearon el Monasterio de Armenteira y con él, sus tesoros. Éstos fueron entregados al cura para que los escondiera y eso hizo, pero a la mañana siguiente apareció muerto. Con él, poco a poco, los habitantes de aquel pueblo fueron cayendo uno a uno. Hay quien dice que aquel tesoro sigue allí enterrado bajo una de las casas que fue, en su día, la capilla y fueron muchos los que intentaron dar con él. El pueblo, finalmente, quedó abandonado a su suerte entre la magia, la maldición y las leyendas. Lo que sí parece cierto, es que una epidemia de Peste en el S XIV arrasó el pueblo de manera fulminante y los pocos que allí quedaron con vida, escaparon del mismo pensando que estaba maldito. El propio Castelao dejaba en su libro Cousas el relato que él había oído de su abuela, en Camiño esquecido: —Foi que os do lugar, armados ladróns, roubaron o Mosteiro de Armenteira. Agardando o intre do reparto da riqueza o capitán enterróuna en sitio segredo, máis o seguinte día o capitán apareceu morto no seu leito e nunca máis se soupo do tesouro. Dende aquela todo foron desgracias. Morrían as xugadas, merábanse os froitos, morrían entagarañados os rapaces, secábanse as fontes. Para escorrentar o mal ergueron cruceiros a eito».

—Gracias, Alba, mi gallego mejora a pasos agigantados gracias a ti. —Colgó el teléfono, acababan de pasar el cruce por las playas de A Cuncha y O Porrón. Les quedaba apenas un kilómetro para llegar al pueblo y siete minutos para la hora clave. Pondal la llamó, acababa de enviar un coche detrás de ellos. Por allí seguía sin haber movimiento. A cada minuto que pasaba, Paola, se daba cuenta de que estaban equivocados. Se habían empecinado con el Castelo lúa y lo único que había hecho el Guardián era mezclar las leyendas que rodeaban Rianxo a su gusto para acabar rematándola tal y como empezó todo, con la peste. El pueblo maldito arrasado por la peste. Qué ciegos habían estado. Giró a la derecha, ya estaban llegando. Abuín, al pueblo nuevo. Preguntaron a un vecino cómo llegar al viejo.

—Agora, collen este ramal a dreita e a uns cen metros verán un cruseiro de pedra, ahí teñen que deixar o coche, a vereira que baixa e a que leva a vila vella. —Mientras Paola, traducía automáticamente el hombre la miró curioso. —Perdóneme que ya veo que son ustedes de la policía madrileña esa, no son los primeros que me preguntan por el sitio hoy.

—¿No? ¿Ha venido alguien más por aquí?

—Sí, unas chicas ben feitiñas elas. Nunha furgoneta. Les dije lo mismo así que igual ya no tienen sitio para aparcar, que esto es muy estreito. —Paola, le dio las gracias y lo dejó con la palabra en la boca. Estaban allí. Llamó a Pondal y le dijo que mandara todos los refuerzos a Abuín, el pueblo maldito. Vio el cruceiro y la furgoneta de Elite. Intentó ir más despacio. Dejó el coche atravesado delante del camino y salieron sin apenas hacerse notar. Efectivamente, el camino bajaba paralelo a unas casas de piedra nuevas. Estaban cerca. Escucharon voces apagadas. Les indicó que la

siguieran en fila india. Pronto llegarían los refuerzos, pero no podían esperar. Eran las seis y cincuenta minutos. Vio a Miranda, justo antes de la entrada al pueblo maldito. Los tres rehenes estaban en el centro de una de las casas que aún tenía alguna pared en pie. Se dio cuenta que, bajo Rubio, había una pira de leña. Lo iba a quemar como hacían con los muertos por peste. No lo permitirían. Sabela y el párroco estaban con la cabeza gacha, seguramente dormidos, pero Rubio estaba consciente y gritando como un loco.

—¡Te pillarán desgraciado y prometo que vendré desde el más allá para arrancarte la cabeza, puto loco! —Miraba desafiante al Guardián que no apartaba los ojos y contestaba con su silencio.

Era la hora, quedaba un minuto, tenían que entrar. Paola, le indicó a Portela que fuera por arriba para sorprenderlos por detrás. Eran al menos cuatro, o eso creía ver desde allí. Le dijo a Ana que la siguiera. Todo sucedió muy rápido. Disparó al aire y los sorprendió. Entró corriendo al lugar donde estaban reunidos los tres rehenes, el Guardián y el resto de Elite.

—¡Alto, policía! ¡Las manos en alto! —Ni puto caso, pensó Paola. Su voz no valía para aquellas entradas por sorpresa. Michel, la miró asombrado y salió corriendo camino abajo evitando a Portela, que se daba de bruces con las otras dos chicas. Ana, en un golpe certero tiró al suelo a Miranda y la redujo. —¡Portela, no las dejes escapar, los refuerzos están al llegar, díles que me voy detrás del Guardián, no se me escapará!

Empezaron a bajar. El camino estaba prácticamente inutilizado, tenía que sortear toxos, xestas, piedras. Estaba preparada para aquello. Lo tenía a menos de veinte metros. Él miraba para atrás, pero esta vez no era como en As Fragas, ni él se sabía tan bien el camino ni ella se sentía tan perdida. Cada vez se acercaba más. Iba cuesta abajo a toda velocidad. Llegaron a la playa de Sartaxes. Allí sintió en sus pies el cambio de terreno e intentó adaptarse, las piedras estaban resbaladizas y parecía que Michel ganaba, nuevamente, terreno. Quería ir más rápido pero no podía. Escuchó a lo lejos las sirenas de sus compañeros. Al menos, habían salvado a esa gente. No había mirado a Rubio en ningún momento. Estaba acabado profesionalmente, pero por lo menos, podría vivir. Michel, seguía subiendo por encima de las rocas dirección Rianxo. En uno de aquellos momentos se dio la vuelta y le habló.

—Déjame escapar, Paola, ya tienes lo que querías. Has salvado al encubridor de tu jefe, no habrá diente por diente, date por satisfecha, di que me perdiste y no lo compliquemos más. — Podía dispararle desde allí, pero él sabía que nunca lo haría.

—Sabes que no puedo. Me conoces demasiado bien, no te dejaré escapar. —El Guardián, miró instintivamente hacia delante y le dio a la cabeza.

—Pues tendrás que correr mucho, Paola, no pienso dejar que me cojas. Ya hemos ganado los dos, esto es absurdo.

Siguió bordeando la costa, subiendo por acantilados imposibles. En ese terreno tenía más destreza que ella, si seguía así, acabaría por perderlo. Tenía que apretar. Todo cambió en un instante. Al trepar a una de las piedras, vio grabadas unas extrañas ondas circulares, unos trazos ancestrales, de esos que quedan marcados para siempre en tu memoria y nunca sabrás si fueron un sueño o realidad. Aquellos círculos concéntricos eran idénticos a los que cubrían sus sueños, a los que la llenaban cada noche de sudores fríos. Fue ese momento en el que la línea entre fantasía y realidad, entre cielo y tierra, entre el día y la noche, entre el bien y el mal, se mezclaron infinitamente para ella. Su pie de apoyo resbaló y perdió el equilibrio. Solo notó como caía con los brazos abiertos, no eran más de dos metros. Pero al llegar al suelo, notó un dolor terrible que le atravesaba el costado. La boca, empezó a saberle a sangre y supo que estaba en un aprieto, consciente, pero no podía moverse.

El Guardián, al llegar a Punta da Pedra miró atrás y no la vio. Una sensación extraña se apoderó de su cuerpo, algo le decía que siguiera corriendo, pero, por otro lado, tenía que volver atrás. Se paró en seco, cerró los ojos y volvió sobre sus pasos. A escasos metros, la vio tirada sobre las piedras y con una rama sobresaliendo de su cuerpo. El agua estancada, estaba tornando a ese rojo tan catastrófico.

Ella lo vio subido a aquella piedra, mirándola, y pensó que se estaba despidiendo, y entonces no pudo reprimir las lágrimas que se mezclaban con el sabor a sangre de su boca. No tardarían en encontrarla, pero no sabía si sería capaz de resistir. De repente notó una presencia a su lado, mirándola a los ojos. Era él. Te voy a hacer daño, le dijo. Se quitó la camiseta y dejó su torso desnudo. Pudo ver aquel número tatuado en su pecho. Supo que no estaba soñando. El hombre al que perseguía estaba intentando salvarla. Hizo trizas la camiseta y se acercó a ella. Le cerró los ojos y le metió en la boca una bola de tela. Aprieta fuerte, le dijo. Entonces tiró. Gritó más que nunca había gritado en su vida, pero nadie la escuchó. Creyó desmayarse. Perdió la consciencia y pensó que, si ese era el final, vaya puta mierda, ni luces ni nada. Él tiró aquella rama maldita y taponó su herida con la mano, e hizo presión con parte de su camiseta con toda la fuerza que pudo. Examinó la situación. Tenía el móvil en el bolsillo, pero tendría que hacerlo con una mano. Marcó el 112.

—Emergencias, ¿dígame?

—Necesito ayuda, una mujer acaba de tener un accidente, se ha caído de A punta da Pedra, al lado de A Praia das Cunchas en Rianxo. Está en una zona inaccesible, tendré que moverla, no va a aguantar mucho... —Su voz sonaba desesperada.

—Tranquilo, ahora mismo mando una ambulancia a la zona, pero dígame, ¿qué le pasa a la chica? —Michel, empezó a llorar, desbordando todas las lágrimas que no era capaz de contener, las que había aguantado ocultas durante tantos años.

—Se ha resbalado mientras me perseguía, con la mala suerte que ha caído de lleno sobre una rama y se la ha clavado en un costado. Sangra mucho, le he sacado la rama y le estoy apretando con todas mis fuerzas la herida, pero ha perdido la consciencia. ¡Apuren, por favor! No se puede morir... —Las lágrimas salpicaron el rostro de Paola que notó una frescura momentánea. Abrió un ojo, aún desorientada por el mareo. Él le sonrió como pudo.

—Te voy a mover, Paola, tengo que llevarte hasta la Praia das Cunchas, he llamado a una ambulancia. —Quiso preguntarle por qué lo hacía, por qué la salvaba en lugar de escaparse, porque eso supondría su condena, pero no le salían las palabras. Él le cerró la boca con la mano. No digas nada, sólo respira, le dijo. Un dolor lacerante le recorrió el cuerpo mientras Michel, la levantaba casi con una mano mientras con la otra seguía presionando con fuerza la herida que no dejaba de sangrar. La subió los casi dos metros y dio gracias de haber dedicado tantos años de encierro a modelar aquellos músculos. Nunca sabes para que pueden hacer falta. Sólo le separaban unos quinientos metros de la playa. Pero se estaban haciendo infinitos. Tenía que asegurarse antes de realizar cada pisada, era consciente del peso que llevaba y que, prácticamente, no contaba con sus manos para equilibrarse, lo estaba haciendo todo en base a su propio tronco. Escuchó a lo lejos el sonido de la ambulancia, casi podía ver la playa, estaba exhausto. Miró a Paola y vio aquella mirada de agradecimiento y eso le dio más fuerzas para continuar. Estás cerca, pensó, muy cerca, no lo dejes ahora. Eran los últimos metros. El personal sanitario los vio llegar y corrieron. Cayó de rodillas sobre la arena. Justo a tiempo. Trajeron la camilla y la subieron. Soltó su mano llena de sangre de su sangre. No dejaba de llorar. Uno la entubaba, mientras el otro intentaba, por todos los medios, detener la hemorragia. En ese momento, el Guardián era sólo Michel y lo único en lo que pensaba era en poder subirse a esa

ambulancia y saber que, Paola, estaría bien. Daría todo lo que tenía en la vida por salvarla. Subieron a la ambulancia. Dio gracias porque nadie de la policía se había presentado allí, sólo quería estar con ella. Estaba despierta, eso sólo podía ser una buena señal. Le dejaron sentarse a su lado y le cogió la mano, ella lo miró.

—Gracias. No sé cómo... —Volvió a cerrarle la boca con su mano y le dijo que no hablara.

—¿Recuerdas, Breamo? —Ella asintió con las lágrimas cayéndole sin parar. —Tú me enseñaste esto. —Le enseñó el móvil y empezó a mover sus dedos, a moverlos arriba y abajo. De repente sonrió, la miró y pulsó fuerte. Y entonces, empezó a sonar. Michel le apretó la mano otra vez muy fuerte y acompañando al gran Julio, empezó a cantar:

«Hey, no vayas presumiendo por ahí, diciendo que no puedo estar sin ti, ¿tú qué sabes de mí?» —Sonrió entre lágrimas.

—Para bailar quizás no es muy buen momento, Paola, pero siempre podemos hacerlo con los ojos cerrados. —Los cerraron y soñaron que estaban en otro mundo, en otra dimensión, en esa en la que todo se puede perdonar y en la que nadie es culpable y mientras bailaban, cantaban:

«Hey, no creas que te haces un favor, cuando hablas a la gente de mi amor y te burlas de mi».

Y mientras volaba, mientras bailaba sin parar agarrada a la cintura de aquel hombre que significaba tanto para ella, no sentía el dolor en su cuerpo, no sentía la sangre, ni como la vida se le escapaba de entre los dedos. Fue feliz y vio su vida pasar, y se vio en Bulgaria llamando a la puerta de uno de aquellos Ilian Kiriakov y como los dos hermanos volvían a abrazarse más de treinta años después. Vio a su madre orgullosa de ella y a su otro padre acariciándola desde la montaña más alta del universo. Y siguieron cantando: *«Ya ves, tú nunca me has querido ya lo ves, qué nunca he sido tuyo ya lo sé, fue sólo por orgullo ese querer. Ya ves, ¿De qué te vale ahora presumir? ¿Ahora qué no estoy ya junto a ti? ¿Qué les dirás de mí?»*

Vio a Luis, a Modesto, a Ana y a todas y cada una de las personas que habían pasado por su vida y sintió que al final, en el fondo, lo que quedan son siempre los buenos recuerdos, los grandes momentos, las buenas personas. No dejó de llorar. Pero si tenía que morir no habría mejor forma de hacerlo que aquella.

Por un momento creyó irse, pero notó un apretón tremendo en su mano y abrió los ojos para ver a Michel con ellos cerrados, llorando, ensangrentado, cantando y al sanitario emocionado con ellos, mientras Julio los acompañaba una vez más y supo que no sería su día. No podía serlo. ¡Había tanto por lo que luchar! ¡Tantas cosas merecían la pena! ¡Tantas personas! Tenía mucha vida por delante, así que le respondió, apretando más fuerte, mientras escuchaba los últimos acordes de aquella mágica canción. Él abrió también los suyos y le regaló su sonrisa. Cantas muy mal, le dijo. No lo voy a hacer todo bien, contestó. Le acarició con ese amor de tantos años de presidio, ese que vas envasando poco a poco en un bote deseando que llegue un día en que puedas darlo. Pero, a veces, se convierte en odio contra los que te lo quitaron todo.

Llegaron a Santiago y los bajaron. Se salvará, le dijo el sanitario. Le dio la mano. Quiso acompañarla hasta la misma puerta del quirófano, aunque sabía que aquella era la última oportunidad que tendría para escapar de allí. Le daba igual, no la dejaría sola. No soltó su mano hasta aquella puerta que prohibía el paso a quienes no eran personal del hospital. Se sentó. Sólo pensaba en ella. En que daría todo lo que tenía por salvarla. De repente un médico le preguntó.

—¿Es usted familiar? —Se levantó rápidamente.

—Sí, soy su tío.

—¿Qué tipo de sangre tiene?

—A Negativo. —El médico asintió.

—Le necesitamos. Ella lo necesita. —Aquella sonrisa en su cara lo decía todo. Era sangre de su sangre. Dijo que lo daría todo por ella y lo estaba haciendo.

—¿Se salvará? —Él lo miró con cara de haber contestado aquello demasiadas veces.

—Con esto puedo decirle que las posibilidades de que sobreviva son mucho mayores. —Le sonrió. Volvió a la sala de espera y ya los vio acercarse. Ana, le hizo un gesto negativo a Modesto. Dos policías se pusieron a su lado.

—No intentaré nada, sólo quiero saber cómo está. —Ana, lo miró seria.

—Puedes quedarte, pero no muevas un pelo sin nuestro permiso ¿de acuerdo? Mientras tanto no te quiero ni oír, como si no estuvieras. —Se sentó con las manos en la cabeza, desnudo de torso para arriba. Uno de los guardias le trajo una camiseta para taparse. Se la puso. El tiempo corría en su contra. Al cabo de un rato largo, salió una doctora con cara inexpresiva. Afirmó y los miró a todos.

—Está fuera de peligro, gracias a quién la ha encontrado y hecho las primeras curas, sin eso, no podría haber sobrevivido. —Todos miraron al Guardián. —Estará hasta mañana en la UVI y esperamos ya poder pasarla a planta. —Michel, lloraba de alegría y en un gesto instintivo les tendió las manos a los guardias para que se lo llevaran. Era la hora del final, aunque sabía que aquello, realmente, acababa de empezar. Pero tendrían que ser otros los que dieran los siguientes pasos. Se secó las lágrimas antes de que lo esposaran y miró a aquel inspector mayor, Costoya, éste le apretó un brazo y le hizo un asentimiento en señal de agradecimiento. Ni los malos somos tan malos, ni los buenos son tan buenos, pensó. Al final, el beneficio colectivo está por encima de lo personal, pero jamás podrá estar por encima del amor que uno siente por una persona en particular. El amor salía triunfante, aunque para Michel, supusiese acabar otra vez entre rejas.

XLIII. ZDRAVEI

Era la tercera puerta a la que llamaba e intentaba hablar en aquel idioma desconocido para ella. Habían pasado más de dos meses, un postoperatorio duro y una reincorporación en forma de vacaciones forzosas. Tenía una misión que cumplir así que estudió algo de búlgaro y pensó que, si no se perdía en As Fragas do Eume, malo sería que se perdiera por Europa. Antes de que nadie abriera, pensó que al menos habían salvado a los rehenes, habían capturado a los malos y nadie, aparte de ella, había salido herido. Eso sí, en las elecciones del domingo la cosa no pintaba bien y las fuerzas del Partido por la Justicia y la Igualdad (PIJ) tenía toda la pinta de llevarse una fuerte representación política. Esperaba que eso sirviera para que Elite no volviera a matar. En el fondo, los grandes como Miranda o Michel estaban entre rejas. Y suponía que los no identificados o, al menos, acusados serían los que dirigían el partido. Y sus discursos no sonaban del todo mal, si llegaba a tiempo no tenía muy claro su voto. De repente, la puerta se abrió. Un hombre mayor, de unos sesenta años la miró extrañado. Ella lo saludó.

—¿Zdravei! ¿Spanier? —La cara de ese hombre cambió al escuchar aquel acento y pronunciación horribles y empezó a hablar aquel idioma que aún intentaba enseñar, siempre, a sus hijos.

—¿Española? ¿En serio? —La cara de Paola, cambió del día a la noche y empezó a temblar.

—Busco a Francisco Herrero. Soy su hija. —La boca de aquel hombre se abrió y sus ojos empezaron a mojarse, poco a poco, como mojan las primeras lluvias de primavera, oliendo a petricor. Nunca la había olvidado, la había buscado, pero sólo sabía su nombre, Paola. Allí estaba, como un ángel caído del cielo para brindarle otra oportunidad a la vida. Se dieron un abrazo sin fin, uno de esos que todos soñamos dar al menos una vez en la vida. Y cuando Paola consiguió abrir los ojos, aún húmedos por la emoción, y separó su cara del cuerpo de su padre, vio el cordón negro que lucía alrededor de su cuello y en el centro una pequeña piedra de contornos redondeados y círculos concéntricos. Aquella piedra. Una casualidad. Nada es al azar, contestó. La piedra del destino.

A muchos kilómetros de distancia y con un ramo de rosas en la mano y su cazadora vintage en la otra, Costoya, llamaba al timbre de otra puerta. Nervioso, con el discurso ensayado durante semanas y cumpliendo la promesa que le había hecho a Paola, casi dos meses atrás en la Uvi del hospital. La puerta se abrió y su hija lo miró a él, al ramo de flores y por último a aquella cazadora cochambrosa.

—Papá, ¿no va siendo hora de jubilar esa cazadora? —Lo abrazó fuerte. Él tiró la cazadora, las flores, nada podía compararse a aquel momento. Nada como el amor de una hija. Nada como el amor en la vida.

FIN

Miño 05—08—2019/29—08—2019 Rianxo

Agradecimientos

A Xoel, sangre de mi sangre.

A mi familia, Madre influencer, Cheché Cagiao (alias crazy woman) y las chochas por apoyarme. A Greg, mis padrinos, mi padre y al resto de tíos y primos, en especial a mi ilustrador: Lino "Pirijil" y a la directora de comunicación: Rosy

A mis amigos, a los que siempre estáis a mi lado, a los que me demostrasteis vuestro cariño todos estos meses. En especial a mi gema Lupe, a Elena, a Josiño, a mi Roci y a la rubia. A Carol, Paula, Markos, los gemelos y resto de personajes eternos que llenaron mi adolescencia.

A los que dejo atrás, especialmente a Sandra. Laboralmente os echaré de menos, porque en el resto nunca os perderé.

A mis lectores VHS, por ayudarme a escoger La Piedra del Destino, sin vosotros todo sería distinto. En especial a Guilly García.

A Sonia Mauriz y Loreto C.M. por guiarme

A Axouxere, María Ovelar y Rianxo por inspirarme el final de este cuento.

Al Cas Montaña, a my bom y los Pasa ou Entorna y resto de Corremontes del mundo.

A Ruth, Anxo, Xabi y familia.

A todos los que formáis parte de Paola, Costoya, Modesto, Portela, Ana, Nuria, Rafa, Marina, Alba, Michel, Miranda, Matías o Ilian Kiriakov.

El bien y el mal no están tan separados como parece.

A Bañobre, el Dépor, la naturaleza y el Heavy Metal.